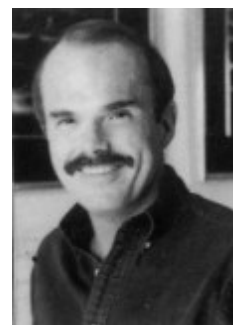


ATRAPADOS EN EL HIELO

DEAN KOONTZ



Una lujosa residencia californiana con vista al mar es solamente una de las recompensas que Dean Koontz ha alcanzado tras veintiocho años de exitosa carrera como escritor. Su nombre aparece con frecuencia en las listas de *best sellers*, cinco de sus sesenta novelas han sido llevadas ya al cine y se calcula que vende unos dieciséis millones de libros cada año.

Estos logros pueden parecer todavía más meritorios si se toma en consideración su infancia.

Nacido en Pennsylvania, Dean Koontz creció en un hogar dominado por los arranques violentos de un padre alcohólico. Más adelante, a Ray Koontz, su padre, que también era apostador y un marido infiel, le diagnosticaron esquizofrenia límite. “Cuando era niño, en circunstancias terribles,” relata el autor, “los libros me permitieron vivir otras vidas. A través de ellos supe que existían otras vidas. Eso fue una simiente valiosa.”

Dean Koontz se pagó los estudios superiores y a los veintiún años se casó con Gerda, su novia de la escuela. Un año después, Koontz ya había vendido su primera novela de ciencia ficción, *Star Quest*, a la cual siguieron otras, mientras Gerda trabajaba para sostener la carrera literaria de tiempo completo de su marido. En cuatro años, Koontz ya se había establecido, y a fines de los años setenta había dejado la ciencia ficción para dedicarse a las escalofriantes novelas de suspenso psicológico por las que ahora es famoso.

El padre de Koontz empeoró a tal grado que Dean consiguió internarlo en una casa de salud, pero su conducta se agravó aún más. “A todos nos suceden cosas horribles, pero eso no significa que no podamos superarlas.”

Cuando los recuerdos lo abruma, el autor se refugia en su estudio y escapa una vez más al mundo de la imaginación. “Me gusta que el lector se sienta inmerso en una escena, que la vea...” El resultado es un suspenso que pocos escritores pueden igualar.

EN PLENO INVIERNO ÁRTICO, A
MUCHOS GRADOS BAJO CERO,
OCHO CIENTÍFICOS TRABAJAN
ARDUAMENTE EN UN PROYECTO PARA
SALVAR AL MUNDO DE LA SEQUÍA.
DE PRONTO, UNA TORMENTA
INCLEMENTE LOS DEJA VARADOS
SOBRE UN ICEBERG, ALA DERIVA
EN UN MAR HOSTIL. LOS EXPLOSIVOS
COLOCADOS DURANTE LAS PRIMERAS
ETAPAS DE SU TRABAJO ESTÁN
SINCRONIZADOS CON GRAN PRECISIÓN
PARA EXPLOTAR A MEDIANOCHE
Y NO HAY MANERA ALGUNA DE
DESACTIVARLOS.
EL DOCTOR HARRY CARPENTER
Y SU EQUIPO ESTÁN ATRAPADOS...

ANTES . . .

Notas publicadas en el periódico *The New York Times*:

HIELO POLAR: EL AGUA MÁS PURA DEL MUNDO

Moscú, 10 de febrero -Según una serie de estudios realizados por científicos rusos, el agua que conforma la totalidad del casquete polar ártico tiene una cuenta bacteriana muy inferior a la del agua que podamos consumir hoy en día en cualquier parte del mundo. Dicho descubrimiento puede convertir esta vasta reserva congelada en un valioso e importante recurso para las próximas décadas, ya que aprovechar el casquete polar quizá resulte menos costoso que llevar a cabo los consabidos procesos de desalinización que ahora se utilizan con bastante frecuencia. Algunos investigadores de nacionalidad rusa han especulado que en la próxima década tal vez podrían irrigarse millones de hectáreas de tierras cultivable con icebergs derretidos.

LOS ICEBERGS PODRÍAN PROPORCIONAR AGUA DULCE

Boston, Mass., 5 de septiembre -Al hablar ante los miembros de la Sociedad Estadounidense de Ingenieros Ambientales, reunidos en su convención anual, el doctor Harold Carpenter dijo hoy que la escasez crónica de agua en California y otras regiones podría aliviarse derritiendo en forma controlada icebergs remolcados desde el Círculo Polar Ártico. La doctora Rita Carpenter, su esposa y colaboradora declaró que los recursos necesarios para dicha investigación “se amortizarían cien veces en el lapso de diez años.”

Según los Carpenter, sería bastante factible desprender con explosivos un gran iceberg del borde del casquete polar y dejar que las corrientes marinas lo arrastraran hacia el sur. Más adelante, se atarían unos cables de acero para remolcar el hielo a una planta de conversión en tierra firme, cerca de las zonas afectadas por la sequía.

MILES MUEREN DE HAMBRE POR LA SEQUÍA

Naciones Unidas, 18 de octubre -Anunció hoy el director de la Oficina de las Naciones Unidas para Atención de Desastres que las escasas cosechas, debidas a la falta de agua que ha afectado a los Estados Unidos, Canadá y Europa, han hecho imposible que los países africanos y asiáticos víctimas de la sequía adquieran granos de las naciones occidentales, habitualmente pródigas en alimentos. A la fecha, han muerto más de doscientas mil personas por la hambruna.

FONDO DE LA ONU PARA ENVIAR CIENTÍFICOS AL CASQUETE POLAR

Naciones Unidas, 6 de enero -Once países miembros, de las Naciones Unidas contribuyeron a crear un fondo para financiar una serie de experimentos en el casquete polar. El objetivo primario del proyecto será estudiar la factibilidad de arrastrar gigantescos icebergs hacia el sur, donde se podrían aprovechar para el riego de cosechas.

ESTACIÓN DE INVESTIGACIÓN EN EL CASQUETE POLAR ÁRTICO

Thule, Groenlandia, 28 de septiembre -Esta mañana, un equipo multidisciplinario de científicos de las Naciones Unidas, bajo las órdenes de los doctores Harold y Rita Carpenter, aterrizó en el casquete polar ártico entre Groenlandia y Spitsbergen, Noruega. En este momento han empezado a levantar una estación de investigación a tres kilómetros del borde del campo de hielo, donde realizarán una serie de estudios patrocinados por la Organización de las Naciones Unidas durante por lo menos nueve meses...

EXPEDICIÓN PARA SOLTAR UN TROZO DE HIELO DEL CASQUETE POLAR

Thule, Groenlandia, 14 de enero -A la medianoche de mañana, los científicos de Edgeway, la estación de investigación financiada por las Naciones Unidas, detonarán una serie de cargas explosivas para que se desprenda un iceberg de aproximadamente un kilómetro cuadrado del borde del casquete polar, a casi quinientos sesenta kilómetros de la costa de Groenlandia. Dos barcos palangreros de las Naciones Unidas, equipados con dispositivos electrónicos de rastreo, esperan trescientos setenta kilómetros al sur, desde donde registrarán el avance del iceberg, que lleva un mecanismo de emisión de señales.

15 DE ENERO AL MEDIODÍA...

Con un rechinado estridente, la barrena de la perforadora mecánica penetró profundamente en el hielo ártico. Del orificio brotó un aguanieve grisácea que se desparramó sobre la nieve compacta y volvió a congelarse en segundos.

Cuando observaba la perforadora mecánica, el doctor Harry Carpenter tuvo la extraña premonición de un desastre inminente, una fugaz sensación de alarma. Dentro de su traje, densamente aislado, se estremeció.

Como buen científico, Harry respetaba las herramientas de la lógica, el método y la razón; pero había aprendido a nunca pasar por alto una corazonada, en especial sobre el hielo, donde a veces ocurrían cosas extrañas. No logró identificar el origen de su

repentina inquietud; sin embargo, en un trabajo que entrañaba el uso de explosivos potentes, los presentimientos sombríos eran de esperarse.

Peter Johnson, el ingeniero electrónico que también fungía como experto en demoliciones del equipo, apagó la perforadora y dio un paso atrás. Con el traje aislante blanco, el anorak forrado de piel y la capucha también forrada de piel, Peter parecía un oso polar.. salvo por su rostro de tez oscura.

Claude Jobert apagó el generador portátil que alimentaba a la perforadora. La quietud resultante fue tan espectral que Harry miró a sus espaldas y después hacia el cielo, casi convencido de que algo se abalanzaba o caía sobre él.

Cuando empezaba a declinar la tarde, que tomaba un tinte plomizo, los tres hombres se prepararon para introducir en el hielo la última carga de explosivos. Era el sexagésimo paquete de demolición que manipulaban desde la mañana anterior, y todos estaban incómodamente conscientes de estar de pie sobre suficientes explosivos plásticos de alta potencia que podían destruirlos a ellos en un abrir y cerrar de ojos apocalíptico.

El casquete polar era un cementerio perfecto, absolutamente inerte, y evocaba pensamientos sobre la muerte. Una planicie de un blanco azulado fantasmagórico se extendía en todas direcciones, lóbrega y misteriosa durante esa larga estación de oscuridad casi constante. Los únicos puntos elevados eran las dentadas salientes o crestas de presión y los bloques de hielo, algunas apenas del tamaño de un hombre, otras mayores que una casa, que las fuerzas de la planicie habían impulsado sobre la superficie y que se extendían hasta el horizonte como si fueran lápidas gigantescas.

-El pozo mide veinticinco metros de profundidad. Una extensión más de la barrena y habremos terminado -anunció Pete Johnson a Harry Carpenter y a Claude Jobert.

-¡Gracias al cielo! -Claude se estremeció como si su traje térmico no le diera protección alguna-. Volveremos al campamento de la base hoy por la noche. ¡Imagínenselo! No he dejado de sentir frío un solo minuto desde que salimos.

Habitualmente, Claude no se quejaba. Era un hombrecillo jovial y vigoroso, delgado, nervudo y resistente. Tenía una melena blanca, cubierta ahora por la capucha, facciones curtidas por toda una vida bajo climas extremos y ojos azul brillante, tan límpidos como los de un niño.

Empero, desde que dejaron atrás la comodidad de la estación de Edgeway, Claude no se había mostrado ni jovial ni vigoroso y a menudo se quejaba del frío. Con sus cincuenta y nueve años, superaba en edad a todos los miembros de la expedición, y aunque era un excelente geólogo del Ártico, éste sería su último viaje a los polos. En lo subsecuente, realizaría sus investigaciones en laboratorios.

Harry se preguntó si a Jobert, dieciocho años mayor que él, no le molestaba tanto el inclemente frío cuanto el reconocer que el trabajo que le apasionaba se había vuelto demasiado exigente. Algún día, el propio Carpenter debería enfrentar la misma realidad y no estaba seguro de que encontraría una salida elegante.

-Está nevando.

Al tiempo que Pete Johnson hablaba, Harry vio caer los copos en suaves espirales. Claude Jobert frunció el entrecejo.

-No se esperaba esta tormenta sino hasta más tarde.

El trayecto desde la estación de Edgeway, que se encontraba diez kilómetros al noreste del campamento temporal, no había sido difícil. Sin embargo, una tormenta de grandes proporciones podría hacer imposible el viaje de regreso. La visibilidad podía disminuir rápidamente hasta cero, y sería fácil perderse por distorsión de la brújula. Además, si

sus trineos motorizados se quedaran sin combustible, morirían congelados porque ni siquiera los trajes térmicos los protegerían suficientemente en caso de una exposición prolongada al frío asesino de una ventisca.

-Tal vez sea una borrasca local -aventuró Harold, mientras escudriñaba el cielo.

-Sí, eso mismo dijeron los pronósticos la semana pasada -le recordó Claude-. Sé suponía que sólo habría borrascas locales en la periferia de la tormenta principal, pero hubo tanta nieve y hielo que habrían obligado al propio Papá Noel a quedarse en casa en Nochebuena.

-De modo que más nos vale terminar pronto.

Como para confirmar el apremio de la situación, se levantó un viento del oeste y los copos de nieve empezaron a caer en ángulo; ya no descendían en plácidas espirales como en los paisajes en miniatura encerrados en una esfera de cristal.

Peter desconectó la perforadora del mango de la barrena enterrada y la sacó de la estructura que la sostenía. La manipulaba como si no pesara cuarenta kilos sino una décima parte.

Diez años antes, Pete había sido estrella del fútbol americano en Penn State University y rechazado las ofertas de varios equipos profesionales. No quiso desempeñar el papel en que la sociedad encasillaba a todos los héroes negros del fútbol de un metro noventa de estatura y noventa kilos de peso. A cambio, obtuvo becas, dos títulos más y un empleo bien remunerado en un centro de investigación sobre computadoras.

En este momento, era vital para la expedición de Harry. Daba mantenimiento al equipo electrónico de recolección de datos de Edgeway y, como había diseñado los paquetes explosivos, era el único de la expedición que podría manejarlos con absoluta confianza si algo salía mal. Además, su fuerza hercúlea era muy valiosa en aquel inhóspito confin del mundo.

Al tiempo que Pete desmontaba la perforadora, Harry y Claude sacaban una extensión de un metro de largo para la barrena, de uno de los remolques para carga enganchados a los trineos motorizados. La atornillaron a la rosca del mango, que seguía sepultado en el hielo, y Claude echó a andar el generador.

Peter volvió a montar la máquina en su sitio y terminó de perforar el pozo de veinticinco metros, en cuyo fondo colocarían una carga de explosivos en forma de tubo.

Mientras la máquina bramaba, Harry miraba al cielo. En los últimos minutos, el tiempo había empeorado de manera alarmante. Sobre ellos sólo se veía un manto blanco, oscilante e impenetrable. La velocidad del viento había aumentado a unos treinta kilómetros por hora, con un aullido monótono y lastimero. Harry aún tenía la corazonada de un desastre inminente. Era un sentimiento amorfo, vago, pero atroz.

Durante su infancia, transcurrida en una granja de Indiana, Harry ansiaba correr aventuras. Jamás se dio cuenta de que la aventura implicaba un trabajo arduo, aunque sí comprendía que resultaba peligroso. Para un niño, el peligro era parte del atractivo. Sin embargo, a lo largo del camino hacia la edad adulta, tras perder a ambos padres y aprender respecto a la violencia del mundo, había dejado de encontrarle lo romántico a la muerte.

Claude Jobert se inclinó hacia él y gritó para hacerse oír sobre el rugido del viento y de la barrena.

-No te preocupes -lo tranquilizó-. Pronto estaremos de regreso en Edgeway. Buen brandy, una partida de ajedrez, todas las comodidades.

Harry Carpenter asintió en silencio y siguió escrutando el cielo amenazador.

12:20 P.M.

En la barraca de telecomunicaciones de la estación de Edgeway, Gunvald Larsson estaba de pie ante la ventana diminuta. Mordisqueaba la boquilla de su pipa apagada y atisbaba hacia el exterior, donde la tormenta iba de mal en peor.

Desde el punto de observación en que se encontraba Gunvald, un poco elevado, la estación de Edgeway hacía tal contraste con el medio circundante que bien podía haber sido el único puesto de avanzada de la humanidad en un planeta extraño. Las seis barracas prefabricadas amarillo canario, de hierro corrugado con piso de cemento, habían sido transportadas por vía aérea hasta el casquete polar en secciones y a un costo exorbitante. Cada estructura, de una sola planta, medía seis metros de largo por cinco de ancho. Las paredes estaban roblonadas a vigas en forma de arco y el piso de cada barraca se había empotrado en el hielo. Cien metros al norte del campamento se erguía una estructura solitaria más pequeña. Albergaba los tanques de combustible que alimentaban a los generadores.

Hijo de padre sueco y madre danesa, Gunvald había sido miembro del equipo sueco de esquí en dos olimpiadas invernales; había ganado una medalla de plata y se enorgullecía sobremanera de sus orígenes. Cultivaba la imagen de ser un escandinavo imperturbable y poseía una gran serenidad interior que resultaba acorde con su apacible apariencia. No obstante, durante las últimas horas había perdido en gran medida su compostura habitual. Mordisqueando la boquilla de la pipa, se alejó de la ventana y le gruñó a las computadoras, alineadas a lo largo de tres de las paredes.

La tarde anterior, cuando Harry y los demás partieron rumbo al sur hacia la orilla del hielo, Gunvald Larsson se quedó para estar al pendiente de las llamadas que se recibían en la radio y atender la estación. Después de varias semanas de vivir en una minúscula comunidad con ocho vecinos demasiado cercanos, ansiaba este breve lapso de soledad, pero hacia las cuatro de la tarde, cuando los sismógrafos de Edgeway registraron el primer temblor, Gunvald empezó a desear que los otros ocho miembros del equipo no se hubieran aventurado tan cerca del borde del hielo, donde el casquete polar daba paso al mar. A las 4:14, informes de radio procedentes de Reykiavik y Hammerfest, Noruega, confirmaron el fenómeno. Había ocurrido un considerable desplazamiento en el lecho marino a cien kilómetros al noreste de Raufarhöfn, en Islandia, y la sacudida alcanzó un respetable 6.5 grados en la escala de Richter.

Desde el principio tenían intención de estudiar, entre otras cosas, los sismos del lecho oceánico en el Mar de Groenlandia, para aprender más sobre las fallas suboceánicas de esta zona geológicamente activa de la Tierra. Si los barcos habrían de remolcar icebergs colosales en esas aguas, era preciso saber con qué frecuencia el mar se veía alterado por sismos submarinos de gran magnitud y por las marejadas resultantes. Gunvald debía sentirse complacido por la oportunidad de observar tan de cerca las características y patrones de temblores intensos en la red de fallas geológicas del Mar de Groenlandia, pero en este momento eso no le causaba ningún placer.

La propia estación de Edgeway no estaba en riesgo inminente. En caso de que ocurriese un deslizamiento considerable del lecho marino cerca de allí, podría pasar bajo el casquete de hielo una marejada o tsunami y precipitar la formación de nuevas grietas y crestas de presión. Pero, en términos generales, el terreno polar permanecería sin

cambios y había muy pocas probabilidades de que el campamento de la base sufriera algún daño.

Por el contrario, los demás miembros de la expedición no podían confiar en su propia seguridad. Además de formar crestas de presión y hondonadas, una marejada caliente podría arrancar secciones de hielo en los bordes del casquete. Harry y los demás podrían encontrarse con que el hielo se hundía bajo sus pies.

A las nueve de la noche anterior, cinco horas después del primer movimiento telúrico, un segundo temblor, de 5.8 grados en la escala de Richter, sacudió la falla geológica. El epicentro se localizó a unos cincuenta kilómetros más cerca de Edgeway que el del primero. A Gunvald no le dio ningún consuelo el hecho de que el segundo sismo fuera menos intenso. Esta menor intensidad no era prueba fehaciente de que hubiera sido una réplica del primero. Ambos pudieron ser temblores previos a un terremoto de gran intensidad aún por ocurrir.

A las nueve y media, cuando se confirmó por radio la localización y magnitud de la segunda sacudida, Gunvald se había comunicado ya al campamento temporal, diez kilómetros al suroeste. Le informó a Harry sobre los temblores y explicó los riesgos que corrían al permanecer en la orilla del hielo polar.

-Tenemos una misión que cumplir -repuso Harry-. Ya hay cuarenta y seis cargas en su lugar; están armadas y en cuenta regresiva. Si no colocamos las otras catorce mañana puede ocurrir que no se desprenda un témpano del tamaño que necesitamos. En pocas palabras, implicaría abortar la misión, lo cual está fuera de discusión.

-Considero que deberíamos pensarlo mejor.

-No, no. El proyecto es demasiado costoso para arrojarlo por la borda sólo por un riesgo sísmico.

-Creo que tienes razón -reconoció Gunvald-, pero no me gusta la idea.

La frecuencia radial crujió por la estática al tiempo que Harry añadía pensativo:

-Yo tampoco estoy saltando de gusto. De cualquier manera, en donde estamos el casquete tiene poco más de doscientos metros de espesor. No va a resquebrajarse como el primer hielo de invierno en un estanque.

-Sea como sea, te recomiendo que se den prisa mañana.

-No te preocupes. Vivir en estos malditos iglúes inflables hace que cualquier barraca de Edgeway parezca una *suite* en el Ritz-Carlton.

Después de esa conversación, Larsson se metió en la cama. No durmió bien. En sus pesadillas, el mundo llegaba a su fin, se desmoronaba en pedazos bajo sus pies y él caía en un abismo gélido.

A las siete y media de la mañana, mientras Gunvald Larsson se afeitaba, el sismógrafo registró un tercer temblor: 5.2 grados en la escala de Richter.

El cuarto sismo tuvo lugar a las once y quince. El epicentro se localizó a unos ciento setenta kilómetros al sur. Mucho más cerca que cualquiera de los anteriores, prácticamente a la puerta, y con una intensidad de 4.2 grados Richter.

Llamó al campamento temporal y Rita Carpenter le aseguró que la expedición dejaría las orillas del casquete alrededor de las dos de la tarde.

-El clima les dará problemas -le advirtió Gunvald-. La tormenta está cambiando de curso y su velocidad va en aumento. Esta tarde caerá una copiosa nevada.

-Estaremos de regreso en Edgeway a las cuatro -aseguró Rita-, o quizá antes.

Doce minutos después del mediodía ocurrió otro deslizamiento en la corteza submarina, ciento sesenta kilómetros al sur. Esta vez el sismógrafo marcó 4.5 grados en la escala de Richter.

12:30 P.M.

El campamento temporal se alzaba en un área plana del hielo, al abrigo de una cresta. Tres iglúes inflables, impermeables, acojinados y equipados con calefactores estaban dispuestos en semicírculo a cinco metros del banco de hielo que se erguía a casi quince metros de altura. Los refugios no eran espaciosos ni acogedores, pues eran provisionales; sólo, se usarían mientras el equipo colocaba las sesenta cargas de explosivos.

Unos cien metros al sur, en una meseta a casi dos metros por arriba del campamento, estaba hincado en el hielo un tubo de acero de dos metros de alto. Tenía fijos un termómetro, un barómetro y un anemómetro.

Con la mano enguantada, Rita Carpenter limpió la escarcha de las carátulas de los tres instrumentos y leyó las cifras de temperatura, presión atmosférica y velocidad del viento. No le gustó lo que vio. No esperaban que la tormenta los alcanzara sino hasta después de las seis de la tarde; sin embargo, parecía que se cerniría sobre ellos con toda su fuerza antes de que completaran el viaje de regreso a la estación de Edgeway.

Rita emprendió el regreso hacia el campamento temporal, bajando con dificultad la pendiente de cuarenta y cinco grados entre la meseta y la llanura de abajo. Se movía con torpeza porque llevaba puesto el traje de supervivencia completo: ropa interior térmica tejida, dos pares de calcetines, botas de fieltro, botas exteriores forradas con vellón, un traje térmico acojinado, chaqueta forrada de piel, una máscara tejida que le cubría la cara desde la barbilla hasta las gafas protectoras, capucha forrada de piel y guantes.

Aunque Rita estaba caliente dentro de la ropa, el viento gélido y el paisaje desolado le causaban un intenso frío emocional. Por elección, tanto ella como Harry habían pasado gran parte de su vida profesional en el Ártico y en la Antártida; sin embargo, ella no compartía la pasión de Harry por los vastos espacios yermos. De hecho, se había obligado a volver una y otra vez a las regiones polares, porque las temía.

En este momento, al acercarse al iglú del extremo oeste del campamento, tuvo de repente una reacción fóbica tan intensa que casi la hizo caer de rodillas. Se denomina criofobia al horror al frío; psicrofobia al horror al hielo y quionofobia al horror a la nieve. Rita conocía esos términos porque sufría formas leves de las tres fobias. La confrontación frecuente con las fuentes de su angustia había logrado que sólo se le generara una ligera ansiedad, y rara vez el terror franco. Sin embargo, en ocasiones la abrumaban recuerdos de los que ninguna inmunización podía protegerla lo suficiente. Éste era uno de esos momentos. El cielo blanco y tumultuoso parecía desplomarse sobre ella como una roca, oprimida como si la nieve se hubiera transformado por arte de magia en una lápida colosal de mármol que la aplastaría contra la helada planicie.

Fuera de la entrada del iglú, se detuvo para recuperar el control. Se negaba a huir de aquello que la aterraba. Se obligó a resistir el aislamiento del territorio yermo y lóbrego. El aislamiento de hecho, era el aspecto del Ártico que más la perturbaba. En su mente, desde que tenía seis años, el invierno estaba ligado inevitablemente con el rostro gris y

distorsionado de los cadáveres, con la mirada fija y sin vida de unos ojos cegados, con una angustia asfixiante.

Rita sufría tal estremecimiento, que el haz de su linterna temblaba sobre la nieve. Respiró hondo a través de la gruesa máscara tejida. Para mitigar su miedo irracional del casquete polar, recordó que en el iglú al que se dirigía la esperaba un problema aún mayor: Franz Fischer.

Había conocido a Fischer poco después de terminar su doctorado y de ocupar su primer puesto como investigadora en International Telephone and Telegraph. Franz, que también trabajaba para ITT, era atractivo e irradiaba cierto encanto cuando decidió conquistarla, y pasaron casi dos años juntos. Se habían separado hacía nueve años, a punto de aparecer publicado el primer libro de Rita, cuando quedó claro que Franz jamás estaría completamente a gusto con una mujer que fuera su igual en los terrenos profesional e intelectual. Esperaba dominar, y ella no permitiría que la dominaran. Lo dejó, conoció a Harry, se casó un año después y jamás miró hacia atrás.

Harry, a su modo siempre gentil y razonable, consideraba que la historia de Rita y Franz no era asunto suyo. Se sentía satisfecho con su matrimonio y seguro de sí mismo, y por ende no tuvo reparo alguno en reclutar a Franz como meteorólogo principal para la estación de Edgeway. El alemán era el mejor hombre para ese puesto.

En este caso en particular, los celos irracionales habrían sido más convenientes para Harry; y para todos ellos, que la fría racionalidad. Nueve años después de la separación, Franz insistía en asumir el papel de amante desdeñado. En el confinamiento de una estación polar, esta actitud era tan perjudicial, a su modo, como lo habría sido insultarse a gritos.

El viento rugía, la nieve se arremolinaba alrededor de Rita y el hielo se extendía hasta donde alcanzaba la vista, como lo había hecho desde tiempo inmemorial, pero poco a poco el corazón de la investigadora recuperó su ritmo normal. Dejó de estremecerse. El terror cedió. Una vez más, había derrotado a sus fobias.

Cuando al fin Rita entró en el iglú, Franz empacaba los instrumentos en una caja especial. Alzó la vista hacia ella, saludó en silencio y siguió empacando.

Con el cabello rubio tupido y unos ojos oscuros y profundos, poseía un cierto magnetismo animal, y Rita comprendía claramente por qué le resultó atractivo cuando ella era más joven. A los cuarenta y cinco años, seguía tan esbelto y musculoso como un muchacho.

-La velocidad del viento alcanza ya los treinta y ocho kilómetros -anunció ella, al tiempo que se quitaba las gafas-. La temperatura del aire es de doce grados centígrados bajo cero y sigue en descenso.

-Con el factor de congelación del viento, estará alrededor de veintiséis bajo cero cuando levantemos el campamento -hablaba sin alzar la mirada.

-De todos modos, podremos regresar.

-¿Con cero visibilidad?

-El tiempo no va a empeorar tan rápido.

-Por favor, echa otro vistazo, Rita. Este frente avanza mucho más rápido de lo que se predijo. Podría presentarse una ventisca de grandes proporciones.

-A decir verdad, Franz, tu sombría naturaleza teutona...

Bajo sus pies se oyó un retumbo parecido al de un trueno, y el casquete de hielo se sacudió por un temblor. Al retumbo se sumó un chirrido agudo, producido por docenas de capas que rozaron entre sí.

Rita perdió pie, pero logró mantener el equilibrio, como si avanzara por los pasillos de un tren en movimiento.

El retumbo cesó pronto y retornó una bienaventurada quietud. Franz se aclaró la garganta.

-¿Será el tan anunciado terremoto de Larsson?

-No. Fue muy leve. Un sismo de gran magnitud en esta cadena de fallas sería mucho más intenso y se extendería más. Este temblorcito apenas se habrá registrado en la escala de Richter.

-¿Y cuándo podemos esperar que ocurra el grande?

Ella se encogió de hombros.

-Tal vez nunca -repuso-. Tal vez dentro de un minuto.

Con una mueca, Franz siguió empacando sus instrumentos en la caja impermeable.

-Y tú hablabas de mi naturaleza sombría...

12:45 P.M.

Alumbrados por los haces de luz de dos trineos motorizados, Roger Breskin y George Lin terminaron de anclar el transmisor de radio al hielo con cuatro cabillas de sesenta centímetros de largo y después verificaron los sistemas del equipo.

Incluso la luz mortecina del atardecer invernal se iba apagando con rapidez. Sin los faros de los trineos motorizados, la visibilidad caería a diez metros. A medida que el viento adquiría velocidad, se iba convirtiendo en un enemigo cada vez más mortífero. Para este momento, arrastraba la fina nieve con tal fuerza que la hacía correr paralela al casquete de hielo. A intervalos cortos, se veían obligados a raspar las gafas protectoras y romper la costra de nieve que se formaba en las máscaras tejidas que les cubría la mitad inferior de la cara.

De pie atrás de la luz ámbar, Brian Dougherty se preguntaba qué motivo lo había llevado hasta ese desolado confin. Jamás había visto un sitio tan yermo; cada aspecto del paisaje ofrecía un crudo recordatorio de que la vida no era sino un preludio a la muerte inevitable y eterna. Por supuesto, aquello era precisamente el atractivo del casquete polar: la aventura, el peligro, la posibilidad de morir. Cuando menos reconocía eso de sí mismo, aunque no tenía sino una idea vaga de porqué le obsesionaba correr riesgos extremos. Después de todo, abrigaba motivos muy poderosos para seguir vivo. Era joven. No se consideraba un Adonis, pero tampoco el Jorobado de Nuestra Señora, y estaba enamorado de la vida. Por si fuera poco, su familia era dueña de una inmensa fortuna y al cabo de catorce meses, cuando cumpliera veinticinco años, Brian tomaría posesión de un fondo fiduciario de treinta millones de dólares. .

La celebridad de su familia y la compasión que despertaba el clan Dougherty abrían cualquier puerta que no pudiera derribarse con dinero. El tío de Brian, que fue presidente de Estados Unidos, murió asesinado por un francotirador. Y su padre, senador por California, había recibido un balazo que lo dejó inválido de por vida durante una campaña electoral primaria nueve años antes. Las tragedias de los Dougherty eran tema de interminables portadas de revistas, una obsesión nacional que muchas veces parecía destinada a convertirse en una formidable mitología política en la que los

Dougherty no eran los mortales sino semidioses, la personificación de la virtud, la buena voluntad y aun el sacrificio.

Con el debido tiempo de por medio, Brian podría emprender una carrera política de carácter personal si lo deseaba. Pero aún se sentía demasiado joven para enfrentar las responsabilidades que conllevaba su tradición familiar y, de hecho, rehuía tales responsabilidades. Cuatro años antes había abandonado Harvard luego de estudiar leyes tan sólo durante dieciocho meses. Desde entonces se dedicó a recorrer el mundo, y sus aventuras descabelladas lo pusieron en la primera plana de los periódicos de los cinco continentes. Toreó en una plaza de Madrid; se rompió un brazo durante un safari en África, cuando un rinoceronte atacó su *jeep*, y casi se ahoga bajando en los rápidos del río Colorado. Y ahora, soportaba el largo e inclemente invierno en los hielos del Polo.

Su apellido y la calidad de varios artículos que había escrito para revistas no eran credenciales suficientes para lograr el puesto de cronista oficial de la expedición; sin embargo, la Fundación Dougherty hizo una donación de ochocientos cincuenta mil dólares al proyecto Edgeway, lo que garantizó a Brian un sitio en el equipo. Brian estaba genuinamente interesado en el proyecto, Y su sinceridad le granjeaba amigos.

Suponía que su interés derivaba del hecho de que no hubiera podido imaginarse comprometido de por vida con un trabajo ni la mitad de arduo que el de aquellos científicos. Aunque la carrera política era parte de su legado, Brian despreciaba ese juego vil: la política era toda mentiras, engaños, intereses creados y egolatría. Por desgracia, todo eso lo había infectado de un cinismo que lo orillaba a cuestionar el valor de cualquier logro, dentro o fuera de la arena política.

A pesar de todo eso, realmente le agradaba escribir, y tenía intenciones de elaborar tres o cuatro artículos sobre la vida en el Polo Norte. De hecho, ya disponía de suficiente material como para armar un libro. No obstante, la idea de plantearse una empresa tan ambiciosa lo hacía sentirse en el fondo terriblemente abrumado.

Su familia tenía la idea de que le atraía el proyecto Edgeway debido a su potencial humanitario y de que al fin estaba sentando cabeza. Brian no quería desilusionarlos, pero sabía que estaban equivocados. Al principio, la expedición le atrajo porque era sencillamente una aventura más. Era un modo de evadir durante otra temporada el pensar con más detenimiento sobre el pasado y el futuro.

Lin y Breskin se pusieron de pie y se limpiaron la nieve de las gafas. Brian se acercó.

-¿Terminaron? -preguntó.

-¡Al fin! -exclamó Breskin.

En pocas horas el transmisor, de sesenta centímetros de lado, quedaría cubierto de nieve y hielo, pero eso no afectaba la potente señal que emitiría diez veces por minuto entre ocho y doce días. Cuando el segmento de hielo se desprendiera del casquete por efecto de los explosivos, el transmisor flotaría con él hacia los canales conocidos como Iceberg Alley y desde allí al Atlántico Norte. Dos barcos palangreros, parte de la flota del llamado Año Geofísico de las Naciones Unidas, estaban a la espera trescientos setenta kilómetros al sur para vigilar la señal emitida por radio. Con ayuda de satélites polares geosincrónicos, seguirían paso a paso el trayecto del iceberg hasta que fuera posible identificarlo visualmente por el colorante rojo esparcido en grandes zonas de su superficie.

El objetivo del experimento era entender cómo afectaban las corrientes marinas invernales el hielo que flotaba a la deriva. Antes de efectuar cualquier plan para arrastrar hielo hacia el sur, hasta las costas afectadas por la sequía, los científico debían aprender cómo se opondría el mar a los barcos y cómo lograr que actuara en su favor.

-¿Puedo tomar algunas fotografías? -preguntó Brian.

-No tenemos tiempo -le contestó George Lin, lacónico-. La tormenta podría dejarnos aislados. En la mañana seríamos parte del paisaje, congelados como piedras.

-Podemos esperar un minuto -intervino Roger Breskin.

Brian sonrió agradecido.

-¿Están locos? -protestó Lin-. ¿Ya vieron la nieve? Si nos demoramos...

-George, ya gastaste un minuto en refunfuñar -el tono de Breskin no era acusador, tan sólo el de un científico que enuncia un hecho.

A pesar de que Roger Breskin había emigrado a Canadá desde Estados Unidos apenas ocho años antes, era tan tranquilo y reposado como el canadiense típico.

Detrás de sus gafas, Lin entrecerró los ojos.

-Toma tus fotos -aceptó-. Supongo que Roger quiere aparecer en las revistas de sociedad. Pero date prisa.

Brian no tuvo más opción que apresurarse. Las condiciones climáticas no le permitirían encuadrar y enfocar a la perfección.

-¿Está bien así? -preguntó Roger Breskin, erguido a la derecha del transmisor.

-¡Espléndido!

Roger sobresalía del objetivo de la cámara. Medía un metro con ochenta centímetros y era más bajo y liviano que Pete Johnson, pero no menos musculoso que el ex jugador de fútbol americano. Había sido levantador de pesas durante veinte de sus treinta y seis años de vida, y tenía unos bíceps enormes. Con ropa del Ártico, se convertía en una impresionante figura osuna, que parecía estar a sus anchas como ninguno de los otros en aquel páramo helado.

De pie a la izquierda del transmisor, George Lin se veía más bajo y delgado que Roger, pero la disparidad no era sólo física. Breskin estaba mudo e inmóvil, parecía una estatua de hielo mientras que Lin se revolvía inquieto como si desbordara energía. A diferencia de su compañero, el páramo helado no era su terreno, y él lo sabía.

George Lin, que alguna vez se llamó Lin Shen-yang, había nacido en Cantón en 1946, un año antes de que la revolución de Mao Tse-tung expulsara al gobierno del Kuomintang y estableciera un estado totalitario. La familia de George no logró huir a Taiwan sino hasta que éste contaba siete años. Durante los primeros años de su infancia, ocurrió algo monstruoso que le causó un profundo trauma y lo dejó marcado para toda la vida. En ocasiones aludía a lo sucedido, pero casi siempre se negaba a mencionarlo abiertamente.

-Apresúrate -apremió Lin.

Brian enfocó con cuidado y oprimió el disparador.

El paisaje nevado reflejó el *flash* electrónico. Un momento después, la profunda oscuridad volvió a agazaparse hasta los límites de los haces de luz de los faros.

Brian anunció:

-Una más para...

En ese momento, el hielo se movió y se levantó bruscamente, como el piso motorizado de un juego de feria. Se ladeó hacia la izquierda, luego a la derecha y después se hundió precisamente bajo los pies de Brian.

El joven cayó con tal fuerza contra el hielo que ni siquiera el grueso acojinado de su ropa lo protegió del doloroso impacto. El hielo volvió a ascender, se estremeció y se

sacudió igual que un potro salvaje, como si luchara con todas sus fuerzas por arrojarlo de la superficie de la Tierra hacia el espacio.

Uno de los trineos motorizados se volcó con brusquedad junto a Brian, a muy pocos centímetros de su cabeza, y multitud de esquirlas cortantes de hielo volaron hacia su cara, como agujas resplandecientes que se le clavaron en la piel y apenas esquivaron los ojos.

Mareado, atónito, Brian levantó cuidadosamente la cabeza y vio a Breskin y a Lin despatarrados en la nieve cerca de él. Brian empezó a incorporarse, pero volvió a caer cuando el yermo se sacudió con más violencia aún que la primera vez. El terremoto suboceánico anunciado por Gunvald al fin había llegado.

Brian trató de protegerse en una hendidura poco profunda del hielo, escudado entre las elevaciones naturales para no ser arrojado contra los trineos motorizados o el transmisor. Era obvio que una marejada gigantesca estaba pasando por debajo de ellos, miles de millones de metros cúbicos de agua que se elevaban con toda la furia y la fuerza de un dios iracundo recién despertado.

El trineo caído giró sobre el costado. Los faros alumbraron dos veces a Brian, haciendo bailar las sombras como hojas que azotara el viento, hasta que al fin se detuvieron en dirección de los otros hombres.

Detrás de Roger Breskin y George Lin, el hielo crujió de pronto con un rugido ensordecedor y se agrietó como una boca demoníaca de enormes dientes. Brian dio gritos de advertencia.

Roger se aferró con ambas manos a uno de los largos clavos de acero que fijaban el transmisor.

El hielo se sacudió por cuarta vez. El campo blanco se inclinó hacia la hendidura recién aparecida, que iba ensanchándose más y más. Aunque trataba en forma desesperada de detenerse, Brian se deslizó por el hielo directo hacia la grieta. Se sujetó del transmisor al pasar, chocó con fuerza contra Roger Breskin y se aferró a él con determinación.

Roger gritó algo respecto a George Lin; sin embargo, el aullido del viento y el crujir del hielo al romperse ahogaron por completo sus palabras.

Atisbando con dificultad a través de las gafas empañadas por la nieve, Brian miró por encima del hombro.

Entre alaridos de terror, George Lin resbalaba hacia el borde de la grieta dando manotazos infructuosamente en la helada sabana. Cuando la última cresta de la marejada pasó por debajo de ellos y el casquete descendió al fin, Lin desapareció por la monstruosa hendidura.

LA SEXAGÉSIMA CARGA de explosivos no se diferenciaba en nada de las otras cincuenta y nueve que habían colocado en el hielo: se trataba de un tubo de seis centímetros de diámetro y un metro y medio de largo con extremos lisos y redondeados. Un complejo mecanismo de reloj y un detonador ocupaban el fondo del cilindro, sincronizados con los relojes de las otras cincuenta y nueve cargas. El extremo superior del cilindro terminaba en un asa de acero, y un mosquetón, una anilla que se abría y se cerraba mediante un muelle, conectaba el asa con una cadena de acero templado.

Harold Carpenter desenrolló la cadena del tambor de un pequeño malacate manual que permitiría bajar la carga por el estrecho orificio. Trabajaba con cuidado porque la carga explosiva era equivalente a mil trescientos kilogramos de TNT. Cuando sintió que

el cilindro tocaba el fondo del pozo de veinticinco metros, enganchó otro mosquetón al extremo libre de la cadena y lo fijó a una estaca incrustada en el hielo.

Pete Johnson estaba de rodillas al lado de Harry. Miró sobre el hombro al francés y anunció a gritos para hacerse oír por encima del ulular del viento:

-¡Ya estamos listos, Claude!

En uno de los remolques de carga, sobre varias resistencias eléctricas, permanecía un barril que habían llenado de nieve. Rebosaba de agua hirviente. Claude Jobert fijó una manguera de anillos metálicos a una espita del barril. Abrió la espita y le entregó la boquilla a Carpenter.

Harry abrió el grifo de purga para verter un chorro de agua caliente de la manguera al pozo profundo y angosto. En tres minutos, el orificio quedó sellado; la bomba estaba suspendida en hielo nuevo. Si dejaban el pozo abierto, la explosión se expandiría hacia arriba y todo lo hecho resultaría inútil. La carga había sido diseñada para explotar hacia abajo de tal manera que su energía se expandiera hacia los lados. Para conseguir el efecto deseado, el orificio tenía que estar muy bien sellado.

Pete Johnson golpeó con los nudillos enguantados el tapón recién formado.

-Ya podemos volver a Ed...

El casquete de hielo se sacudió, se elevó, se movió hacia un lado, se inclinó bruscamente frente a ellos, gimió como si fuera un monstruo gigantesco y después dio un retumbo antes de volver a su sitio original.

Harry cayó de bruces. Las gafas se le incrustaron en las mejillas y en las cejas. Una fuerte punzada de dolor le recorrió los pómulos y percibió un sabor a sangre.

También Pete y Claude habían caído y se aferraban uno a otro. Harry los miró de reojo, trabados en un grotesco abrazo como un par de luchadores.

El hielo volvió a sacudirse.

Lo primero que se le ocurrió a Harry fue que los explosivos plásticos le habían estallado en la cara y que, o estaba muerto, o bien, agonizaba. Sin embargo, cuando el hielo volvió a levantarse, comprendió que seguramente debía de haber algunas marejadas bajo el casquete polar, provocadas sin duda por un sismo en el lecho marino.

En cuanto sobrevino la cuarta sacudida, el mundo blanco que rodeaba a Harry Carpenter se resquebrajó y se ladeó; él quedó suspendido en lo alto de una rampa de hielo. A lo lejos, el ruido del hielo que crujía y se rompía perforó la oscuridad y el viento: eran los siniestros lamentos de un mundo quebradizo que estallaba en pedazos. El tronido se acercaba cada vez más y Harry se preparó para lo peor.

De pronto, tan repentinamente como se había iniciado, hacía no más de un minuto, el terror acabó. La planicie de hielo descendió, recuperó la posición horizontal y quedó inmóvil.

AL SENTIR LA PRIMERA sacudida, Rita lanzó un grito de advertencia a Franz Fischer y echó a correr para alejarse del hielo que pudiera caer de la imponente cresta que se alzaba a sus espaldas. Cuando dejó de correr dio media vuelta para mirar hacia el campamento temporal, descubrió que estaba sola. Franz no había salido del iglú.

Un trozo de hielo del tamaño de un camión se desgajó y cayó con gracia espectral hasta estrellarse en el iglú deshabitado del extremo este del campamento en forma de media luna. El domo inflable estalló como el globo de un niño.

-¡Franz!

En seguida se desprendió un segmento mucho mayor de la cresta. Bloques, espiras, trozos grandes y planchas de hielo cayeron con enorme estrépito sobre el campamento. Aplastaron el iglú central, volcaron uno de los trineos motorizados y desgarraron el iglú del extremo oeste, del cual Franz Fisher todavía no escapaba, levantando miles de esquirlas de hielo que brillaron como una lluvia de chispas.

En seguida, Rita vio cómo Franz salía a rastras de entre las ruinas del domo de nailon y echaba a correr hacia ella. A derecha e izquierda de Franz volaban trozos de hielo semejantes a proyectiles de mortero, pero él desplegaba la gracia de un corredor a campo traviesa y la velocidad que da el pánico. Esquivó la avalancha y llegó al terreno seguro.

Cuando la cresta terminó de estabilizarse y dejó de caer hielo, Rita se estremeció al imaginar vívidamente a su marido aplastado bajo un resplandeciente monolito blanco en algún otro sitio en la cruel noche polar. Se tambaleó, renunció a mantener el equilibrio, se desplomó en el hielo y empezó a temblar de manera incontrolable.

SÓLO SE MOVÍAN los copos de nieve, que se precipitaban en medio de la oscuridad. Harry se apoyó en el trineo motorizado y se puso de pie. El corazón, le latía con tal vehemencia que parecía golpearle las costillas. Tras recuperar el aliento, se limpió las gafas y miró a su alrededor.

Pete Johnson ayudaba a Claude a ponerse de pie. Al francés le temblaban las piernas, pero no parecía estar lesionado. Pete, en cambio, ni siquiera se veía asustado; tal vez, en efecto, era tan indestructible como aparentaba.

Saturado de adrenalina, por un instante Harry volvió a sentirse niño, emocionado por el peligro, lleno de regocijo por el sólo hecho de haber sobrevivido.

Después pensó en Rita y la sangre se le heló en las venas. El campamento temporal estaba al abrigo de una elevada pared de hielo. En condiciones normales, era el mejor sitio para ubicarlo, pero con las sacudidas que acababan de experimentar, la cresta de hielo podía haberse resquebrajado...

“En marcha”, pensó, presa de un pánico mucho más intenso que el que pudiera haber sentido momentos antes. “Hay que recoger, ponerse en marcha, ir a buscarla.”

Se precipitó hacia los otros hombres.

-¿Alguien está herido? -preguntó.

-Sólo zarandeados -respondió Claude. No sólo era un hombre que se negaba a rendirse ante la adversidad, sino que ésta lo animaba. Con la sonrisa más franca que hubiera esbozado en todo el día, agregó: ¡Vaya danza!

Pete miraba a Harry.

-¿Y tú?

-Estoy bien.

-Estás sangrando.

Cuando Harry se tocó el labio superior, varios trocitos brillantes de sangre congelada, como fragmentos de rubíes, se pegaron a su guante.

-Me sangró la nariz, pero ya pasó. Pueden tener problemas graves en el campamento -señaló.

-Lo mismo pensaba yo -declaró Pete.

Cuando Harry terminaba de amarrar los últimos instrumentos en el remolque de carga del segundo trineo motorizado, Pete lo llamó. Harry se limpió las gafas y fue hasta el otro vehículo. Incluso en esa penumbra, percibió la preocupación del ex futbolista.

-¿Qué sucede?

-Oye, ¿los trineos motorizados giraron mucho durante las sacudidas?

-Vaya que sí, saltaban y rebotaban como si el hielo fuera un trampolín.

-¿De arriba abajo? Quiero decir, ¿es posible que se hayan deslizado, que hayan virado hacia un lado?

Harry se acercó más a Pete.

-Yo estaba aferrado a uno de ellos. No giró. ¿Por qué haces esa pregunta?

-Tenme paciencia. ¿En qué dirección apuntaban los trineos antes de la marejada?

-Al este, hacia el campamento temporal.

Pete se mordió un labio.

-Entonces, ¿estoy volviéndome loco o qué?

-¿Por qué?

-Por esto... -dio unos golpecitos a la brújula del trineo.

Harry observó la brújula. Según la aguja, el trineo apuntaba exactamente al sur, un viraje de noventa grados respecto a su orientación antes de que las ondas sísmicas agitaran el hielo.

-Eso no es todo -prosiguió Pete-. Cuando nos estacionamos aquí, estoy absolutamente seguro de que el viento azotaba este trineo por atrás. Ahora es evidente que sopla contra un costado, de mi lado derecho. Como sabes, durante las ventiscas, los vientos son muy estables. No varían noventa grados en sólo unos cuantos minutos.

-Pero si el viento no cambió de dirección y los trineos no se movieron, significa que el hielo en el que estamos... -la voz de Harry se quebró.

Al cabo, Pete concluyó la frase:

-El hielo debió girar un cuarto completo de la brújula.

-Pero, ¿cómo puede ser?

-Yo sé cómo.

-Sí, yo también lo sé -admitió Harry, apesadumbrado.

-Entonces, estamos en graves problemas, Harry.

Corrieron hacia el otro vehículo. La nieve recién caída rechinaba y crujía bajo sus botas. Pete dio unos golpecitos a la carátula de la brújula.

-Esta también apunta al sur.

Harry no abrió la boca. Su situación era tan terrible que no deseaba expresarla con palabras.

Pete recorrió con la mirada el inhóspito yermo.

-Si la temperatura sigue bajando, y sin duda alguna seguirá bajando... ¿cuánto tiempo crees que lograríamos sobrevivir en este lugar?

-Con las escasas provisiones con que contamos, creo que ni siquiera un día.

-Nuestra ayuda más cercana...

-Serían los barcos de las Naciones Unidas que están a más de trescientos kilómetros de distancia.

-Y no van a navegar hacia el norte en medio de una tormenta, mucho menos entre tal cantidad de témpanos.

Enmudecieron. El aullido espectral y ominoso del viento inundó el silencio. Harry negó con la cabeza.

-Sólo hay algo seguro. No podremos regresar a la estación de Edgeway hoy por la tarde.

Claude Jobert se unió a ellos a tiempo para oír la última frase. A pesar de que tenía la parte inferior del rostro cubierta por la máscara tejida, era patente su alarma. Puso una mano sobre el brazo de Harry.

-¿Qué ocurre?

Harry cruzó una mirada de inteligencia con Pete. Este último le respondió a Claude:

-La marejada desprendió el borde del casquete. Estamos a la deriva sobre un iceberg.

-¡No puede ser! -exclamó Claude, y oprimió con fuerza el brazo de Harry.

-Aunque parezca totalmente descabellado, es cierta -reconoció Harry-. Cada minuto que pasa nos alejamos más de la estación de Edgeway.

Claude pasó la mirada de uno a otro y después la dirigió hacia el ominoso paisaje circundante, como si esperara ver algo que refutara lo que acababa de oír.

-No pueden estar seguros.

-Estamos absolutamente seguros -lo contradijo Pete.

Renuente, Claude aceptó la realidad.

-Pero, debajo de nosotros... las bombas...

-Exactamente -concluyó Harry-. Las bombas.

1 : 00 P . M .

Uno de los trineos motorizados se había volcado sobre un costado; el otro estaba ladeado contra un lomo de hielos. Los cuatro faros rasgaban la cortina de nieve e iluminaban la nada; apuntaban en dirección opuesta al precipicio por donde había desaparecido George Lin. Aunque Brian Dougherty estaba convencido de que cualquier intento de búsqueda sería una pérdida de tiempo, se acercó hasta el borde de la grieta y se tendió boca abajo sobre el hielo del borde aserrado. Roger Breskin lo alcanzó y se acostó a su lado para atisbar hacia la terrible oscuridad.

Brian tenía el estómago hecho nudo. Trataba de enterrar los clavos metálicos de la punta de las botas en el hielo, que parecía roca, y de asirse a la superficie plana. Si otra marejada volvía a sacudir al mundo, él podría salir despedido hacia el abismo.

Roger Breskin dirigió el rayo de su linterna hacia afuera, al muro opuesto de la grieta. Hasta donde alcanzaba, la luz amarilla no mostró nada más que la nieve que caía. Más allá se extendía una profunda oscuridad.

-No es una grieta -reconoció Brian-. ¡Es todo un cañón! El rayo se movió lentamente de un lado a otro: nada. No había nada en absoluto. Brian estaba perplejo.

-No entiendo.

-Nos desprendimos del casquete principal -le explicó Roger, con su ecuanimidad característica, pero pasmosa.

Pasó un momento antes de que Brian pudiera asimilar la idea y sus terribles implicaciones.

-Nos desprendimos... ¿Quieres decir entonces que estamos a la deriva?

-En un barco de hielo.

Una racha de viento los azotó con tal fuerza que durante medio minuto Brian no podría haber oído nada más aunque gritara con todas sus fuerzas. Cuando la racha se extinguió, se acercó más a Roger Breskin.

-¿Y los demás?

-Podrían estar también en este iceberg. Pero esperemos que estén sobre el hielo firme.

-¡Santo cielo!

Roger desvió la luz de la linterna de la oscuridad en la que habían esperado encontrar el muro opuesto de una grieta. La pálida luz osciló a izquierda y derecha y finalmente cayó sobre el mar negro, encrespado y líquido que rugía veinticinco o treinta metros abajo de ellos. Trozos irregulares de hielo oscilaban y se arremolinaban entre los senos de la gélida agua oscura chocando sobre las crestas de las olas. Al tocarlos la luz, resplandecieron como diamantes esparcidos sobre terciopelo negro.

Hipnotizado por el caos que la linterna revelaba, después de tragar saliva, Brian señaló:

-George cayó al mar. Desapareció.

-Tal vez no.

Apoyando los codos en el hielo, Roger se adelantó a rastras hasta que pudo asomarse al borde y mirar hacia la alta cara del precipicio. El rayo de la linterna encontró el sitio donde la isla de hielo se unía con el mar. El risco no descendía en línea recta hasta el agua. Al pie, se había desgajado en tres cornisas desiguales, cada una dos o tres metros abajo de la otra. Las cornisas se veían tan cortantes, irregulares y llenas de fisuras, como la base de cualquier farallón en tierra firme. Las olas del mar embravecido ascendían hasta ellas y rompían contra el resplandeciente muro, salpicando con una tupida lluvia de espuma y rocío helado. Lin habría quedado despedazado en semejante remolino.

La luz se movió lentamente hacia atrás y arriba para revelar otra parte del precipicio. Apenas seis metros abajo de ellos, una cuarta cornisa sobresalía de la pared de hielo. Ésta tenía apenas unos metros de ancho. Roger Breskin la exploró con la linterna.

Dos metros y medio a su derecha, seis metros abajo, envuelto hasta entonces por las sombras yacía George Lin. Estaba recostado sobre el lado izquierdo, con la cara hacia el mar abierto. El brazo izquierdo lo tenía bajo el cuerpo y el derecho cruzado sobre el pecho. Había quedado en posición fetal, con las rodillas flexionadas y la cabeza sobre el pecho.

Roger ahuecó la mano libre a guisa de bocina y gritó:

-¡George! ¿Me oyes? ¡George!

Lin no se movió ni respondió.

-¿Crees que esté vivo? -inquirió Brian.

-Debe estarlo. No cayó mucho. La ropa está acojinada y es aislante. Absorbería el golpe.

Brian, con ambas manos como altavoz, le gritó también a Lin.

La única respuesta fue el ulular del viento, cada vez más intenso; era fácil creer que ese aullido destilaba perversidad, como si el viento estuviera vivo y los desafiara a permanecer en el borde tan sólo un instante más.

-Tenemos que bajar por él -declaró Roger.

Brian analizó de un vistazo la pared lisa y vertical de hielo que caía seis metros hasta la cornisa.

-¿Cómo?

-Tenemos cuerdas, herramientas. Improvisaremos algo.

-¿Improvisar? -preguntó Brian, atónito-. ¿Has practicado montañismo?

-No.

-Esto es una locura.

Brian volvió a contemplar la silueta agazapada en la cornisa. En una plaza de toros española, en la estepa africana, en el río Colorado... había desafiado a la muerte de muchas maneras sin sentir miedo. Se preguntó por qué en este momento titubeaba. Prácticamente todos los riesgos que había corrido carecían de sentido, eran simples juegos de niños. En esta ocasión, tenía un buen motivo para arriesgarlo todo: estaba de por medio una vida humana ¿Cuál era el problema? ¿Acaso no quería ser un héroe? Ya había demasiados héroes en la familia Dougherty.

-Manos a la obra -anunció Brian al cabo-. George se congelará si permanece mucho tiempo allá.

1:05 P.M.

Harry se apoyó en el manubrio y atisbó con dificultad el paisaje blanco a través de la burbuja de plexiglás. En el haz de luz de los faros corrían rachas horizontales de aguanieve. El limpiaparabrisas golpeaba monótono, encostrado de hielo, pero todavía moviéndose con cierta eficiencia. La visibilidad había bajado a diez o doce metros.

Los únicos vehículos que utilizaban los expedicionarios de Edgeway eran unos trineos motorizados hechos sobre diseño, con motores rotativos de combustión interna y suspensión especial. Cada aparato podía transportar a dos adultos con la voluminosa ropa térmica, sobre un asiento acojinado de noventa centímetros de largo. Conductor y pasajero viajaban como en una motocicleta, uno detrás del otro.

Los vehículos también tenían otras adaptaciones para operar en el invierno polar, donde las condiciones eran mucho más rigurosas y extremas que las que enfrentaba el aficionado habitual a los deportes invernales. Además de un par de baterías especiales para trabajo pesado en el Polo, la modificación principal de cada vehículo era la cabina, que se extendía desde la parte delantera de la carrocería hasta el asiento del pasajero. La cubierta estaba fabricada con láminas de aluminio remachadas y plexiglás grueso.

Sobre el motor llevaba montado un calefactor pequeño pero eficiente, y dos ventiladores de tamaño reducido dirigían el aire caliente tanto hacia el conductor como al pasajero. Sin la cabina, el golpeteo continuo del viento haría congelarse hasta los huesos a cualquier persona, y podría matarla en un viaje de más de ocho o diez kilómetros.

Algunos de los trineos tenían modificaciones especiales . El de Harry era uno de ellos, ya que transportaba la perforadora. La máquina era demasiado importante para exponerla a los tumbos que sacudían la plataforma de un remolque de carga. La mitad trasera del asiento tenía adaptadas unas abrazaderas, y la máquina viajaba fija detrás de Harry, en el sitio que normalmente ocuparía un pasajero. Con esas pocas modificaciones, el trineo era adecuado para el trabajo en el hielo de Groenlandia.

Si bien el vehículo alcanzaba una velocidad máxima de sesenta kilómetros por hora, por el momento Harry prefería avanzar a paso de tortuga. Si aparecía de pronto el borde del iceberg en medio de la tormenta y él viajaba a cierta velocidad, no podría frenar a tiempo y se precipitaría hacia el mar. Con esa idea amenazadora en mente, mantenía el motor a muy baja velocidad para ir apenas a diez kilómetros por hora.

Emprendieron el camino con rumbo al sur desde el sitio de la última carga explosiva y mantenían ese rumbo lo mejor posible, suponiendo que lo que estaba al este antes de la marejada ahora se encontraría al sur.

Harry miró por el espejo lateral. Los faros del segundo trineo que transportaba a Pete y a Claude, brillaban en la oscuridad detrás de él.

Aunque se distrajo apenas durante un instante, pronto volvió a su escrutinio del hielo que tenía delante, con la esperanza de ver algún destello de luz del campamento temporal. Rita y Franz comprenderían que, sin una señal, sería muy difícil o imposible encontrar el campamento en medio de una tormenta como ésa. Seguramente encenderían los faros del trineo y los dirigirían a la cresta de hielo que se levantaba atrás del campamento. La luz, reflejada e intensificada, sería inconfundible.

Pero no lograba distinguir ni siquiera una vaga luminosidad en el panorama. La oscuridad lo preocupaba, porque le hacía suponer que el campamento había desaparecido, sepultado bajo toneladas de hielo.

Siguió atisbando entre la nieve. Nada.

Decidió que si encontraba viva a Rita, le daría gracias a Dios cada minuto del resto de su existencia... qué podría ser sumamente breve. Porque ella le había dado más felicidad de la que jamás imaginó conocer.

Diez metros adelante, iluminada por los faros, apareció una angosta línea negra en la llanura nevada: era una grieta en el hielo, apenas visible desde su perspectiva. Harry frenó bruscamente. El vehículo derrapó y viró treinta grados sobre su eje, con gran estrépito de los esquíes. Harry movió el manubrio en la dirección en que se deslizaba hasta que le pareció que la oruga recuperaba el agarre y después volvió a virar hacia la derecha.

Seguía avanzando, deslizándose como un disco de *hockey*. Estaba a seis metros del agujero y avanzaba...

La línea negra se hizo más visible. Había hielo al otro lado. Debía de ser una grieta. No era el final del territorio, con la noche más allá y el gélido mar en el fondo. Era tan solo una hendidura profunda.

El vehículo seguía deslizándose.

Los esquíes crujieron. La oruga golpeó contra algo. La cubierta de nieve se adelgazó. El trineo se deslizaba sobre hielo, con poca tracción. Una estela de nieve surgía de los esquíes, de la oruga de poliuretano, como nubes de humo.

Cinco metros... cuatro...

El trineo se detuvo suavemente, tan cerca de la hendidura que Harry no lograba ver el borde del hielo por encima del frente del aparato. Las puntas de los esquíes debían de asomar sobre la orilla. Puso el motor en reversa y retrocedió más o menos un metro, hasta que logró distinguir el precipicio.

Tembloroso, pero no por el frío, se quitó las gafas de la frente, las acomodó ante los ojos, abrió la puerta de la cabina y bajó del trineo. Los faros mostraban que la grieta tenía sólo unos cuatro metros de ancho en el centro y se angostaba de inmediato hacia los extremos. Se asomó hacia la negrura, con la sospecha de que el abismo podría tener muchos metros de profundidad.

Se estremeció y dio media vuelta. Seis metros atrás de su trineo, el otro vehículo estaba detenido con el motor en marcha y los faros encendidos. La figura de Pete Johnson apareció por la puerta de la cabina.

Harry le hizo un ademán y echó a caminar hacia él. El hielo retumbó y se movió. Sorprendido, Harry se detuvo.

Durante un instante, pensó que otra onda sísmica pasaba debajo de ellos. Pero se encontraban a la deriva, y un tsunami no los afectaría igual que cuando estaban sobre el casquete de hielo fijo. No, la perturbación era totalmente local. De hecho, la tenía bajo los pies. De pronto, el hielo se empezó a resquebrajar delante de él, una fisura zigzagueante de escasos centímetros, que se ensanchó hasta ser del tamaño de su mano y todavía más. Estaba de espaldas a la primera hendidura, y la pared de la nueva grieta se desintegraba a sus pies.

Se tambaleó, se abalanzó hacia adelante y salvó la fisura de un salto, consciente de que ésta seguía ensanchándose debajo de él en el momento mismo de saltar. Cayó en el extremo opuesto y rodó para alejarse del hielo traicionero. A sus espaldas, la pared de la grieta se desprendía en gruesos bloques de hielo que se despeñaban con estrépito. La planicie trepidaba.

Harry se arrodilló sin saber aún si estaba seguro. ¡No! La orilla de la grieta seguía desintegrándose hacia el precipicio. La hendidura se ampliaba en dirección a Harry y él se alejó dando traspiés desesperados.

Jadeante, atisbó sobre el hombro en el momento preciso que su trineo motorizado se hundía en el abismo. Se estrelló contra la pared más lejana y quedó comprimido allí un instante por un bloque del tamaño de un camión. El combustible de los tanques principal y auxiliar explotó. El fuego ascendió, pero disminuyó luego, cuando el vehículo, envuelto en llamas, cayó hacia las profundidades. Alrededor de Harry y a sus pies, reflejos semejantes a fantasmas de color anaranjado rojizo temblaron fugazmente en el hielo lechoso; después, el fuego se extinguió y la oscuridad volvió a reinar.

1:07 P.M.

Criofobia. Horror al frío. Las circunstancias hacían que para Rita Carpenter fuera mucho más difícil de lo habitual reprimir ese pánico persistente y debilitante.

Algunas zonas de la cresta dorsal de presión se habían derrumbado parcialmente, en tanto que otras adquirieron una fisonomía del todo distinta a causa del tsunami. Una

cueva poco profunda, de unos doce metros de fondo por diez de ancho, se abría ahora en la blanca muralla.

Rita titubeó a la entrada del gélido refugio, renuente a seguir a Franz Fischer al interior, abrumada por el miedo irracional de que no sólo estaría dando unos cuantos pasos adelante, sino, a la vez, retrocediendo en el tiempo hasta aquel día invernal cuando tenía seis años, hasta la muerte viviente de la tumba blanca...

Con los dientes apretados, esforzándose por reprimir una sensación de pánico casi paralizante, entró en la cueva. A sus espaldas la tormenta seguía; sin embargo, ella encontró un relativo silencio dentro de las paredes blancas, así como abrigo contra el viento cortante y la nieve.

Con su linterna, Rita iluminó el techo y las paredes en busca de cualquier indicio de que la estructura estuviera en peligro inminente de derrumbarse. Por el momento la cueva parecía un refugio estable.

-Peligrosa -dijo, sin poder evitar que la voz se le quebrara.

Franz estuvo de acuerdo.

-Pero no tenemos otra opción -añadió.

Los tres refugios inflables habían quedado destruidos. Permanecer durante un lapso prolongado a merced del viento, cada vez más intenso, equivaldría a cortejar a la hipotermia.

Volvieron a salir y llevaron hasta la cueva de hielo el radio de onda corta, que parecía haber quedado intacto tras la destrucción del campamento. Lo acomodaron en el piso contra la pared del fondo. Franz Fischer conectó unos cables a la batería de repuesto del trineo motorizado indemne y ambos colgaron el transmisor-receptor. Rita encendió el aparato y la carátula despidió un suave resplandor verdoso.

-Funciona -musitó, aliviada.

Franz había salido a ver qué más podía rescatar cuando llegó un mensaje apremiante de Gunvald, desde la estación de Edgeway.

-¡Qué tranquilidad me da oír tu voz! -exclamó Gunvald-. ¿Están todos bien?

-El campamento quedó destruido, pero Franz y yo estamos bien. Nos refugiamos en una caverna de hielo.

-¿Y Harry y los demás?

-No sabemos qué les ocurrió -respondió ella, y la angustia le oprimió el corazón-. Estaban trabajando fuera. Esperaremos quince minutos a que aparezcan; si no, iremos a buscarlos -titubeó un poco antes de aclararse la garganta-. Hay un problema. Estamos a la deriva.

Durante un instante, Gunvald quedó demasiado estupefacto para hablar. Al fin pudo decir:

-¿Están seguros?

-Nos lo advirtió un cambio en la dirección del viento. Luego las brújulas.

-Espera un momento -la interrumpió Larsson, con preocupación audible-. Déjame pensar.

Pese a la tormenta y a las intensas perturbaciones magnéticas que acompañan al mal tiempo en esas latitudes, la voz de Larsson se oyó con claridad unos momentos después, cuando inquirió:

-¿De qué tamaño es su iceberg? ¿Tienen alguna idea?

-Ni la más mínima. No hemos tenido tiempo de salir a inspeccionar. Apenas estamos recuperando todo lo que sea rescatable entre las ruinas del campamento.

-Si el iceberg no es muy grande... Harry y los demás podrían no estar a la deriva con ustedes.

Rita cerró los ojos.

-¡Ojalá fuera así!

-De cualquier modo, la situación no es desesperada. Enviaré un mensaje de inmediato por satélite a la base de la Fuerza Aérea Estadounidense de Thule. En cuanto les haya advertido, ellos podrán ponerse en contacto con los palangreros que esperan al sur de ustedes.

-¿Y luego, qué? Ningún capitán en su sano juicio se acercaría con un palangrero a la tormenta. Perdería su barco y a su tripulación por tratar de salvarnos.

-En Thule tienen las más modernas aeronaves de rescate, helicópteros capaces de maniobrar en casi cualquier condición.

-Todavía no se inventa ningún aparato que pueda volar a salvo en medio de una tormenta como ésta, ya no digamos posarse sobre un iceberg entre tales rachas de viento.

El radio sólo dejó oír el chisporroteo de la estática y penetrantes zumbidos electrónicos; sin embargo, Rita percibió que Gunvald seguía allí.

“Sí”, pensó ella. “Yo tampoco sabría qué decir.”

Al fin, el sueco respondió:

-De acuerdo. Tienes razón sobre los helicópteros. Pero no podemos abandonar toda esperanza de rescate-. Ustedes manténganse calientes por turnos dentro de los trineos. ¿Tienen una buena provisión de combustible?

-Suficiente para volver a Edgeway, si fuera posible, pero no mucho más. Suficiente para mantener los motores encendidos por varias horas, pero no por varios días.

-En tal caso...

Silencio. Estática. La transmisión se reanudó después de algunos segundos:

-... de todos modos mandaré el mensaje a Thule. Tal vez se les ocurra alguna otra solución.

-¿Edgeway no sufrió daños? -quiso saber ella.

-Aquí todo está bien. Sobreviviré. Y tú también, Rita.

-Lo intentaré -le respondió ella con determinación-. No dudes que lo intentaré.

1:10 P.M.

Brian Dougherty extrajo gasolina del tanque del trineo motorizado que no se había volcado y la derramó sobre un área de hielo de sesenta centímetros en el borde del precipicio.

Roger Breskin, a su vez, abrió un fósforo químico y lo arrojó sobre la gasolina. El combustible ardió. Las llamas brotaron como lenguas incandescentes al viento, pero se extinguieron en cuestión de segundos.

Brian se arrodilló donde había estado el fuego y examinó la orilla con mucho cuidado. Antes estaba puntiaguda e irregular, ahora se sentía lisa y uniforme. Una cuerda de escalar se deslizaría sobre ella sin deshilacharse.

-¿Es suficiente? -preguntó Roger.

Brian asintió.

Roger se inclinó y levantó el extremo libre de una cuerda de nailon de diez metros de largo que había atado a la estructura de su trineo motorizado y también a un pitón largo para hielo, idéntico a los que se emplean para afianzar el transmisor de radio. Rápidamente rodeó con la cuerda el torso y los hombros de Brian para formar una especie de arnés, y luego de hacer tres nudos fuertes en el centro del pecho del joven, señaló:

-Esto te sostendrá, pero no olvides sujetarte de la cuerda con ambas manos por arriba de la cabeza, para quitar un poco de presión a los hombros.

Como no confiaba en su capacidad para responder sin un tartamudeo nervioso, Brian asintió en silencio.

Roger Breskin regresó al trineo motorizado, que miraba hacia el precipicio y del que habían desenganchado el remolque de carga. Subió a la cabina, cerró la puerta, pisó primero el freno y luego aceleró.

Tembloroso, Brian se tendió boca abajo en el hielo. Respiró hondo a través de la máscara tejida, titubeó un instante y se impulsó con los pies por delante sobre el borde del precipicio. Aunque no cayó mucho, el estómago le dio un vuelco, y un escalofrío de terror semejante a una descarga eléctrica lo recorrió de pies a cabeza. La cuerda se puso tensa para frenar su descenso cuando la cabeza de Brian se encontraba apenas unos centímetros por abajo de la superficie del iceberg.

Por lo pronto, asomaba por el borde un tramo demasiado pequeño de cuerda como para sujetarse de él por arriba de la cabeza. No tuvo más opción que soportar todo su peso en los hombros.

-Vamos, Roger, vamos -musitó-. Date prisa.

Como Roger era muy hábil para manejar el trineo motorizado, a Brian le había parecido lógico y razonable ser él quien bajara a rescatar a George Lin. En este momento, en cambio, deseaba haber sido experto en trineos. ¿Por qué tardaba tanto?

Su impaciencia se esfumó al desplomarse, de repente, como si hubiesen cortado la cuerda. Cayó en la cornisa con tal fuerza que una intensa punzada de dolor le corrió desde las piernas hasta lo alto de la columna vertebral. Las rodillas se le doblaron como si fueran de cartón mojado. Se golpeó contra la pared del risco, rebotó y quedó colgando por fuera de la angosta cornisa, en medio de la oscuridad azotada por el viento.

Estaba demasiado aterrado para gritar.

Roger había frenado un instante después de soltar el pedal; sin embargo, como el viento incesante había barrido la nieve y alisado el hielo, el vehículo tenía poca tracción. Se precipitó hacia adelante demasiado rápido. Igual que un disco de *hockey*, después de frenar se deslizó todavía tres metros más, apuntando con los faros hacia una negrura infinita antes de detenerse a casi dos metros de la orilla.

El arnés dio un tirón y quedó tenso alrededor del torso y bajo los brazos de Brian. Comparado con las oleadas de dolor de las piernas y la punzada de la espalda, este

nuevo sufrimiento le pareció tolerable. El joven se sorprendió de estar aún con vida. Desenganchó la linterna del cinturón de herramientas que traía puesto, desgarró la perfecta negrura que lo rodeaba con el rayo de luz y un torrente de copos de nieve cayó sobre él.

Tratando de no pensar en el mar helado que se extendía a sus pies, atisbó hacia la cornisa. La tenía un metro y medio arriba de la cabeza. Más o menos un metro a su izquierda, los dedos enguantados de la mano derecha de George Lin, inertes, asomaban por el borde.

El rayo de una linterna lo iluminó desde arriba.

Brian alzó la cabeza y vio a Roger Breskin asomado en lo alto del precipicio.

-¿Estás bien? -gritó Roger. A Brian le pareció como si el sonido viniera del extremo de un túnel de ferrocarril que midiera diez kilómetros.

El joven asintió lo mejor que pudo: sí, estoy bien. No había manera de transmitir, con un simple movimiento de cabeza, la intensidad de su miedo y tampoco la preocupación que le causaba el dolor persistente de las piernas.

Breskin gritó, pero Brian sólo escuchó algunas palabras:

-Voy a ... trineo... subirte.

Brian volvió a asentir.

Roger corrió de vuelta al vehículo.

Brian dejó la linterna encendida y la enganchó al cinturón, con la luz dirigida hacia el pie derecho. Levantó las manos y se sujetó a la tensa cuerda. Se izó unos centímetros para aligerar un poco el peso que pendía de la parte alta de los brazos.

El trineo tiró de la cuerda. El movimiento fue suave en comparación con el descenso. Brian no se golpeó contra el risco. De las rodillas para abajo, las piernas aún le colgaban fuera de la cornisa. Con un esfuerzo, se balanceó y alzó las piernas por arriba del borde, puso los pies sobre la angosta cornisa de hielo y se acuclilló. Después soltó la cuerda y se puso de pie. Le dolían los tobillos, sentía las rodillas como gelatina y los muslos le punzaban, pero pudo sostenerse.

De un bolsillo del anorak sacó un pitón largo, una especie de clavo de doce centímetros de largo con la punta aguda y un ojo de casi tres centímetros de diámetro en el otro extremo. Descolgó un martillo pequeño del cinturón de herramientas y clavó el pitón en una angosta grieta de la pared del risco.

La linterna de Roger volvió a asomar en lo alto.

Cuando el pitón quedó fijo, Brian pudo desenganchar de su cinturón una cuerda de nailon de dos metros y medio. Antes de bajar, había atado un extremo de ella a un mosquetón. Enganchó el mosquetón en el pitón y cerró el pasador. Se anudó luego el otro extremo de la cuerda alrededor de la cintura. Así, le serviría como cabo de seguridad en caso de que cayera de la cornisa, pero tenía la suficiente libertad de movimiento para ocuparse de George Lin. Ya asegurado, se desató el arnés que le cruzaba el pecho y se enrolló la cuerda alrededor del cuello.

Se arrastró hacia George. Se quitó la linterna del cinturón y la colocó sobre la cornisa, apoyada en la pared y con la luz apuntando hacia el hombre inconsciente.

¿Inconsciente... o muerto?

Para responder esa pregunta, haría falta ver el rostro de Lin. Colocarlo sobre la espalda no era fácil, porque Brian debía tener cuidado de que el científico no cayera al

abismo. Cuando Lin había recuperado la conciencia. La piel ambarina, al menos en los pocos centímetros del rostro que quedaban expuestos, se veía de una palidez cérea.

-¿Cómo te sientes? -gritó Brian tratando de elevar la voz por encima del aullido del viento.

Lin lo miró sin comprender y quiso incorporarse. Brian se lo impidió.

-¡Cuidado! Puedes caer.

Lin miró hacia un lado y contempló la oscuridad. Cuando dirigió la mirada a Brian otra vez, la palidez se había acentuado.

-¿Estás herido?

-Me duele el pecho -respondió Lin, en voz apenas audible.

-¿El corazón?

-No. Cuando caí sobre el borde... el hielo aún se sacudía... por la marejada... La pared del precipicio... estaba inclinada... Me deslicé... y caí de golpe sobre el costado. No recuerdo más.

-¿Alguna costilla rota?

Lin respiró hondo y dio un respingo.

-No, tal vez no. Creo que sólo son golpes. Me duele mucho, pero no tengo nada roto.

Brian se quitó la cuerda del cuello.

-Tendré que hacerte un arnés. Trata de sentarte.

Dando un quejido, George Lin se incorporo con cuidado. Quedó sentado con la espalda contra el risco y las piernas colgando en el vacío.

Brian rápidamente improvisó un arnés, hizo un nudo doble por delante del pecho de George Lin y se puso de pie. Se agachó y ayudó al herido a ponerse de pie.

-¿Listos? -gritó Roger, desde seis metros arriba.

-¡Sí! ¡Pero hazlo despacio!

Lin daba palmadas cortas y rápidas.

-Tengo el cuerpo adormecido. Puedo mover los dedos... pero no los siento.

-Estarás bien.

-No siento los dedos... de los pies. Tengo sueño. Mala señal.

Tenía toda la razón. Cuando el cuerpo se enfría tanto que pide dormir para mantener la temperatura, la muerte puede no estar muy lejos.

-En cuanto llegues arriba, métete en el trineo -le ordenó Brian-. En quince minutos estarás como nuevo.

-Arriesgaste tu vida ¿por qué?

-¿Tú no habrías hecho lo mismo?

La cuerda dio un suave tirón hacia arriba y se llevó con suavidad a George Lin. En lo alto del precipicio, sin embargo, Lin se quedó atorado. Tenía los hombros arriba del borde, pero el resto del cuerpo aún pendía al viento. Estaba demasiado débil para impulsarse.

Los años de entrenamiento de Breskin como levantador de pesas rindieron sus frutos. Bajó del trineo y con gran facilidad tiró de George los dos últimos metros para franquear el borde. Desató el arnés del torso de Lin y le arrojó la cuerda a Brian.

-Te subiré... cuando... instalado a George -gritó. Aunque el viento arrastraba sus palabras, se percibía angustia en la voz. Apenas una hora antes, Brian no habría imaginado que Roger, duro como piedra, con aquel cuello de toro, los bíceps voluminosos y el aire de autosuficiencia, pudiera sentir miedo de nada. Al hacerse patente el miedo de su compañero, Brian se sintió menos avergonzado por el pánico que lo atenazaba.

Tomó la cuerda y ató el cuerpo con rapidez a ella. Después, se desanudó el cabo de seguridad de la cintura, retiró del pitón el otro extremo de la cuerda, la enrolló y la enganchó en el cinturón. Luego recogió la linterna de la cornisa y también se la colgó del cinturón. De tener la fuerza suficiente para sacarlo del hielo, habría recuperado el pitón. En ese momento, todas las provisiones, el combustible y las herramientas eran invaluable. Nadie podía predecir qué migaja, insignificante de momento, podría resultar esencial más adelante para la sobrevivencia. Un rayo de linterna lo encontró entre la oscuridad.

-¿Estás listo para subir? -le gritó Roger Breskin.

-Cuando tú digas.

Roger volvió al trineo.

Brian apenas se había sujetado cuando la cuerda empezó a subir, ejerciendo una nueva presión aún más terrible sobre sus adoloridos hombros. Azotado por el viento, aturdido por el dolor, incapaz de apartar sus pensamientos de la inmensa tumba acuática que rugía a sus pies, se deslizó contra la pared del risco tan suavemente como lo hiciera George Lin cinco minutos antes.

Cuando llegó al borde, logró impulsarse con pies y manos sin la ayuda de Roger.

Se puso de pie y caminó tambaleante hacia los faros del trineo motorizado. Le dolían las piernas, pero había superado la prueba prácticamente indemne.

-¡Increíble! -reconoció, al tiempo que desataba los nudos del arnés.

-¿De qué hablas? -le preguntó Roger cuando lo alcanzó.

-No creí que lo lograría.

-¿Acaso no confiabas en mí?

-No es eso. Pensé que la cuerda se rompería o algo parecido.

-Tarde o temprano morirás -sentenció Roger, con voz casi teatral-. Pero éste no era tu lugar ni tu momento.

A Brian lo sorprendió tanto que Roger Breskin se pusiera filosófico como lo había asombrado darse cuenta de que también conocía el miedo.

-Si no estás herido será mejor ponernos en marcha.

-¿Qué haremos ahora? -preguntó Brian, al tiempo que se frotaba los hombros lastimados.

Roger se limpió las gafas protectoras.

-Hay que encontrar el campamento temporal; debemos reunirnos con los demás.

-¿Y si el campamento no está en el mismo iceberg en el que estamos nosotros?

Roger ya había dado media vuelta hacia el trineo volcado.

LA CABINA DEL TRINEO sólo podía albergar a dos hombres. Por consiguiente, Harry optó por viajar en el remolque de carga descubierto. Claude estaba dispuesto a ceder su sitio, y Pete Johnson insistía en dejar su lugar al volante, como si viajar en el remolque

fuera algo deseable, cuando de hecho la exposición. al intenso frío podría resultar mortal. Harry interrumpió enseguida sus alegatos y, valiéndose de su jerarquía, reclamó para sí el peor de todos los puestos.

En la plataforma del remolque se habían acumulado casi diez Centímetros de nieve. Harry la retiró con las manos. Dio la espalda al viento y se desató los cordeles de la barbilla para aflojarse el capuchón. Luego buscó dentro del cuello del anorak la gruesa máscara de lana tejida que llevaba alrededor de la garganta. Se cubrió con ella la boca y la nariz. Ya no quedaba un centímetro de la cara expuesto. Lo que la máscara no alcanzaba a cubrir estaba oculto por el capuchón y las gafas protectoras. Volvió a apretar el capuchón y anudó los cordeles.

El trineo motorizado emprendió la marcha.

Las condiciones en el remolque eran todavía peores de lo que Harry había esperado. El sistema de suspensión resultaba muy primitivo, y cualquier irregularidad del casquete de hielo se transmitía al instante a la plataforma, a través de los esquíes. Incluso sus gruesas ropas no lograban amortiguar los golpes más intensos. El viento rugía desde todas direcciones. Las ráfagas de aire gélido hurgaban sin piedad buscando cualquier grieta en su armadura protectora.

Consciente de que rumiar sobre su situación sólo la haría parecer peor, enfiló sus pensamientos en otra dirección. Cerró los ojos y evocó una vívida imagen de Rita. Pero para no pensar cómo podría estar ella, con frío, asustada, herida o hasta muerta, retrocedió en el tiempo hasta el día en que se conocieron. Fue el segundo viernes de mayo, hacía casi nueve años.

HARRY ASISTÍA A UNA convención de científicos que habían participado en el más reciente Año Geofísico de las Naciones Unidas. Trescientos hombres y mujeres de diferentes disciplinas, procedentes de todo el mundo, se daban cita en París para asistir a seminarios, conferencias e intensas discusiones.

A las tres de la tarde del viernes, en un salón pequeño del entresuelo del hotel, el doctor Carpenter hizo una presentación ante un puñado de geofísicos y meteorólogos interesados en sus estudios sobre el Ártico. Cuando concluyó, guardó sus notas y sugirió que realizaran una sesión de preguntas y respuestas.

Lo sorprendió y cautivó una hermosa joven que formulaba preguntas más inteligentes e incisivas que las veinte eminencias de cabello gris que llenaban aquel salón. El aspecto de la mujer sugería una mezcla de sangre irlandesa e italiana. La tez aceitunada parecía irradiar calor. Boca amplia, labios carnosos: muy italiana. Pero había algo irlandés en la sonrisa curiosa y sesgada, que le daba el aire de un duendecillo. Los ojos también eran irlandeses, verdes y claros... pero almendrados. Cabello castaño rojizo, largo y lustroso. En un grupo que optaba por las chaquetas de *tweed*, los trajes primaverales ligeros y los vestidos sencillos, ella destacaba con unos pantalones de pana color canela y un suéter azul oscuro que acentuaba una figura incitante. Sin embargo, fue su mente, ágil, inquisitiva, con mucha información y bien entrenada, lo que más atrajo a Harry.

Cuando la reunión concluyó, él la alcanzó antes de que ella saliera del salón.

-Quiero expresarle mi agradecimiento por hacer la sesión mucho más interesante de lo que podía haber sido, aunque ni siquiera sé cómo se llama.

-Rita Marzano -repuso ella, con una sonrisa a medias.

-Marzano. Me dio la impresión de que tenía aspecto de italiana e irlandesa.

-De hecho, soy mitad inglesa -esbozó una sonrisa amplia y pícaro-. Mi padre era italiano, pero crecí en Londres.

-Marzano... me suena conocido. Usted ha escrito un libro, ¿no es así?

-Sí, *Un nuevo mañana*.

Un nuevo mañana era un libro científico de divulgación, un estudio sobre el futuro de la humanidad proyectado a partir de los descubrimientos más recientes en genética, bioquímica y física. Estaba en las listas de *best-sellers*.

-¿Lo ha leído? -añadió ella.

-No -reconoció él.

-La editorial de Inglaterra envió cuatrocientas copias a la convención. Están a la venta en el mostrador de novedades del vestíbulo, en la planta baja -miró su reloj-. Tengo programada una sesión de autógrafos ahora mismo. Si quiere un ejemplar autografiado, no tendrá que hacer fila.

Esa noche, a Harry le resultó imposible cerrar el libro antes de dar vuelta a la última página, a las tres de la mañana. Lo fascinó el modo en que ella ordenaba la información y el enfoque que daba a los problemas, poco convencional pero muy lógico, porque se parecían asombrosamente a los procesos mentales del propio Harry. Sintió casi como si estuviera leyendo un libro escrito por él mismo.

Durmió en vez de asistir a las conferencias matutinas del sábado y pasó casi toda la tarde buscando a Rita. Cuando no la buscaba, pensaba en ella. Mientras se daba una ducha y se vestía para la velada de gala, se dio cuenta de que no era capaz de recordar una sola palabra de la única conferencia a la que había asistido ese día.

Por primera vez en su vida, Harry Carpenter se preguntó cómo sería la vida de un hombre que sentaba cabeza y compartía el futuro con una mujer. Harry era lo que muchas mujeres llamarían “un buen partido”: un metro ochenta de estatura, de aspecto agradable aunque no precisamente atractivo, ojos grises, y facciones aristocráticas. Pero jamás quiso ser el partido de nadie. Siempre había deseado una mujer que fuera su igual, una mujer con quien compartir su trabajo, esperanzas e ideas y que en reciprocidad aportara sus propias ideas. Le pareció que tal vez la había encontrado, pero no sabía qué hacer. Con treinta y tres años, había pasado demasiadas horas en labores académicas y muy poco tiempo aprendiendo los rituales del galanteo.

El programa para la velada incluía una película sobre los proyectos principales del Año Geofísico de las Naciones Unidas, un banquete y un espectáculo; esto seguido de un baile con orquesta de doce músicos. Por lo general, Harry sólo habría asistido a la película. Pero había buenas probabilidades de toparse con Rita Marzano en alguna de las funciones sociales.

Era la última en la fila para entrar al salón del hotel que ella no exhibirían la película. Estaba sola y le sonrió al verlo.

Con un candor que no pudo controlar y esperando que ella no reparara en su sonrojo, Harry confesó:

-Estuve buscándola durante todo el día.

-¿Y por qué me buscó todo el día?

-Por el libro. Me gustaría mucho comentarlo con usted, si tiene un minuto.

-¿Un minuto?

-O una hora.

-¿O toda una velada?

Maldición; volvía a ruborizarse. Se sintió como un muchacho pueblerino de Indiana.

-De acuerdo...

Rita miró la fila de espera, se volvió otra vez hacia Harry, sonrió y le dijo:

-Si no asistimos a los actos sociales, tendremos toda la noche para charlar.

-¿No le interesa la película?

-No. Además, la cena será pésima.

-En ese caso, ¿le agradaría una cena en el Laperouse?

Ella frunció el entrecejo.

-Es muy caro. No necesita derrochar. Yo disfruto por igual cerveza que champaña.

-Ésta es una ocasión especial, cuando menos para mí.

La cena estuvo perfecta. París no ofrecería ninguna atmósfera más romántica que el salón del primer piso del Laperouse. Desde su mesa podían ver las luces de la ciudad. A sus pies, el río oscuro y salpicado de reflejos parecía una bufanda de seda negra abandonada por el gigante de un libro de cuentos. Mientras comían, empezaron a tutearse, y pasaron de un tema de conversación a otro tan tranquilos como una pareja de amigos que llevaran diez años de cenar juntos. Cuando terminó su coñac, Harry no quería que la velada concluyera tan pronto.

A ella también le pesaba, y preguntó:

-¿Nos vamos? No hemos hablado sobre mi libro, como en realidad querías. Te diré qué podemos hacer. Iremos a pie hasta el Hotel George V, tomaremos un poco de champaña en mi habitación y así podremos hablar.

Él se mostró confuso.

-¿No estás hospedada en el hotel de la convención? Sé que es desangelado, pero el George V es muy caro.

-He ganado una buena suma con *Un nuevo mañana*. Por una vez en la vida, quise despilfarrar. Tengo una pequeña *suite con vista a los jardines*.

En la habitación de Rita, junto a la cama, había una botella de champaña en un cubo plateado lleno de hielo triturado. La joven señaló la botella.

-Moët. Ábrela, por favor.

Harry la sacó del cubo y vio que ella daba un respingo.

-El ruido del hielo -explicó Rita.

-¿Qué ocurre?

Ella vaciló un momento.

-Me eriza el cabello -explicó al cabo-. Como al rayar un pizarrón con las uñas.

Para entonces, Harry estaba en tal sintonía con Rita que percibía que ella no decía la verdad. Se dio cuenta de que había respingado porque el crujido del hielo le recordaba algo desagradable. Durante un momento, los ojos de Rita se perdieron en la lejanía, absortos en un recuerdo que le ensombreció la frente.

-El hielo no está derretido -observó Harry-. Por pura curiosidad, ¿a qué hora la ordenaste?

Rita volvió al presente, lo miró y sonrió.

-Cuando fui al baño en el Laperouse.

Incrédulo, Harry declaró:

-Entonces, tú me estás seduciendo a mí.

-¿Y eso te ofende? Estamos a fines del siglo veinte, ¿sabes?

-Claro que no me ofende.

-En realidad, nunca había hecho algo así. Quiero decir, acostarme con alguien en la primera cita.

-Yo tampoco.

-Pero resulta muy agradable, ¿o no?

Él dejó la botella entre el hielo y abrazó a Rita. Al besarla, sus labios le evocaron la textura de un sueño, y sentirla contra su cuerpo le pareció el destino hecho realidad.

Pasaron por alto el resto de los convencionalismos y se quedaron en la cama. Charlaron, hicieron el amor y durmieron como si estuvieran drogados.

ALGUIEN GRITABA su nombre.

Aturdido, encastrado de nieve, Harry se incorporó en la plataforma del remolque y movió la cabeza para regresar de los deliciosos recuerdos.

Claude lo miraba por la ventana trasera de la cabina del trineo motorizado.

-¡Harry! ¡Oye, Harry! -su voz apenas era audible por encima del viento y del ruido del motor-. ¡Observa! ¡Allí adelante! ¡Mira! ¡Luces!

Al principio no entendió a qué se refería Claude. Estaba entumido, helado y todavía cautivo en aquella habitación de hotel en París. Entonces alzó los ojos y vio que se dirigían hacia una luz amarillenta y difusa que resplandecía lánguida en el hielo.

Pete Johnson guió el trineo por la meseta de hielo, que conocía bien, y bajó a la planicie donde habían estado los iglúes. Los domos estaban desinflados, aplastados bajo enormes bloques de hielo, pero un trineo motorizado tenía el motor en marcha y los faros encendidos; junto a él, dos personas con ropas del Ártico agitaban las manos.

Una de ellas era Rita.

Harry saltó del remolque en marcha y corrió hacia ella.

-¡Harry!

Él la tomó por la cintura, la levantó, volvió a dejarla en el piso y se bajó la máscara para nieve. Trató de hablar, no pudo y se limitó a abrazarla.

Al fin, con voz temblorosa, ella le preguntó:

-¿Estás herido?

-Me sangró la nariz, nada más. ¿Y tú?

-Sólo asustada.

Harry sabía que ella luchaba contra su terror a la nieve, al hielo y al frío y por eso él nunca dejaba de admirar la determinación de Rita para enfrentar sus fobias.

-Y vaya que tuviste motivo -reconoció-. Oye, ¿sabes qué haremos si logramos escapar de este condenado iceberg?

Ella negó con la cabeza y se levantó las empañadas gafas para que él pudiera ver sus adorables ojos verdes, dilatados por la curiosidad.

-Iremos a París -prosiguió Harry.

-Al Hotel George V -añadió ella, sonriente.

-En una habitación con vista a los jardines.

El también se retiró las gafas y ella lo besó.

Pete Johnson le dio unas palmadas a Harry en el hombro.

Oigan, apiádense de los que tenemos esposas a quienes no les gusta desafiar la congelación. ¿Acaso no oyeron lo que dije? Aquí está el resto de la pandilla.

Apuntaba hacia un par de trineos motorizados que se acercaba a ellos entre la nieve.

-Roger, Brian y George -reconoció Rita, con visible alivio.

-En efecto, la pandilla está completa -coincidió Harry-. Sólo me pregunto, ¿a dónde irá después?

1 : 32 P . M .

El decimocuarto día de una misión de espionaje de cien días, el submarino nuclear ruso *Ilya Pogodin* llegó a tiempo a su primera escala de vigilancia. El capitán Nikita Gorov ordenó a la sala de maniobras que mantuviera la nave inmóvil en la corriente de suave curso hacia el sudeste, al norte de la isla Jan Mayen, a sesenta y cinco kilómetros de la costa de Groenlandia y treinta metros bajo la superficie tormentosa del Atlántico del Norte.

El *Ilya Pogodin* había recibido el nombre de un héroe oficial del pueblo soviético en los días previos a que la burocracia corrupta fracasara y el Estado totalitario se derrumbara bajo el peso de su propia ineficiencia y venalidad. El nombre del submarino no cambió, en parte porque la armada era fiel a la tradición, y también debido a que Rusia sufría tal estrechez económica que la nación no disponía de fondos para pintar nombres nuevos en sus embarcaciones.

Nikita Gorov no lograba conseguir ni siquiera un mantenimiento adecuado para su nave. En estos penosos días, tras la caída estrepitosa del imperio, estaba demasiado preocupado por que el casco de presión estuviera bien, que la planta nuclear propulsora y los motores trabajaran, como para prestar atención al hecho de que el *Ilya Pogodin* llevara el nombre de un ladrón y asesino despreciable que no fue más que un fiel esbirro del antiguo régimen y cuyo fin nadie lamentaba.

Aunque el *Ilya Pogodin* era un submarino militar envejecido, seguía siendo una embarcación imponente con sus ciento ochenta metros de eslora. Las corrientes del sureste le resultaban casi inocuas y no lo arrastrarían a más de cien metros del punto donde Gorov ordenó que lo mantuvieran fijo.

Peter Timoshenko, el oficial de comunicaciones, estaba en el centro de mando, al lado de Gorov. Alrededor de ellos, el equipo electrónico pulsaba, resplandecía y parpadeaba en la penumbra. Cuando la sala de maniobras dio por recibida la orden de Gorov de mantener la nave estable, Timoshenko dijo:

-Solicito autorización para izar la antena, capitán.

-Para eso estamos aquí.

Después de dar tiempo a Timoshenko para que desplegara la antena y explorara un amplio espectro de frecuencias, el capitán Gorov franqueó el umbral de la sección de

comunicaciones. Hizo una seña con la cabeza al oficial en turno y preguntó con cierta curiosidad:

-¿Algo interesante?

-No mucho por el momento. Hay un grupo de infantes de marina estadounidenses probando un tipo de equipo de invierno cerca de la costa.

Aunque vivían a la larga sombra del fin de la Guerra Fría, en el mundo donde se suponía que los antiguos enemigos eran ya neutrales uno hacia el otro, o incluso se decía que se habían convertido en buenos amigos, la mayor parte del aparato de inteligencia ex soviético se mantenía intacta. La armada rusa seguía efectuando una exhaustiva recolección de información cerca de las costas de las principales naciones occidentales, y de muchos puntos de importancia militar estratégica en el Tercer Mundo. Si los enemigos podían hacerse amigos casi de la noche a la mañana, también eran capaces de retornar a su condición de enemigos con igual celeridad.

-Manténganme informado -ordenó Nikita Gorov y se retiró a comer.

ACUCLILLADO JUNTO AL radio de onda corta, en contacto con la estación de Edgeway, Harry inquirió:

-¿Mandaste el mensaje a Thule?

Pese a que la voz de Gunvald Larsson llegaba filtrada por un tamiz de estática, era inteligible.

-He estado en contacto continuo con ellos y con funcionarios noruegos de una estación meteorológica en Spitsbergen durante los últimos veinticinco minutos.

-¿Puede llegar alguien de ellos hasta nosotros?

-Los noruegos están prácticamente sitiados por el hielo. Los estadounidenses tienen varios helicópteros de rescate en Thule, pero las condiciones en tierra no son adecuadas para despegar. Y cuando llegaran hasta ustedes, si acaso lo lograran, las condiciones del clima habrían empeorado tanto que quizá no podrían descender en el iceberg. ¿Creen que ustedes puedan viajar a la periferia?

-No hemos hecho aún el inventario de las provisiones -respondió Harry-, pero estoy seguro de que no tenemos combustible para mantenernos calientes más de veinticuatro horas.

Gunvald titubeó. Luego prosiguió:

-Según los últimos pronósticos, éste es mayor que cualquier otro fenómeno meteorológico que hayamos tenido en todo el invierno. Quizá nos espera al menos una semana de intensas tormentas, una tras otra. No habrá ni siquiera una breve pausa entre ellas.

Una semana. Harry cerró los ojos. Incluso con ropa térmica, incluso al abrigo del viento, no podrían sobrevivir durante una semana sin calefacción. Prácticamente ya no tenían alimentos. El hambre minaría su resistencia a las temperaturas bajo cero.

-No es un panorama halagüeño, ¿verdad? ¿Y los palangreros de las Naciones Unidas?

-Los estadounidenses les retransmitieron ya la información. Tanto el *Melville* como el *Liberty* se dirigen a ustedes a la mayor velocidad posible. Pero, según informa Thule, el mar está en extremo turbulento. Y los palangreros se encuentran a trescientos setenta kilómetros de distancia.

Era necesario que supieran con exactitud a qué atenerse, por desesperada que fuera su situación.

-¿Puede un barco de esas dimensiones navegar más de ciento cincuenta kilómetros en una tormenta como ésta sin despedazarse? -quiso saber Harry.

-Creo que los dos capitanes son valerosos, pero no suicidas -declaró Gunvald, sin emoción-. Supongo que se verán obligados a regresar.

-De acuerdo, Gunvald -suspiró Harry-. Volveré a llamarte dentro de quince minutos. Debemos reunirnos para dialogar aquí. Tal vez se nos ocurra algo.

-Esperaré.

Harry dejó el micrófono encima del aparato de radio. Se irguió y miró a los demás.

-Bueno, ya oyeron.

Todos en la cueva tenían la vista clavada en Harry o en el radio, que ahora estaba silencioso. Al fin, Rita expresó lo que todos pensaban.

-Aun si los palangreros llegaran hasta nosotros, eso sería hasta mañana. No hay modo de que pudiéramos abordarlos antes de medianoche. Y precisamente a medianoche estallarán las sesenta cargas explosivas.

-No conocemos el tamaño ni la forma del iceberg -intervino Franz Fischer-. La mayor parte de las cargas podría haber quedado en el casquete principal.

Pete Johnson objetó.

-Claude, Harry y yo estábamos al final de la fila de bombas cuando cruzó la primera marejada por debajo de nosotros. Creo que seguimos una ruta bastante directa hacia el campamento, la misma que usamos para alejarnos, así que pasamos cerca o por encima de las sesenta cargas. Y apuesto el brazo derecho a que este iceberg no tiene, ni por asomo, el tamaño suficiente para soportar los estallidos.

Tras un breve silencio, Brian se aclaró la garganta.

-¿Piensan que el iceberg volará en pedazos? -inquirió.

Nadie respondió.

-¿No hay nada que podamos hacer para salvarnos? -prosiguió Brian, al tiempo que pasaba la vista de uno a otro miembro del equipo-. Seguramente podremos hacer algo.

Durante todo el transcurso de la conversación, George Lin había permanecido inmóvil y silencioso como estatua, pero de pronto se volvió y dio tres pasos rápidos hacia Dougherty.

-¿Tienes miedo, verdad muchachito? Vaya que tienes miedo. Tu todopoderosa familia no puede sacarte de ésta.

Sorprendido, Brian retrocedió del hombre que lo increpaba. Lin tenía las manos empuñadas a los lados.

-¿Qué se siente ser impotente, eh? -gritó-. Dime, ¿qué se siente? Tu familia rica y poderosa no significa nada en este lugar. Ahora, tendrás que salvarte tú solo, exactamente igual que debemos hacerlo todos nosotros.

-Ya basta -intervino Harry.

Lin se volvió hacia él. Carpenter observó que George tenía el rostro transfigurado por el odio.

-Su familia se regodea con todo su dinero y sus privilegios, aislada de la realidad, pero tan convencida de su propia superioridad moral, parlotando sin cesar sobre cómo debemos vivir los demás, sobre cómo debemos sacrificarnos por esta o aquella causa noble. Fue gente como ellos la que originó los problemas en China, trajo a Mao, nos hizo

perder nuestra patria y permitió la matanza de millones, cientos de millones de personas. Se les deja poner un pie dentro y detrás vienen los comunistas. Los...

-Brian no nos puso en este iceberg -lo interrumpió Harry, tajante-. Y tampoco su familia. ¡Por todos los ciclos, George, él te salvó la vida hace menos de una hora!

Cuando George Lin se dio cuenta de cómo había desbarrado, su indignación se esfumó. Pareció desconcertado, después avergonzado. Sacudió la cabeza como si quisiera aclarar sus ideas.

-Lo... lo siento mucho.

-No me lo digas a mí -lo detuvo Harry-. Díselo a Brian.

Lin se volvió hacia Dougherty pero no levantó los ojos.

-En verdad lo lamento. No sé qué me pasó. Harry tiene razón. Me salvaste la vida.

-Olvidalo, George. No hay problema -lo tranquilizó Brian.

Tras un breve titubeo, Lin asintió en silencio y se alejó hacia el extremo más distante de la caverna. Allí, se puso a caminar de un lado a otro, ejercitando los músculos adoloridos con la mirada fija en el hielo que pisaba.

Harry se preguntó qué experiencias en el pasado de aquel hombre lo habían predisposto para considerara Brian Dougherty un antagonista.

-¿Hay algo que podamos hacer para salvarnos? -volvió a preguntar Brian, pasando por alto con gran tacto el incidente ocurrido con Lin.

-Tal vez -respondió Harry-. Primero, debemos sacar del hielo algunas de esas bombas y desactivarlas.

Franz Fischer se mostró estupefacto.

-¡Imposible! ¿Cómo podríamos sacarlas?

Claude se puso de pie.

-Tenemos una perforadora auxiliar, hachas para hielo y la sierra eléctrica. Si dispusiéramos de mucho tiempo, tal vez podríamos perforar en ángulo hacia cada bomba y excavar unos escalones en el hielo. Pero Harry, necesitaríamos al menos una semana para recuperarlas, tal vez dos.

-Solamente nos quedan diez horas -les recordó Fischer, aunque era un dato innecesario.

Pete Johnson se adelantó hacia el centro de la reunión.

-Esperen un momento. No lo oyeron bien. Harry dijo que había que desactivar algunas de las bombas, no todas -Pete miró a Harry-. ¿Podrías explicárnoslo?

-La carga de explosivos más cercana está a doscientos setenta metros de nuestra posición. Doscientos setenta. Si podemos recuperarla y desactivarla, estaremos a doscientos ochenta y cinco metros de la siguiente bomba. Cada bomba está a quince metros de la anterior. De modo que si sacamos diez bombas, estaremos a unos cuatrocientos metros de la explosión más cercana. Las otras cincuenta detonarán a medianoche, pero ninguna estará debajo de nosotros. Tal vez nuestro extremo del iceberg resista el impacto. Con un poco de suerte, quizá éste sea lo bastante grande para que sobrevivamos en él.

-Quizá -masculló Fischer con amargura.

-Es nuestra mejor opción.

-Si en efecto fuéramos capaces de recuperar los explosivos, ¿Cómo vamos a hacerlo?

-Con la perforadora auxiliar. Vamos a tener que volver a abrir los pozos.

Fischer frunció el entrecejo.

-¿Y si perforamos uno de los tubos?

-No estallará -le aseguró Harry-. Los explosivos plásticos sólo detonan con una corriente eléctrica de cierto voltaje. Ni el impacto ni el calor los hacen explotar.

-¿Y cuando hayamos perforado el pozo, qué? -inquirió otra vez el alemán, con obvio escepticismo-. ¿Solamente enrollamos la cadena de la bomba?

-Más o menos. Engancharemos el extremo superior de la cadena a uno de los trineos motorizados e intentaremos extraerla del pozo junto con el cilindro.

-No funcionará -declaró Fischer tajante.

Brian protestó:

-No podemos quedarnos sentados y esperar el final, Franz. Sería absurdo -se volvió hacia Harry-. Pero si tu plan funciona, si podemos sacar las bombas del hielo, ¿sería factible recuperar diez en diez horas?

-No lo sabremos si no hacemos el intento -repuso Harry. Se negaba terminantemente tanto a dejarse arrastrar por el pesimismo de Fischer como a alimentar falsas esperanzas.

-Si no podemos desactivar diez, tal vez sean ocho -reconoció Pete Johnson-. Si no ocho, seguramente seis. Con cada bomba que saquemos aumentará nuestra seguridad.

-Y aun así -gruñó Fischer-, ¿qué habremos ganado? Seguiremos a la deriva en un iceberg. Por el amor de Dios; de todos modos vamos a morir congelados.

Rita, poniéndose de pie, se dirigió a él:

-Maldito Franz, deja de jugar al abogado del diablo o lo que sea. Eres un buen hombre. Puedes ayudarnos a sobrevivir. En cambio, sin tu ayuda podríamos morir todos. Te necesitamos de nuestro lado, como parte del equipo.

-Yo opino exactamente lo mismo -concluyó Harry. Se cubrió la cabeza con el capuchón, tiró de los cordeles y los anudó bajo la barbilla-. Y si podemos ganar un poco de tiempo recuperando algunas de las bombas, aunque sean tres o cuatro, bueno, siempre hay alguna probabilidad de que nos rescaten antes de lo que parece factible por el momento. Y si eso sucediera, quiero estar vivo para recibirlos. ¿Qué opinan ustedes?

Nadie estuvo en desacuerdo.

-Muy bien, necesitamos a todos los hombres en el proyecto de recuperación de las bombas -añadió Harry, al tiempo que se ajustaba las gafas protectoras delante de los ojos-. Rita, ¿puedes quedarte aquí y encargarte del radio?

-Por supuesto.

-Entonces, en marcha. Puedo oír el tictac de esos sesenta relojes y les aseguro que no quiero estar muy cerca de ellos cuando llegue la hora.

2:30 P.M.

Nikita Gorov llevaba uno o dos minutos acostado cuando se dio cuenta de que no podría descansar. Un pequeño fantasma del pasado se materializaba para acosarlo e impedirle encontrar la paz que suele otorgar el sueño. En cuanto cerraba los ojos, podía ver al pequeño Nikolai, su Nikki, que corría hacia él en medio de una tenue bruma amarilla. El pequeño tenía los brazos abiertos y sonreía. Pero siempre, sin importar cuán rápido corriera Nikki o con cuánta desesperación Gorov le tendiera los brazos, se alzaba entre ellos el velo inexorable que separa a la vida de la muerte.

Inundado de pronto de energía nerviosa, Gorov se incorporó en su litera y se sentó al escritorio. Levantó un marco plateado con una fotografía donde aparecían él y Nikolai en un barco y le habló suavemente al niño rubio de la imagen. “Yo no soy responsable de que murieras, Nikki.”

Gorov sabía que eso era cierto. No obstante, una y otra vez lo embargaban oleadas sucesivas de culpabilidad. “Sé que nunca me culpaste, Nikki, pero cómo quisiera oírte decirlo.”

A MEDIADOS DE JUNIO, siete meses antes, el *Ilya Pogodin* llevaba sesenta días en una misión ultrasecreta de vigilancia de noventa días sobre la ruta del Mediterráneo. El submarino estaba sumergido a dieciséis kilómetros de la costa egipcia. Tenía desplegada la antena de comunicaciones múltiples, y miles de *bytes* de datos, importantes y triviales, se archivaban cada minuto en los bancos de datos computarizados de la nave.

A las dos de la madrugada del día quince de junio se captó un breve mensaje procedente de la Oficina de Inteligencia Naval de Sebastopol; el anuncio que era retransmitido desde el Ministerio de Marina de Moscú interrumpió el silencio de radio, considerado requisito imprescindible durante una misión clandestina.

El mensaje empezaba con unas coordenadas de latitud y longitud, seguidas por órdenes de reunirse en veintidós horas con el *Petr Vavilov*, un navío de investigación tipo Vostok que se hallaba a la fecha en la misma zona del Mediterráneo. Hasta ese punto, despertó agradablemente la curiosidad de Gorov: una reunión a medianoche en alta mar se antojaba algo tradicional y fascinante, más compatible con una novela de capa y espada que con lo que Gorov acostumbraba hacer en la era del espionaje electrónico. Sin embargo, el resto del mensaje lo hizo ponerse en pie de un salto, tembloroso:

SU HIJO GRAVE HOSPITAL KREMLIN PUNTO SU PRESENCIA REQUERIDA EN MOSCÚ DE INMEDIATO PUNTO SU TRASLADO YA FUE DISPUESTO PUNTO PRIMER OFICIAL ZHUKOV ASUMIRÁ COMANDO NAVE PUNTO CONFIRME RECEPCIÓN

A medianoche, Gorov transfirió el control del submarino a su primer oficial, Zhukov, y abordó el *Petr Vavilov*. Desde la cubierta del buque de investigación, un helicóptero lo trasladó a Damasco, Siria, donde abordó un *jet* diplomático ruso para volar a Moscú. Llegó al aeropuerto Sheremetyevo a las tres de la tarde.

Boris Okudzhava, un funcionario del Ministerio de la Marina, lo recibió. Los ojos de Okudzhava eran grises como agua sucia.

-Un auto lo espera, capitán Gorov.

-¿Qué sucede con Nikki? ¿Qué le pasa a mi hijo?

-Será mejor que no perdamos tiempo aquí. Se lo explicaré en el automóvil.

El vehículo del Ministerio estaba frente a las puertas de la terminal, estacionado en un sitio prohibido y con el motor encendido. En cuanto Gorov y Okudzhava subieron al asiento trasero y cerraron las puertas, el conductor, un joven con uniforme de marino, aceleró a fondo y el auto se alejó a toda prisa.

-¿Qué le pasa a Niki? -volvió a preguntar Gorov, ansioso.

-El niño ingresó al hospital hace treinta y un días, con lo que al principio se creyó que era alguna fiebre glandular o influenza. Se sentía mareado, sudoroso y con náusea. Usted no fue informado -aclaró Okudzhava- porque estaba en una misión altamente clasificada. Además, la situación no parecía tan crítica. Después hubo una breve disminución de los síntomas, Durante cuatro días pareció gozar de cabal salud. Al volver los síntomas, se le hicieron pruebas diagnósticas adicionales al pequeño. Y al fin, hace ocho días... descubrieron que tiene un tumor canceroso en el cerebro.

-Cáncer -musitó Gorov.

-El tumor es demasiado grande para operarlo y está muy desarrollado para darle tratamiento con radioterapia. Cuando se hizo evidente que el estado de Nikolai se deterioraba con rapidez, rompimos el silencio de radio para que usted regresara.

La nuca de Gorov estaba empapada en sudor frío, como si la muerte lo hubiera rozado levemente con sus dedos helados.

-Apenas tiene ocho años -dijo, más para sí que para los hombres que viajaban en el auto con él.

Nadie replicó.

Desde que leyó el mensaje decodificado en su camarote del *Ilya Pogodin*, hacía treinta y siete horas, Gorov comprendió que Nikki debía de estar agonizando. El Almirantazgo no era cruel, pero tampoco habría interrumpido una misión importante de espionaje en la ruta del Mediterráneo a menos que la situación fuera sumamente desesperada. Durante ese tiempo se había preparado para oír esto.

Al llegar al hospital descubrieron que los ascensores no funcionaban. Por tanto, Boris Okudzhava condujo a Gorov por las escaleras de servicio. Ambos subieron a gran velocidad hasta llegar al séptimo piso.

Nikki estaba en un pabellón de ocho pacientes, junto con otros cuatro niños agonizantes, en una cama pequeña con las sábanas manchadas y raídas. No había cerca de él un monitor de electrocardiograma ni equipo de otra clase. Desahuciado, lo habían llevado a una sala de enfermos terminales a pasar sus últimas horas en este mundo.

El pequeño estaba muy pálido, con la piel cérea y un tono grisáceo en los labios. Tenía los ojos cerrados. El cabello rubio se le veía lacio y húmedo debido al sudor.

Trémulo, cada vez más incapaz de mantener la habitual serenidad que debe tener el capitán de un submarino, Gorov permaneció al lado de la cama, contemplando a su único hijo.

-Nikki -lo llamó, con voz débil y vacilante.

El niño no respondió ni abrió los ojos.

Gorov se sentó en el borde de la cama y puso una mano sobre la de su pequeño.

-Nikki, aquí estoy.

Alguien tocó a Gorov en el hombro y éste alzó la vista. Un médico de bata blanca estaba a un lado de la cama. Señaló a una mujer en el otro extremo de la habitación.

-Es a usted a quien ella necesita ahora.

Era Anya. Gorov estaba tan concentrado en Nikki que no la había visto, de pie frente a la ventana, mirando con fingido interés a la gente que caminaba por la vieja Kalinin Prospekt.

Gradualmente, Gorov reparó en el aire de derrota que dejaban traslucir los hombros caídos de su esposa y el asomo de dolor en la inclinación de la cabeza, y empezó a captar todo lo que significaban las palabras del médico. Nikki ya había muerto. Era demasiado tarde para decir “Te amo” por última vez. Demasiado tarde para un último beso. Demasiado tarde para mirar a su pequeño a los ojos y decirle: “Siempre me sentí orgulloso de ti.”

Aunque Anya lo necesitaba, Gorov no soportaba la idea de levantarse de la cama, como si hacerlo confirmara que la muerte de Nikki era permanente, en tanto que la mera negación obstinada pudiera causar una resurrección milagrosa. La llamó por su nombre y, aunque apenas fue un susurro, ella se volvió hacia él. Tenía los ojos anegados en lágrimas. Se mordía el labio para no romper en sollozos. Al fin, Gorov reunió la fuerza para apartarse de la cama. Se acercó a su esposa y la abrazó. Ella le lloró en el hombro. Él la estrechó y le acarició el dorado cabello.

DURANTE EL RESTO de aquel verano, trataron de encontrar cosas que los hicieran sonreír de nuevo. Fueron al Teatro Taganka, al ballet, a conciertos y al circo. Una vez por semana cenaban en Aragvi, el mejor restaurante de la ciudad, donde ambos bebían demasiado vodka con su caviar, demasiado vino con el queso *sulguni* y el pan. Hacían el amor todas las noches con vehemencia, como si su pasión pudiera aminorar la pena, el sufrimiento, el cáncer y la muerte.

Aunque nunca volvería a ser tan alegre como antes, Anya pareció recuperarse de la pérdida más rápidamente y de modo más completo que Nikita. En primer lugar, tenía treinta y cuatro años, es decir, diez años menos que él. Tenía un espíritu más adaptable. Además, no la abrumaba la culpabilidad que él llevaba sobre los hombros como un yugo de plomo. Gorov se enteró de que Nikki había preguntado por él una y otra vez durante las últimas semanas de vida y, en especial, durante las horas del final. Si bien reconocía que era absurdo e irracional, Gorov sentía que había defraudado a su único hijo. La recuperación que mostró era sólo una fachada.

No hay nada más terrible para un padre que enterrar a su hijo. Este hecho parece contravenir el orden natural.

El dos de enero, Gorov abordó por fin el *Ilya Pogodin* para una misión de espionaje de cien días. Ansiaba las catorce semanas bajo el Atlántico del Norte porque le parecían un tiempo y un lugar adecuados para poder liberarse del implacable dolor y de la culpa que lo atenazaba. Pero Nikki seguía visitándolo por las noches; salvaba las incontables brazas del oscuro mar y penetraba en la oscuridad aún mayor de la mente atormentada de Gorov para hacerle las mismas preguntas familiares y sin respuesta: *Padre, ¿por qué me abandonaste? ¿Por qué no viniste a mí cuando te necesitaba, cuando sentía miedo y te llamé? ¿Por qué no me ayudaste?*

ALGUIEN LLAMÓ CON SUAVIDAD a la puerta de la cabina. Era como una débil nota que reverberara en la oquedad de bronce de una campana, el golpeteo resonó quedamente en la reducida habitación. Gorov regresó del pasado y levantó los ojos de la fotografía enmarcada en plata.

-¿Sí?

-Timoshenko, señor.

El capitán dejó la fotografía y se alejó del escritorio.

-Pase, teniente.

La puerta se abrió y Timoshenko apareció en el quicio.

-Acabamos de interceptar una serie de mensajes que debería usted leer, capitán.

-¿Sobre qué?

-Sobre el grupo de estudio de las Naciones Unidas. Su base se llama Estación de Edgeway, ¿lo recuerda?

-Claro.

-Pues están en problemas.

3:05 P.M.

Harry Carpenter enganchó la cadena de acero a un mosquetón y éste, a la argolla de remolque de la parte trasera del trineo motorizado.

-Ahora, sólo hace falta un poco de suerte.

-Sí resistirá -le aseguró Claude, dando unas palmadas a la cadena. Jobert permanecía de rodillas en la nieve al lado de Harry, con la espalda al viento.

Habían detenido el trineo motorizado prácticamente encima del pozo que volvieron a perforar. Dentro del vehículo, Roger Breskin atisbaba por el espejo retrovisor en espera de la señal de Harry para arrancar.

En cuanto se cubrió la boca y la nariz con la máscara para nieve, Carpenter se puso en pie con dificultad y le hizo seña a Breskin de acelerar. Después, se volvió hacia el viento y contempló el orificio pequeño y perfectamente redondo del hielo.

Pete se arrodilló del otro lado del pozo para vigilar el desplazamiento de la bomba en cuanto comenzara a moverse.

Después de acelerar varias veces, Roger empezó a avanzar. El aparato se desplazó menos de un metro antes de que la cadena se pusiera tensa. El ruido del motor subió de tono hasta convertirse en un aullido más intenso que el del viento.

Pero la bomba no se movió. Ni un centímetro.

La cadena empezó a vibrar. Breskin aceleró hasta que el motor rugió a toda potencia.

Con un chasquido como si fuera el disparo de un rifle, los eslabones de la cadena se soltaron dentro del pozo y el cilindro ascendió en su lecho de hielo. El trineo motorizado se precipitó hacia adelante, con la cadena todavía tensa, y la bomba subió con gran estrépito.

Pete Johnson se puso de pie y se asomó al orificio al mismo tiempo que Harry. Con una linterna, iluminó el estrecho pozo oscuro, escudriñó el fondo e hizo una seña a Breskin para que se detuviera. Sujetó la cadena con ambas manos e izó varios metros el tubo con explosivos. Al fin, con ayuda de Harry, lo sacó por completo. Dejaron la carga sobre el hielo.

Una menos. Faltaban nueve.

EL CENTRO DE COMUNICACIONES del *Ilya Pogodin*, donde las siete pantallas incandescentes de vídeo de las terminales parpadeaban con los mensajes interceptados, rebosaba luz y movimiento. Dos técnicos trabajaban en un extremo de la atestada cabina, mientras Timoshenko permanecía cerca de la entrada, junto con Nikita Gorov.

Entre los cientos de fragmentos de información que almacenaban y clasificaban sin cesar las computadoras del *Ilya Pogodin* destacaba un torrente continuo de datos relativos a la crisis de Edgeway. La computadora tenía órdenes de crear un archivo especial para cualquier mensaje interceptado que contuviera una o más de entre estas cinco palabras clave: Carpenter, Edgeway, Melville, Liberty.

-¿Está completo? -inquirió Gorov cuando terminó de leer el material sobre Edgeway.

Timoshenko asintió.

-La computadora imprime una versión actualizada cada quince minutos. Ésta es de hace apenas diez minutos.

-El capitán del palangrero Melville está retrocediendo . Si las condiciones en la superficie son apenas la mitad de lo que dicen, el Liberty también retrocederá para escapar de la tormenta.

Gorov clavó los ojos en el papel, pero ya no leía; ni siquiera podía verlo. Ante los ojos del capitán, negros como la noche, surgió la imagen de un niño de rostro alegre con los brazos abiertos. El hijo que no había podido salvar. Al cabo, señaló:

-Estaré en la sala de control hasta nuevo aviso. Quiero que me informen de inmediato si hay cualquier novedad al respecto.

-Sí, señor.

Como el *Ilya Pogodin* no estaba en movimiento, sino que permanecía suspendido en el mar, el personal de la sala de control constaba tan sólo de cinco hombres, aparte del primer oficial Zhukov, que leía una novela sentado a horcajadas en un banco metálico en medio de la cabina.

Emil Zhukov era la única probable oposición a la cual tendría que enfrentarse Gorov en caso de poder llevar a cabo el plan que había empezado a idear. Zhukov era el único hombre a bordo del submarino con autoridad para relevar al capitán de su puesto si, según su opinión, Nikita Gorov perdía el juicio o desobedecía una orden directa del Ministerio de Marina.

Emil Zhukov, de cuarenta y dos años, no era mucho más joven que su capitán, pero la relación entre ambos semejava un poco la existente entre alumno y mentor, ante todo porque Zhukov le confería tan alto valor a la disciplina que su respeto hacia la autoridad rayaba en una reverencia enfermiza. Alto, delgado, de cara larga y estrecha, ojos castaño oscuro y cabello negro y tupido, el primer oficial le recordaba a Gorov a un lobo. Tenía una gracia lupina al moverse y su mirada fija, a veces parecía la de un depredador. Pero en realidad no resultaba tan peligroso como parecía; era tan sólo un buen hombre y un oficial confiable, aunque no brillante. De ordinario, la deferencia hacia su capitán garantizaría su cooperación, pero en condiciones extremas no podía darse por sentada su obediencia. Zhukov jamás perdería de vista el hecho de que había muchos hombres con más autoridad a quienes les debía mayor respeto y lealtad que a su capitán.

Ante la mesa de mapas, Nikolai Gorov puso el material sobre Edgeway encima de la novela que Zhukov leía.

-Será mejor que le eches un vistazo a esto.

Cuando llegó a la última página del documento, el primer oficial comentó:

-Vaya trampa en la que se metieron los Carpenter.

-No son los Carpenter quienes llamaron mi atención. Observa que hay otro nombre.

Tras una rápida ojeada, Zhukov apuntó:

-Dougherty. Sin duda se refiere a Brian Dougherty.

Gorov se sentó en el otro banco ante la mesa de luz.

-En efecto.

-¿Es pariente del presidente asesinado?

-Su sobrino.

-Yo admiraba mucho a su tío -reconoció Zhukov-, pero supongo que me considerará ingenuo a ese respecto.

El primer oficial sabía del desdén que sentía Gorov hacia la política y también a los políticos, actitud que reprobaba en silencio. Encogiéndose de hombros, el capitán respondió:

-La política se limita al poder. Yo admiro los logros. Un científico que descubre una cura para la enfermedad... he allí un gran hombre o mujer. Pero los políticos...

-¿No cree usted que el presidente haya sido un gran hombre? -preguntó Zhukov, ceñudo.

-Sin importar mi opinión sobre el extinto mandatario, admito que la familia Dougherty enfrentó su tragedia con gracia y entereza. Muy dignos -puntualizó Gorov.

Zhukov asintió solemne.

-Una familia admirable. Algo muy triste.

Gorov sentía como si su primer oficial fuese un delicado instrumento musical que él acabara de afinar. Ahora, estaba a punto de iniciar una complicada melodía en él.

-El padre del muchacho es senador, ¿no?

-Sí, un senador muy respetado.

-Y también lo hirieron, ¿Verdad?

-Otro intento de asesinato.

-Después de lo que le ha hecho el sistema estadounidense a esa familia, ¿por qué crees que los Dougherty sigan apoyándolo con tal vehemencia?

-Porque son grandes patriotas -aventuró Zhukov.

Gorov, pensativo, se tiró de la barba bien recortada y dijo:

-Qué difícil debe resultarle a una familia mantener su patriotismo hacia una nación que le mata a sus mejores hijos.

-Sin embargo, no fue la patria la que los mató, señor. Hay que culpar a un puñado de gente reaccionaria, pero no al pueblo estadounidense.

Gorov fingió meditar durante un minuto. Después admitió:

-Supongo que tienes razón. A juzgar por lo que he leído, los estadounidenses parecen sentir gran respeto y compasión hacia los Dougherty.

-Por supuesto. El patriotismo en medio de la adversidad es el único que se gana el respeto. Es muy fácil ser patriota en tiempos de bonanza.

La melodía que Gorov había pretendido tocar con su primer oficial se desenvolvía sin una sola nota falsa, y el capitán estuvo a punto de sonreír. En cambio, suspiró:

-Qué oportunidad para Rusia.

Tal como esperaba el capitán, Zhukov no captó de inmediato su giro de pensamiento.

-¿Oportunidad?

-Para dar una muestra de buena voluntad.

-¿Sí?

-Y en una época en que la Madre Rusia necesita de la buena voluntad mucho más que en cualquier etapa anterior de su historia. La buena voluntad siempre trae consigo una profusión de ayuda del extranjero, un trato comercial preferente, puede que incluso cooperación militar.

-No veo cuál sea la oportunidad.

-Estamos a tan sólo cinco horas de su posición. Y si acudiéramos al rescate de esos pobres científicos varados en el iceberg, seríamos héroes. Héroes para todo el mundo. ¿Comprendes? Y, por consiguiente, Rusia sería heroica.

-¿Rescatarlos? -preguntó Emil Zhukov, entre parpadeos de incredulidad.

-Después de todo, estaríamos salvando las vidas de ocho reconocidos científicos de media docena de países, incluyendo al sobrino del presidente estadounidense asesinado. Una oportunidad así de propaganda y buena voluntad no surge mas que una vez cada decenio.

-Pero necesitaríamos autorización de Moscú.

-Por supuesto.

-Para obtener una respuesta rápida, haría falta enviar la petición vía satélite. Y para usar ese equipo, debemos emerger.

-Lo sé.

La expresión de Zhukov dejaba traslucir ansiedad, porque el primer oficial se encontraba ante la disyuntiva de desobedecer a una autoridad o a otra: al capitán en persona o a los superiores del capitán en Moscú.

-Si emergemos, señor, comprometeríamos toda la misión.

-Creo que en esta latitud tan al norte, en medio de una furiosa tormenta, podríamos emerger, enviar y recibir la respuesta en medio del total anonimato.

-Sí, pero tenemos órdenes precisas de mantener un estricto silencio de radio.

Gorov asintió con solemnidad, como para demostrar que reconocía su abrumadora responsabilidad.

-Cuando mi hijo estaba agonizando, Moscú interrumpió nuestro silencio de radio.

-Eso era un asunto de vida o muerte.

-En este caso también hay personas que se encuentran al borde de la muerte. Por supuesto que tenemos órdenes de mantener silencio de radio. Entiendo que sería muy grave pasar por alto semejantes órdenes. Pero, por otra parte, en caso de urgencia le está permitido a un capitán desobedecer al Ministerio a discreción.

Con un ceño aún más pronunciado, Zhukov lo rebatió:

-No estoy muy seguro de que ésta sea la clase de urgencia en la que pensaban quienes redactaron las normas.

-Pues yo así considero esta situación -declaró Gorov, en un desafío sereno pero no demasiado sutil.

-Cuando todo concluya, tendrá usted que responder ante la Oficina de Investigaciones Navales -le advirtió Zhukov. No olvide que esta es una misión de inteligencia, de modo que los servicios de inteligencia también harán muchas preguntas.

-Estoy preparado -afirmó Gorov.

-Ya sabe cómo son.

-Yo también puedo ser duro. La Madre Rusia y la Armada me han enseñado a ser fuerte -sabía el capitán que se acercaban a los últimos compases de la melodía.

-Mi cabeza también podría acabar en la picota -arguyó Zhukov, renuente.

-No habrá ninguna cabeza en la picota. Recuerda que no todos en el Ministerio son tontos.

El primer oficial todavía no estaba convencido. Frunció aún más el entrecejo.

-Cuando ponderen las opciones -añadió Gorov, con aplomo-, darán la autorización que solicito. Estoy absolutamente convencido. Es obvio que Rusia tiene mucho más que ganar si nos envían a esta misión de rescate que si insisten en continuar con lo que es, a fin de cuentas, una labor convencional de vigilancia -Gorov se puso de pie y ordenó:- Teniente, quiero a la tripulación en sus puestos de batalla en cinco minutos.

-¿Es necesario?

-Si vamos a infringir una orden del Ministerio a discreción, al menos podemos tomar todas las precauciones debidas -puntualizó Gorov.

Durante un momento se miraron los dos hombres fijamente. Cada uno trataba de leer los pensamientos del otro, de ver el futuro. Al fin, Zhukov se puso de pie sin dejar de sostenerle la mirada a su capitán. Titubeó... y concluyó con un saludo militar.

-Sí, señor. Se hará como usted ordena.

-Emergeremos en cuanto hayan replegado y asegurado la antena de comunicaciones múltiples.

-Sí, señor.

Gorov sintió que una multitud de nudos dolorosos se desataban en su interior. Había ganado.

-Entonces, adelante.

Zhukov abandonó la sala de control.

Mientras caminaba hacia el timón circular y acojinado, en un extremo de la sala de control, Gorov pensó en el pequeño Nikki y comprendió que estaba haciendo lo correcto. En nombre de su hijo muerto, en honor de su pequeñito perdido y no por la gloria de Rusia, salvaría las vidas de esas personas atracadas. Esta vez, tenía en sus manos la posibilidad de ganarle a la muerte y estaba decidido a no fracasar.

4 : 00 P.M.

¡ Bang! Una lluvia de chispas brotó por los orificios de ventilación de la tapa de acero de la perforadora auxiliar. La máquina traqueteó, chisporroteó y se apagó.

Roger Breskin maniobraba con la perforadora en el pozo sellado que tenía la tercera carga explosiva.

-¡Santo cielo...! -gritó mientras movía el interruptor.

Como la perforadora no volvió a funcionar, Pete Johnson se acercó y se arrodilló para revisarla.

Todos se arremolinaron en torno suyo, esperando lo peor. Eran, pensó Harry, como la muchedumbre reunida en el lugar de un accidente automovilístico, sólo que los cadáveres en este caso podían ser los de ellos mismos.

-¿Qué le pasa? -preguntó George Lin.

-Tendrás que destaparla para ver qué problema tiene -le indicó Fischer a Pete.

-Sí, pero no necesito abrirla para saber que no puedo arreglarla -Pete señalaba tanto la nieve como el aguanieve congelada que rodeaban el pozo, parcialmente abierto-. ¿Pueden ver esos trocitos negros?

Harry se puso en cuclillas, recogió y analizó los fragmentos de metal esparcidos en el hielo.

-Son los dientes del engranaje. Y no contamos con engranajes de repuesto.

Todos guardaron silencio.

-¿Y ahora, qué? -preguntó Brian, al fin.

Con pesimismo teutón, Fischer respondió:

-Ahora, de vuelta a la cueva y a esperar la medianoche.

-Eso equivale a darse por vencidos.

-Me temo que es nuestra única opción por el momento, Brian -reconoció Harry, al tiempo que se incorporaba-. Perdimos la otra perforadora cuando el trineo cayó en la grieta.

Dougherty negó con la cabeza; se rehusaba a aceptar tamaña impotencia.

-Hace rato, Claude dijo que podríamos usar el hacha para hielo y la sierra eléctrica para abrir unos escalones en el hielo y bajar en ángulo hasta las bombas.

El francés lo interrumpió):

-Eso solamente funcionaría si tuviéramos una semana para hacerlo. Necesitaríamos seis horas o tal vez más para sacar una sola bomba con ese método.

-Bueno, vámonos. Recojamos todo -intervino Harry-. No tiene caso estar aquí perdiendo calor. Podemos discutirlo de regreso en la cueva, protegidos del viento. Tal vez todavía se nos ocurra algo.

A LAS 4:02, EL CENTRO de comunicaciones informó al capitán que se estaba recibiendo un mensaje del Ministerio de Marina. Cinco minutos después, entregaron la hoja descifrada en el puente, donde Gorov la leyó con cierta inquietud.

SU SOLICITUD EN ESTUDIO POR ALMIRANTAZGO PUNTO IMPOSIBLE TOMAR DECISIÓN INMEDIATA PUNTO SUMÉRJASE Y CONTINÚE MISIÓN PROGRAMADA POR UNA HORA PUNTO SE LE TRANSMITIRÁ CONTINUACIÓN O NUEVAS ÓRDENES A LAS 1700 HORAS SU TIEMPO PUNTO

Gorov se sintió decepcionado. La indecisión del Ministerio había intensificado su inquietud. La siguiente hora sería aún más difícil para él. Se volvió hacia los otros dos hombres.

-Desalojen el puente y prepárense para la inmersión.

HARRY AÚN NO terminaba de contarle a Rita cómo se había descompuesto la perforadora auxiliar cuando ella lo interrumpió:

-Oye, ¿dónde está Brian Dougherty?

Harry se volvió hacia los hombres que habían entrado en la cueva de hielo detrás de él. El joven no estaba entre ellos.

Harry frunció el entrecejo.

-¿Dónde está Brian? ¿Por qué no viene con ustedes?

-Tiene que andar por aquí. Lo buscaré afuera -respondió Roger Breskin.

Pete Johnson salió con él.

-Tal vez fue al baño -sugirió Fischer.

-No -objetó Harry-. Se lo habría dicho a alguien.

En el casquete polar nadie podía darse el lujo de sentir pudor respecto a las necesidades corporales. Todos habían acordado que, al ir a la letrina, era necesario informar cuando menos a una persona sobre el sitio exacto donde empezar a buscarlos en caso de que no regresaran pronto.

Roger y Pete volvieron en menos de dos minutos, se subieron las gafas protectoras y luego se quitaron las máscaras para nieve, cubiertas de escarcha.

-No está en los trineos, ni en ningún sitio que alcancemos a ver -anunció Roger. Sus ojos grises, habitualmente inexpresivos, mostraban preocupación.

-¿Con quién regresó Brian? -preguntó Harry. Se miraron unos a otros-. ¿Claude?

El francés negó con la cabeza.

-Conmigo no. Yo creí que venía con Franz.

-Yo venía en el trineo motorizado con Franz -intervino George Lin.

Rita se exasperó.

-Por todos los cielos, ¿quieren decir que se quedó allá en medio de la confusión?

-Pudo haberse lesionado -insinuó Pete-, Tal vez sufrió una caída.

-Se cayó, se golpeó la cabeza, no pudo gritar y los demás estábamos tan ansiosos por regresar aquí que no nos dimos cuenta -aventuró Claude Jobert.

-Es imposible -protestó Pete.

Dubitativo, Harry admitió:

-Tal vez. Bueno, regresaremos a buscarlo. Pete, iremos tú y yo en dos trineos.

Roger se adelantó.

-Iré con ustedes -ofreció.

-Con dos es suficiente -lo rechazó Harry, al tiempo que se acomodaba las gafas.

-No, Harry, quiero ir -porfió Breskin-. Escucha, hace unas horas, Brian se portó magníficamente en el hielo. No titubeó cuando tuvo que bajar por el precipicio para

rescatar a George. Y si fuera yo quien estuviera en problemas, él haría lo que pudiera. De modo que iré con ustedes.

Hasta donde Harry podía recordar, era el párrafo más largo que hubiera pronunciado Roger Breskin durante meses. Quedó impresionado.

-De acuerdo, vendrás con nosotros. Eres demasiado corpulento para discutir contigo.

AL LLEGAR AL SITIO DE la tercera bomba, Pete y Roger estacionaron los dos trineos motorizados y dejaron los motores y los faros encendidos. Echaron a andar en direcciones distintas, Harry, a su vez, se alejó hacia una tercera para buscar a Brian Dougherty entre los ventisqueros, las prominencias que le llegaban a la cintura y los bajos lomos de hielo de la zona.

Cauteloso, consciente de que la tormenta podía devorarlo tan pronto y tan completamente como a Brian, Harry inspeccionó el paisaje blanco y negro antes de adentrarse en él, barriendo con la linterna a derecha e izquierda. Cada diez pasos; miraba sobre el hombro para no alejarse demasiado de los trineos motorizados. Ya estaba fuera del arco de luz de los faros, pero sabía que no debía perder de vista los trineos. Si se extraviaba, nadie podría oír sus gritos de auxilio en medio del aullido del viento.

Mientras buscaba afanosamente detrás de cada ventisquero y bloque de hielo, apenas alimentaba una leve esperanza de encontrar a Dougherty. La nieve se apilaba a un ritmo de cinco centímetros por hora o más. Si Brian había estado tendido en el hielo durante los últimos quince minutos o más, inconsciente o incapaz de moverse, para este momento estaría todo cubierto, convertido en una prominencia blanca y lisa como cualquier otra, y congelado igual que el paisaje.

“Es en vano”, pensó Harry.

De pronto, a unos doce metros del pozo de la bomba, rodeó una prominencia del tamaño de un camión y encontró a Brian del otro lado. Yacía de espaldas y aún tenía puestas las gafas protectoras y la máscara contra la nieve. Como el enorme bloque de hielo hacía las veces de un parapeto, la nieve no se había apilado aún sobre el joven y el frío tampoco lo azotó con toda su fuerza. Sin embargo, no se movía.

Harry se arrodilló junto al cuerpo inerte y le retiró la máscara. Entre los labios abiertos surgían tenues bocanadas de vapor a intervalos irregulares. Estaba vivo. ¿Resistiría? La piel de Brian tenía la misma palidez que la nieve que lo rodeaba. Después de permanecer inmóvil durante al menos un cuarto de hora, ya sería presa de la hipotermia.

Harry se preguntaba cuál sería la mejor manera de sacar a Brian de allí cuando sintió que alguien se acercaba en medio de la turbulencia y la penumbra. Apareció un rayo de luz entre la oscuridad, vago al principio, pero que se volvió más definido e intenso al acercarse. Roger Breskin surgió tambaleante entre la cortina de nieve, sosteniendo la linterna delante de sí como un ciego sostiene el bastón. Se bajó la máscara y preguntó:

-¿Está vivo?

-Apenas.

-¿Qué sucedió?

-No lo sé. Vamos a meterlo en uno de los trineos motorizados para que el aire caliente lo reanime.

A LAS 4:50, LOS ESTADOUNIDENSES de Thule comunicaron a Gunvald Larsson por radio las malas noticias. Al igual que el *Melville* unas horas antes, el palangrero *Liberty* reconoció que la tormenta era una fuerza insuperable a la que sólo podrían enfrentarse los grandes barcos de guerra y los insensatos. La embarcación había dado marcha atrás hacia cinco minutos, cuando un marinero encontró ligeramente combada una de las planchas de proa de estribor. Sin embargo, el operador de radio le aseguró a Gunvald una y otra vez que todos los hombres destacados en Thule rezaban por los pobres diablos del iceberg.

Ningún tipo de plegaria haría que Gunvald Larsson se sintiera mejor. El hecho desnudo e irrefutable era que el capitán del *Liberty*, aunque sin duda con un gran remordimiento, había tomado una decisión que prácticamente condenaba a muerte a ocho personas.

Gunvald no se atrevió a transmitirle las noticias a Rita. No por el momento. Necesitaba tiempo para pensar en cómo se lo diría. Si bien era un hombre que no solía buscar alivio a las tensiones en el licor, se sirvió casi medio vaso de vodka de la alacena que había en la barraca de comunicaciones. Una vez terminado el vodka, seguía sin atreverse a llamar a Rita.

AUNQUE LOS TRINEOS se encontraban detenidos, los cinco pequeños motores de los vehículos ronroneaban sin cesar. En el casquete polar, jamás deben apagarse los motores porque las baterías se agotan y los lubricantes y combustibles se congelan en cuestión de minutos.

Harry salió de la caverna y se apresuró a llegar hasta el trineo más cercano. Una vez instalado en la tibia cabina, destornilló la tapa del termo que llevaba consigo. Bebió varios sorbos pequeños de la sopa de verduras espesa y aromática, preparada con una mezcla deshidratada, que habían puesto a hervir en las parrillas que usaran horas antes para derretir la nieve cuando estaban perforando los pozos. Por primera vez pudo relajarse un momento.

En los tres trineos motorizados, a su izquierda, George Lin, Claude y Roger comían en igual intimidad. Apenas los distinguía: siluetas borrosas en el interior de las cabinas sin luz. Franz Fischer y Pete Johnson, dentro de la caverna, esperaban su turno para disfrutar de una cabina tibia y un termo de sopa caliente.

Rita llamó y abrió la puerta de la cabina, lo que sorprendió a Harry. Éste tragó un bocado de sopa y preguntó:

-¿Qué ocurre?

Ella se inclinó hacia el interior.

-Brian quiere hablar contigo.

-¿Está mejor?

-Sí, va muy bien.

-¿Recuerda lo que sucedió?

-Deja que él mismo te lo diga.

En el quinto trineo, el más alejado de la caverna, Brian se recuperaba lentamente. Rita había estado en la cabina con él durante los últimos veinte minutos para darle masaje en los dedos helados, hacerlo beber un poco de sopa y cerciorarse de que no se sumiera en un peligroso sueño. Brian recuperó el conocimiento durante el viaje de regreso a la cueva, pero sentía demasiado dolor para hablar.

Harry tapó su termo y fue a visitar a Dougherty.

La cabina del trineo resultaba incómoda y estrecha. Harry se sentó en el angosto banco del pasajero mirando hacia la parte trasera del vehículo, en tanto que Brian Dougherty miraba hacia el frente.

-¿Cómo te sientes? -preguntó Harry.

-Muy mal.

-Todavía te sentirás mal durante un rato.

-Las manos y los pies me hormigean. Siento como si alguien me enterrara cientos de agujas -en su voz se traslucía el intenso dolor.

-¿Sufriste congelación?

Todavía no revisamos los pies, pero se sienten más o menos como las manos y al parecer no tengo nada congelado en las manos. Creo que me salvé. Pero... -jadeó por el dolor e hizo una mueca-. ¡Ay!, duele mucho.

-¿Quieres un poco más de sopa? -le ofreció Harry al tiempo que abría el termo.

-No, gracias. Rita ya me hizo tomar como un litro -se frotó las manos como si quisiera aliviar otra punzada muy intensa-. Por cierto, quiero decirte que estoy perdidamente enamorado de tu esposa.

-¿Quién no?

-Además, quiero darte las gracias por salir a buscarme. Me salvaste la vida.

-Otro día, otro acto de heroísmo -señaló Harry. Tomó un bocado de sopa-. ¿Qué fue lo que pasó?

Brian titubeó. Sus ojos brillaron en la oscuridad. Al fin, dijo:

-Alguien me golpeó en la nuca.

Harry Carpenter casi se ahoga con la sopa.

-¿Te golpeó?

-Tengo dos chichones que lo demuestran.

-Déjame ver.

Brian se inclinó hacia adelante y bajó la cabeza. Harry se quitó los guantes y palpó la cabeza del muchacho. Fue fácil encontrar las dos prominencias, ambas en la parte trasera de la cabeza.

-¿Sufriste una concusión cerebral?

-No tengo ninguno de los síntomas.

-¿Dolor de cabeza?

-Eso sí. Tengo un dolor de cabeza infame.

-¿Visión doble?

-No.

-¿Estás seguro de que no te desmayaste?

-Absolutamente -afirmó Brian, que volvió a erguirse-. Recuerdo con toda claridad que alguien me golpeó por atrás, dos veces. La primera vez no lo hizo con suficiente fuerza; la capucha amortiguó el golpe. Me tambaleé, recuperé el equilibrio, empecé a darme vuelta... y me golpeó una segunda vez, con mucha más fuerza. Entonces perdí el conocimiento.

-¿Y después te arrastró fuera de la vista de los demás? No suena muy lógico.

-Había rachas de viento. Estaba nevando tanto que yo no alcanzaba a ver más allá de dos metros. Nadie lo hubiera visto.

-¿Quieres decir que alguien trató de matarte?

-En efecto.

Harry se resistía a creerlo. Las cosas ya estaban bastante graves de por sí.

-Ocurrió cuando nos disponíamos a dejar el sitio de la tercera bomba -Brian gimió de dolor-. Yo estaba cargando algo de equipo en el último remolque. Todos estábamos ocupados. El viento corría en rachas y nevaba tanto que perdí de vista a todos los demás. Entonces fue cuando me golpeó.

-Pero, ¿quién?

-No lo vi.

-¿Dijo algo?

-No.

-Si alguien te quiere muerto, ¿por qué no esperar a la medianoche? A juzgar por todas las apariencias, morirás a esa hora junto con el resto de nosotros. ¿Por qué sentiría que necesitaba despacharte primero?

-Bueno, tal vez... Sonará extraño, pero... después de todo, soy un Dougherty.

Harry entendió de inmediato.

-Para cierta clase de maniático sí, eso te convertiría en una víctima atractiva. Matar a un Dougherty, a cualquiera de los Dougherty, tiene cierta resonancia histórica. supongo que para un psicópata sería en verdad emocionante.

Guardaron silencio. Después, Brian inquirió:

-¿Pero quién de nosotros es psicótico?

-¿Quieres aventurar algún nombre? -preguntó Harry.

-¿Algún nombre? No.

-Esperaba que mencionaras a George Lin.

-Por alguna razón, a George no le agradamos ni mi familia ni yo. Pero, aún así, me cuesta trabajo creer que sea un asesino.

-No puedes estar tan seguro. No sabes qué ideas le pasan por la cabeza, ni yo tampoco. Hay pocas personas en esta vida a las que podamos conocer realmente. En mi caso... Rita es la única persona por la que pondría las manos al fuego sin dudarlo.

-Sí, pero hoy le salvé la vida a George.

-Si fuera un psicótico, ¿qué más le da? De hecho, con una lógica retorcida, podría ser eso mismo por lo que quiere matarte -por primera vez en todo el día, Harry se sintió al borde de la desesperación y mentalmente agotado-. Si está loco, obsesionado contigo y con tu familia, no se dará por vencido tan fácilmente. Al cabo ¿qué puede perder? De todos modos morirá a medianoche.

Brian, que seguía frotándose las manos y se daba masajes en los dedos aún helados, preguntó:

-¿Se lo comentaras a los demás?

-No. Diremos que no te acuerdas de lo que ocurrió, que tal vez caíste y te golpeaste la cabeza en un promontorio de hielo. Es preferible que tu fallido asesino crea que no

sabemos de él. Si supone que no estamos al tanto, podría ser más descuidado en el siguiente intento.

-Si es un lunático, entonces yo también debo estar loco. Me preocupa que alguien intente asesinarme aunque faltan sólo siete horas para la medianoche.

-No. Tienes un fuerte instinto de supervivencia, es todo. Eso es indicio de cordura.

-A menos que el instinto de supervivencia sea tan fuerte que me impida reconocer una situación desesperada. Entonces, tal vez sea signo de demencia.

-Aún no es desesperada -lo contradijo Harry-. Nos quedan siete horas. En siete horas podría pasar cualquier cosa.

EL MAR TURBULENTO chocaba contra el casco redondeado del *Ilya Pogodin* y lanzaba cortinas de agua hacia la oscuridad, en una serie interminable de olas semejantes al fragor del trueno que hace retumbar los cristales. Como el submarino estaba cerca de la superficie, se estremecía muy poco por el impacto, pero no podía soportar indefinidamente tal castigo.

El capitán Nikita Gorov se encontraba de pie sobre el puente con otros dos hombres a su lado. Llevaban chaquetones de marinerío forrados de vellón, impermeables negros con capucha y guantes. Los dos jóvenes vigías se mantenían espalda con espalda, uno mirando a babor y el otro a estribor. Los tres hombres sostenían binoculares de campaña para visión nocturna y examinaban el horizonte.

El dispositivo para detección de satélites se izó en la torreta atrás del puente y luego se abrió como un capullo en primavera. Las cinco láminas del radar en forma de pétalo, que se unieron rápidamente para dar forma a una antena parabólica, ya escudriñaba el cielo.

Tres minutos después de la hora, se recibió en el puente una nota de Timoshenko. El oficial de comunicaciones informaba al capitán que habían empezado a recibir un mensaje cifrado del Ministerio en Moscú. El momento de la verdad había llegado.

Gorov mantuvo los ojos fijos en los binoculares. Escrutó un arco de noventa grados del horizonte azotado por la tormenta, pero no veía olas ni nubes. En cambio, dos imágenes lo atormentaban, cada una era más vívida que la realidad misma. En la primera, estaba sentado a la mesa de una sala de conferencias, escuchando el testimonio de la fiscalía en su propio juicio ante el consejo de guerra, y se le prohibía hablar para defenderse. En la segunda, contemplaba a un niño que yacía muerto en una cama de hospital. Los binoculares parecían un túnel que lo transportaba tanto al pasado como al futuro.

A las 5:07, el mensaje ya descifrado pasó a través de la escotilla de la torreta hasta las manos del capitán. Los ojos de Gorov buscaron de inmediato el núcleo del comunicado.

SOLICITUD CONCEDIDA PUNTO AVANCE TODA MÁQUINA PARA RESCATAR MIEMBROS
EXPEDICIÓN EDGEWAY PUNTO CUANDO EXTRANJEROS A BORDO EXTREME
PRECAUCIONES COMPROMISO MATERIAL CLASIFICADO PUNTO FUNCIONARIOS
EMBAJADA WASHINGTON HAN INFORMADO GOBIERNO ESTADOUNIDENSE
INTENCIONES DE RESCATE GRUPO EDGEWAY PUNTO

Al pie de la hoja descifrada, Timoshenko había escrito, tres palabras a lápiz: acuse de recibo. No quedaba más que acatar las nuevas órdenes.

Aunque no tenía la menor certeza de que les quedara tiempo suficiente para sacar a los expedicionarios del iceberg, Gorov se sintió más feliz que en mucho tiempo. Cuando menos estaba haciendo algo. Al menos tenía una posibilidad de llegar hasta los científicos de Edgeway antes de que estuvieran muertos. Guardó el mensaje descifrado en un bolsillo de la chaqueta e hizo sonar dos veces las bocinas electrónicas de inmersión.

5:30 P.M.

Brian llevaba casi una hora dentro del trineo motorizado y sufría de claustrofobia.

-Quisiera salir a caminar.

-No te precipites -Rita encendió una linterna y la repentina claridad le humedeció los ojos. Revisó las manos del joven-. ¿Las sientes adormecidas? ¿Te hormigean?

-Ya no. Y también los pies están mucho mejor -vio que Rita todavía dudaba-. Tengo calambres en las piernas. Necesito ejercitarlas. Además, hace demasiado calor aquí dentro.

Ella titubeó.

-Bueno, ya tienes un poco de color en la cara. Está bien... de acuerdo. Pero cuando hayas estirado los músculos, si aún sientes hormigueo o adormecimiento, debes regresar aquí de inmediato.

-Correcto.

Rita se dio unas palmaditas en el regazo.

-Sube los pies. Uno primero -le puso la bota exterior en el pie, todavía hinchado. Mientras Rita ensartaba los cordones en los ojales y los ajustaba, comentó-: Bueno, al menos tendrás abundante material para tus artículos de la revista.

Brian se sorprendió a sí mismo con la respuesta.

-Decidí no publicarlos. En lugar de artículos, voy a escribir un libro -hasta ese momento, su obsesión había sido un asunto privado. Ahora que se lo había revelado a una persona a quien respetaba, se obligaba a sí mismo a considerar esto menos como una obsesión y más como un compromiso.

-¿Un libro? Será mejor que lo pienses dos veces. ¿Sabes? Yo ya publiqué tres y sé lo que es eso. Escribir el primer tercio es puro placer. Pero esa sensación desaparece. Créeme. En el segundo tercio, tan sólo estás tratando de demostrarte algo a ti mismo. Cuando llegas a la tercera parte, ya es tan sólo cuestión de supervivencia.

-Pero ya pensé cómo integrarlo todo en la narrativa. Tengo un hilo conductor.

Rita dio un respingo y movió la cabeza, pesarosa.

-De modo que ya estás demasiado convencido como para escuchar razones -lo ayudó a ponerse la bota de piel de foca en el pie derecho-. ¿Y cuál es ese hilo conductor?

-El heroísmo.

-¿El heroísmo? -hizo una mueca-. Pero, por Dios, ¿qué tiene que ver el heroísmo con el proyecto Edgeway?

-Tal vez sea la base misma del proyecto.

-Estás chiflado, jamás vi a ningún héroe por aquí.

A Brian le sorprendió el asombro de Rita, que parecía por completo genuino.

-¿No te has mirado en un espejo?

-¿Yo, una heroína? Mi querido muchacho, casi todo el tiempo estoy muerta de miedo.

-Los héroes pueden sentir miedo y aún así ser héroes. Eso es lo que los hace héroes, el actuar a pesar del temor. Este proyecto es un trabajo heroico.

-Es un trabajo y punto. Peligroso, sí. Descabellado, tal vez. ¿Pero heroico? Es un concepto demasiado romántico.

Brian se calló mientras ella terminaba de atarle las botas.

-Al menos, no es como en la política -comentó al fin-. Ustedes no están en esto por el poder, por obtener privilegios ni por el dinero. No vinieron aquí porque deseen controlar a las personas.

Rita alzó la cabeza y lo miró fijamente. Tenía unos ojos hermosos y tan profundos como el mar del Ártico en un día de calma. Brian se dio cuenta de que ella, en ese momento, lo comprendía mejor que nadie en su vida.

-El mundo cree que tu familia está llena de héroes.

-Pues yo los conozco mejor.

-Han hecho sacrificios, Brian. Tu tío murió asesinado. Tu padre también recibió un balazo.

-Esto te puede sonar perverso, pero no te lo parecería si los conocieras. Recibir un balazo no es un acto de valentía, no más que el de cualquier infeliz a quien matan a tiros cuando está retirando dinero de un cajero automático. Se trata de una víctima, no de un héroe.

-Algunas personas se dedican a la política para hacer que el mundo sea mejor.

-De los que yo conozco, Rita, ninguno. Todo gira en torno de la envidia y el poder. Pero aquí todo es limpio. El trabajo es duro, el medio es hostil... pero limpio.

Brian no recordaba a nadie que le hubiera sostenido la mirada tan fijamente como lo hacía ella. Después de un silencio pensativo, Rita comentó al fin:

-Entonces, no eres tan sólo un atribulado niño rico en busca de aventuras, como afirma la prensa.

Él desvió la mirada primero. Bajó el pie del banco y se retorció en el reducido espacio para meter los brazos en las mangas de la chaqueta.

-Por supuesto, tal vez me engaño a mí mismo. Quizá sólo soy lo que escriben en los periódicos.

-En los diarios se dicen pocas verdades -apuntó ella-. De hecho, encontrarás la verdad en un solo lugar.

-¿En dónde?

-Tú lo sabes.

-Dentro de mí -asintió él.

Ella sonrió. Se puso la chaqueta y agregó:

-Estarás bien.

-¿Cuándo?

-Tal vez dentro de unos veinte años.

Brian rió.

-Espero no pasarme tantos años hecho un lío.

-Quizá demores más. No olvides que de eso se trata la vida: poco a poco, día tras día, cada uno de nosotros aprende a su tiempo a no estar hecho un lío.

Cuando siguió a Rita fuera del vehículo, Brian se sorprendió por la intensidad con que azotaba el viento gélido de la tormenta. Lo dejó sin aliento y casi lo hace caer de rodillas.

El viento fue un recordatorio de que su desconocido atacante no era la única amenaza para la supervivencia. Durante algunos minutos había olvidado que estaban a la deriva, había olvidado las bombas de tiempo programadas para la medianoche. El miedo volvió a invadirle. Ahora que se había decidido a escribir ese libro, sentía una genuina ansia por vivir.

LOS FAROS DE UNO de los trineos iluminaban la entrada de la cueva. Las ocho sombras distorsionadas de los miembros que formaban la expedición se deslizaban ondulantes por las paredes del blanco recinto, crecían y se encogían, misteriosas pero quizá no más que los individuos que las proyectaban, uno de los cuales era un asesino en potencia.

Harry observaba a Roger Breskin, Franz Fischer, George Lin, Claude Jobert y Pete Johnson discutir en qué ocuparían las seis horas con veinte minutos que les quedaban antes de medianoche. Él mismo debería encabezar la discusión, pero no podía concentrarse en lo que decían los demás. No podía dejar de estudiarlos con gran atención, como si las tendencias psicóticas se manifestaran en la manera en que un hombre caminaba, hablaba y gesticulaba. Una llamada de la estación Edgeway lo arrancó de sus cavilaciones. La voz de Larsson, mezclada con la estática, hizo eco en las paredes de hielo.

Cuando, por fin, Harry se acercó al radio y respondió la llamada, Gunvald le anunció:

-Harry, los palangreros van en retirada, tanto el *Melville* como el *Liberty*. Lo sé desde hace un par de horas, pero no me atrevía a decírtelo -sonaba inexplicablemente animado-. Pero ahora ya no importa. ¡Ya no importa, Harry!

Pete, Claude y los demás se habían arremolinado en torno del aparato, estupefactos ante la excitación del sueco.

-Gunvald, ¿de qué rayos hablas? -lo increpó Harry-. ¿Por qué dices que ya no importa?

La estática interrumpió la comunicación, pero un instante después se reanudó, cuando Larsson decía:

-Me lo acaban de informar de Thule. El mensaje llegó de Washington. Hay un submarino cerca de ustedes, Harry. ¿Me oyen? Un submarino ruso.

8 : 20 P . M .

Gorov, Zhukov y el marinero Semichastny treparon al puente y se volvieron hacia babor. El mar no estaba en calma, pero tampoco tan embravecido como cuando emergieron unas horas antes para recibir el mensaje del Ministerio de Marina. El iceberg se encontraba un poco a babor y los resguardada parcialmente de las olas y los vientos de la tormenta.

No podían ver aún el témpano, aunque las imágenes de radar y de sonar les indicaron que era gigantesco, tanto por arriba del agua como en la parte sumergida. Estaban apenas a cincuenta o sesenta metros del objetivo, pero la oscuridad resultaba impenetrable. Tan sólo la intuición le indicaba a Gorov que algo gigantesco se cernía cerca de ellos, y la certeza de estar a la sombra de un coloso invisible fue una de las sensaciones más aterradoras y desconcertantes que hubiera experimentado alguna vez.

Arriba y atrás de ellos, en la torreta, la lámpara de cien vatios del puente formaba un círculo de luz sobre la cubierta metálica y permitía a los tres hombres verse entre sí. Las olas, tachonadas de trozos pequeños de hielo, rompían contra el casco curvo y apenas alcanzaban a reflejar la luz roja, dando la impresión de que el *Pogodin* navegaba no en agua sino en un océano de sangre color vino tinto.

Dando un golpecito al anemómetro del puente, el primer oficial señaló:

-La velocidad del viento es de cincuenta kilómetros por hora, aún estamos a sotavento del iceberg.

Después de medir la velocidad del viento, Gorov estimó que la temperatura encima del iceberg debía de ser de entre cincuenta a sesenta grados centígrados bajo cero. Rescatar a los científicos de Edgeway en esas terribles condiciones era un desafío mucho mayor que cualquiera que hubiese enfrentado en toda su carrera naval. Incluso podía ser imposible. Y empezó a preocuparse de que, una vez más, hubiera llegado demasiado tarde.

-Luz -ordenó Garov.

Semichastny de inmediato hizo girar el reflector hacia babor y luego encendió el interruptor. El rayo penetrante iluminó una imponente pared de hielo, tan enorme que la sola visión dejó a los tres hombres sin aliento.

Semichastny movió el reflector lentamente a la derecha y después a la izquierda. El iceberg era tan largo y tan alto que Gorov no pudo darse idea de su aspecto general. Cada círculo de hielo iluminado, aunque visible con suficiente detalle desde su ventajoso punto de observación, parecía aislado del anterior.

-Teniente Zhukov, arroje una bengala.

-Sí, señor.

Zhukov llevaba la pistola de señales. La levantó, la sostuvo con el brazo extendido y disparó hacia la oscuridad de babor.

El proyectil se elevó con rapidez. Fue visible durante un momento pero en seguida se desvaneció en medio de la tormenta como si hubiera atravesado un tenue velo para dirigirse hacia otra dimensión.

Ciento veinte metros... ciento treinta... ciento cuarenta... ciento cincuenta. A gran altura, el proyectil estalló como una brillante luna incandescente.

Bajo la luz de Bengala, el océano se iluminó cien metros a la redonda en todas direcciones, con una luz fría que mostró su tinte verde grisáceo. El iceberg se cernía a un lado, una presencia amenazadora de cuando menos treinta metros de alto, una enorme muralla más formidable que las fortificaciones de cualquier castillo del mundo. Durante el acercamiento al témpano, guiados por el radar y el sonar, descubrieron que el

iceberg media poco más de un kilómetro de largo. Se erguía dramáticamente sobre el mar de tonos verdosos, grisáceos y negros y semejaba de manera curiosa un monolito hecho por el hombre, con algún oculto significado religioso. La mole se alzaba, lisa como vidrio y resplandeciente, sin cornisas ni grietas que distorsionaran su superficie.

Gorov esperaba encontrar una pared irregular que bajara hasta el agua en escalones. El mar no estaba demasiado embravecido a sotavento del iceberg, y algunos hombres habrían podido llegar hasta la isla de hielo. Entre las reservas de equipo del submarino se contaban tres balsas de caucho con motor y una amplia selección del más refinado equipo de montañismo. Pero tenían que encontrar un sitio donde desembarcar. Una pequeña cornisa, una caleta minúscula, algún nicho sobre el nivel del agua. Algo.

Como si leyera los pensamientos del capitán, Zhukov señaló:

-Aunque algunos hombres pudieran desembarcar, escalarlo sería una labor titánica. Es tan recto y plano como el vidrio de una ventana de treinta metros.

-Podríamos excavar puntos de apoyo en el hielo -señaló Gorov-. Tenemos varios picos para escalar, hachas, cuerdas y clavijas. Tenemos también botas para escalar y mosquetones. Hay aquí todo lo que se necesitaría.

-Pero estos hombres son marinos, señor, no montañistas.

-Los hombres adecuados lo lograrían -insistió Gorov.

-Sí, señor -reconoció Zhukov-. Sé que podrían. Pero no tenemos un solo hombre a bordo que pudiera escalar en la mitad del tiempo que tardaría un montañista entrenado. Harían falta horas para llegar a la cima e instalar los aparejos para bajar a los científicos de Edgeway a las balsas. Y cuando...

...y cuando por fin logremos idear la manera en que se pueda desembarcar en el hielo, tendrán suerte si les queda cuando mucho una hora -lo interrumpió Gorov, terminando la frase del primer oficial.

La medianoche se acercaba inexorablemente.

-Veamos el costado de barlovento -añadió Gorov-. Tal vez nos ofrezca algo mejor.

EN LA CAVERNA, mientras esperaban más noticias de Gunvald, todos se mostraban excitados por la perspectiva de un rescate, pero se contenían al pensar que quizá el submarino no llegara a tiempo. A ratos guardaban silencio; en otras ocasiones, parecían hablar todos a la vez.

Tras esperar un momento en que el recinto se llenó de parloteo emocionado y los demás estaban particularmente distraídos, Harry se disculpó y dijo que debía ir a la letrina. Al pasar junto a Pete Johnson, le susurró:

-Quiero hablar a solas contigo.

Pete parpadeó sorprendido.

Sin detenerse al hablar y mirando apenas al ingeniero, Harry se acomodó las gafas, se subió la máscara para nieve y salió de la caverna por delante de los trineos que ronroneaban suavemente.

Dudaba que les quedara suficiente combustible. Los motores pronto dejarían de funcionar y se acabarían la luz y el calor.

Más allá de los trineos, la zona que habían usado para las letrinas del campamento temporal se encontraba en la orilla más distante de una cresta de hielo en forma de U, de tres metros de alto, donde se acumulaba la nieve. Harry en realidad no necesitaba ir al baño, pero las necesidades fisiológicas representaban la excusa menos sospechosa para

salir de la caverna y alejarse de los demás. Llegó a la abertura de la media luna que servía como parapeto y permaneció con la espalda vuelta al muro de hielo.

Suponía que tal vez se equivocara respecto a Pete Johnson. Sabía que incluso un amigo o un ser amado a quien uno conocía, y en quien confiaba, podría albergar algún impulso oscuro e impronunciable. Cada quien era un misterio dentro de otro misterio. No obstante, había decidido arriesgarse y confrontar a Pete Johnson a solas.

Durante los últimos meses, había llegado a sentir agrado y respeto hacia este hombretón de rostro afable. Bajo la denodada actitud de competencia de Pete Johnson había un chiquillo enamorado de la ciencia, la tecnología y la aventura. Harry se reconocía a sí mismo en Pete.

Un minuto más tarde, el ingeniero lo alcanzó detrás del refugio descubierto en forma de U. Se bajó la máscara para nieve y preguntó:

-¿Estamos aquí para murmurar de alguien, o acaso sentiste un repentino interés romántico en mí?

-Esto es muy grave, Pete.

-Claro que es grave. Si Rita se entera, me molerá a palos.

-Vamos al grano. Quiero saber.. por qué trataste de matar a Brian Dougherty.

-No me gusta cómo se peina.

-Pete, no estoy bromeando.

Por encima de sus cabezas, en lo alto de la cresta que los protegía, el viento silbaba entre las grietas naturales del hielo.

La sonrisa de Pete se esfumó.

-Entonces sí es algo grave. ¿De qué se trata? -el desconcierto en el rostro grande y oscuro del hombre parecía tan genuino como el aire de inocencia de un cordero-. ¿Quieres decir que alguien en realidad trató de matarlo? ¿Y justo en el sitio de la tercera bomba, donde se quedó rezagado? Pero tú dijiste que él se había caído. Brian mismo lo dijo. Nos contó que se cayó y se golpeó en la cabeza. Entonces, ¿no fue así?

Harry suspiró.

-¡Demonios! Si fuiste tú, eres muy buen actor. Te creo que en realidad no lo sabes.

-Oye, estoy seguro de que realmente no sé nada.

-Brian no se cayó y se desmayó. Alguien lo golpeó en la nuca, dos veces.

Pete se quedó mudo.

De modo tan sucinto como pudo, Harry relató la conversación que había sostenido con Dougherty en la cabina del trineo motorizado unas horas antes.

-Si yo fuera un loco y hubiera decidido matarte aquí mismo -señaló Pete con énfasis-, no habrías tenido mucha oportunidad de salvarte.

-Sí, pero no tenía ninguna otra opción. Necesitaba un aliado y tú eras mi mejor carta. De todos modos, te agradezco que no me hayas arrancado la cabeza.

-Ya cambié de opinión sobre ti, Harry. Creí que tenías complejo de héroe, pero resulta perfectamente natural en ti ese tipo de valor. Es parte de tu ser. Así llegaste al mundo.

-Sólo hice lo que debía -respondió Harry, impaciente-. Supuse que nuestro asesino en potencia podría intentar otra vez contra la vida del muchacho. Y necesitaba a alguien además de Rita y de mí para detenerlo cuando llegue el momento.

-Y yo fui nominado.

-¡Felicidades!

Una ráfaga de viento los sacudió. Bajaron la cabeza mientras un remolino de nieve pasaba sobre ellos y se alejaba silbando hacia el extremo abierto de la cresta en forma de media luna.

Pete añadió:

-Hasta donde sabes, ¿hay alguien a quien consideres que debemos vigilar con más cuidado que a los demás?

-Yo tendría que preguntarte eso a ti. Ya sé lo que opinamos Rita, Brian y yo. Necesito otro punto de vista.

Pete no tuvo que meditar la pregunta para responderla.

-George Lin -afirmó en seguida.

-Fue también mi primera elección, pero ¿no te parece demasiado obvio?

-Quizá, pero eso no lo descarta. Y, por cierto, ¿qué demonios le pasa? Me refiero al modo en que se comporta con Brian. Su furia. ¿A qué se debe?

-No estoy muy seguro -repuso Harry-. Algo le ocurrió en China cuando era niño, alguna situación traumática. Parece relacionar a Brian Dougherty con lo sucedido, por el papel de su familia en la política.

-Tal vez la presión que hemos soportado todos durante las últimas nueve horas hizo que se le aflojara un tornillo.

-Es posible.

-Pero no parece lógico.

-No del todo.

Tras un breve lapso, Pete inquirió:

-¿Y Franz Fischer?

-¿Por qué lo preguntas?

-Se muestra cortante contigo. Y con Rita. No hacia ella precisamente, pero la mira de un modo extraño.

-Eres observador.

-Tal vez sean celos profesionales por todos los premios de ciencias que han recibido ustedes dos en los últimos años.

-No es tan mezquino.

-¿Entonces? -como Harry titubeó, Pete agregó:- ¿No es asunto de mi incumbencia?

-Fueron amantes antes de que Rita y yo nos casáramos.

-Entonces sí tiene celos. ¿Alguna vez se te ocurrió que ése sería un buen motivo para no incluir a Franz en el equipo?

-Si Rita y yo pudimos dejar el pasado atrás, ¿por qué él no?

-Porque él no es ni tú ni Rita, amigo. Para empezar, es un sabihondo ególatra. Quizá aceptó venir a la expedición para que Rita tuviera oportunidad de compararlos. Tal vez creyó que aquí en el hielo harías el oso en tanto que él se luciría como el más grande explorador del polo, todo un macho en comparación. Desde el primer día, debió darse cuenta de que no sería así y por eso actúa de ese modo tan odioso.

-Franz tal vez me deteste y también a Rita, pero ¿cómo se traducirían esos sentimientos en un ataque contra Brian? -Harry negó con la cabeza-. Podría ser Franz, pero no porque esté celoso de mí.

-¿Breskin?

-Es un enigma.

-Me parece un tipo demasiado reservado.

-Es frecuente sospechar de los solitarios, del tipo silencioso e introvertido -admitió Harry-, pero no es más lógico que sospechar de Franz tan sólo porque hace algunos años sostuvo una relación con Rita. Además, Roger tuvo oportunidad de matar al muchacho esta misma tarde. Cuando Brian colgaba del precipicio mientras trataba de rescatar a George, Roger podría haber cortado la cuerda. ¿Qué habría sido más lógico?

-En ese caso, George habría sido testigo.

-¿Qué psicópata tiene control sobre sí mismo? Además, no creo que George hubiera sido testigo de nada, si estaba casi inconsciente.

-Pero como tú mismo dices, Roger es un enigma.

-Estamos dando vueltas en círculo.

El vapor que exhalaban al respirar se cristalizaba entre los dos. La nube era ya tan densa que no podían verse con claridad, aunque estaban apenas a medio metro uno del otro.

Apartando la niebla con una mano, Pete prosiguió.

-Nos queda Claude.

-Parece ser el menos sospechoso de todos. Lo conozco desde hace quince años, y he viajado con él a los polos en varias ocasiones. Es un hombre excelente.

-A menudo habla de su difunta esposa, Collette. Cuando la menciona todavía se le nublan los ojos y se entristece mucho ¿Cuándo murió?

-Este mes cumple tres años. Claude estaba en el Polo, su primera expedición en dos años y medio, cuando la asesinaron.

-¿La asesinaron?

-Collette había volado de París a Londres para disfrutar de unas vacaciones. El Ejército Revolucionario puso una bomba en un restaurante donde ella fue a comer. Murió en la explosión, junto con otras siete personas.

-¡Santo cielo!

-Atraparon a uno de los culpables. Todavía está en la cárcel.

-Y para Claude fue muy duro -sugirió Pete.

-Claro. Collette era maravillosa. Te habría gustado.

Durante un momento, ninguno de los hombres habló. En lo alto de la cresta, el viento ululaba como un espectro atrapado entre este mundo y el más allá.

-A su esposa la mataron los irlandeses -dijo al fin Pete.

-¿Y?

-Dougherty es irlandés.

-Me parece que exageras, Pete. En realidad, es un estadounidense de ascendencia irlandesa. La tercera generación.

-Entiendo. Pero ya sabes... Dicen por allí que la familia de Brian ha sido simpatizante del ERI a tal grado que durante años le enviaron donativos en secreto.

-También estoy enterado, pero nunca lo demostraron. Hasta donde se ve, son habladurías de la política. El hecho real es que tenemos cuatro sospechosos y ninguno parece obvio.

-Corrección. Seis sospechosos.

-Franz, George, Roger, Claude...

-Y yo.

-Pero ya te eliminé de la lista, Pete. Después de esta conversación considero...

-¿Hay alguna ley que le prohíba a un asesino ser buen actor?

Harry lo miró fijamente, tratando de descifrar su expresión.

-Sé que me dijiste la verdad. No fuiste tú -expresó al fin-. Pero tratas de insinuar que no debo confiar en nadie, ni siquiera por un instante.

-Exactamente. Y me refiero a los dos. Por eso, el sexto nombre en la lista de sospechosos es el tuyo.

-¿Qué? ¿El mío?

-Tú también estabas en el sitio de la tercera carga explosiva con los demás.

-Pero soy yo quien lo encontró cuando regresamos.

-Y tú asignaste las zonas de búsqueda. Podrías haber elegido la correcta, para cerciorarte de que Brian estuviera muerto antes de "encontrarlo". Tal vez, Breskin se tropezó contigo antes de que pudieras darle al muchacho el golpe de gracia.

Harry lo miró boquiabierto.

-¿En verdad crees que soy capaz de asesinar?

-Es una probabilidad en un millón, pero he visto suceder cosas que parecían aún más descabelladas.

Aunque se dio cuenta de que Pete sólo le estaba indicando lo que él mismo había experimentado en carne propia ante la acusación, Harry sintió reaparecer un dolorcillo de tensión en el cuello y los hombros.

-¿Sabes cuál es el problema con ustedes, los de California?

-Sí. Hacemos que ustedes los bostonianos se sientan inferiores, porque somos muy francos y dulces, en tanto que ustedes son reprimidos y estirados.

-Más bien, pensaba que los temblores, incendios, motines y asesinatos en serie los habían vuelto paranoicos.

Los dos hombres cruzaron una sonrisa.

-Será mejor que regresemos -dijo Harry.

EL COSTADO DE BARLOVENTO del iceberg no resultó tan amenazador como la pared de sotavento, lisa y sin accidentes. Desde el nivel del agua se veían tres cornisas irregulares. Más allá de las cornisas, el precipicio ascendía casi vertical quince metros o más. Con buen clima, las balsas hubieran podido atracar en las cornisas, pero las olas enormes que se estrellaban en este momento contra la base del iceberg harían pedazos cualquiera de las balsas de caucho motorizadas del *Pogodin*, de modo que Gorov dio

órdenes de regresar a sotavento. No tenía más opción que disparar una cuerda y tender una boya de salvamento.

En su camarote, Gorov se cambió el uniforme empapado por uno seco. Después, se sentó ante el escritorio del rincón y tomó la fotografía de su hijo muerto. La sonrisa del niño era genuina, no una pose para la cámara. Tenía una mano en la de su padre. En la otra, sostenía un gran cono de helado de vainilla que le escurría hasta los dedos. Incluso en la superficie plana y bidimensional de la fotografía, se percibía el aura de encanto, amor y alegría que el pequeño había irradiado siempre en vida.

-Te juro que vine lo más rápido que pude -murmuró Gorov a la fotografía.

El pequeño lo miraba fijamente y sonreía.

-Voy a rescatar a esas personas del iceberg antes de medianoche -Gorov apenas reconocía su propia voz-. Sé que puedo hacerlo. No los dejaré morir. Te lo juro.

EL TENIENTE TIMOSHENKO había estado fuera de servicio durante las cuatro horas anteriores. Cenó y durmió una siesta. A las ocho cuarenta y cinco, quince minutos antes de la hora estipulada, volvió una vez más a la sala de comunicaciones, dispuesto a montar la última guardia del día. Uno de sus subordinados se ocupaba del equipo mientras Peter Timoshenko permanecía sentado al escritorio de trabajo que estaba en el rincón, leyendo una revista mientras bebía una taza de té caliente.

Gorov apareció, procedente de la escalera de cabina.

-Teniente, creo que es hora de establecer contacto de radio directo con la gente del iceberg.

Timoshenko dejó su té y se puso de pie.

-¿Quiere hablar con ellos, señor?

-Se lo dejo a usted -repuso el capitán.

-¿Y qué debo decirles?

Gorov explicó rápidamente lo que habían descubierto durante su recorrido alrededor de la gigantesca isla de hielo: el mar implacablemente turbulento en el costado de barlovento, así como la pared de hielo lisa en el costado de sotavento; luego esbozó sus planes para la boya de salvamento.

-Y dígales que, de aquí en adelante, los mantendremos informados de nuestro avance en cada punto.

-Sí, señor.

Gorov se volvió para retirarse.

-¿Señor? Sin duda querrán saber.. ¿Cree usted que tenemos buenas posibilidades de salvarlos?

-Buenas, no. Sólo regulares. Pero dígales que, si es humanamente posible, de un modo u otro lo lograremos. Estoy más decidido respecto a esto que nunca antes en mi vida. No lo olvide, teniente. Asegúrese de comunicarlo.

8 : 57 P . M .

A Harry lo sorprendió oír a un operador de radio ruso que hablara con tal fluidez el inglés. El hombre sonaba como si hubiera estudiado en una buena universidad de nivel medio en Gran Bretaña. Poco a poco, sin embargo, conforme Timoshenko explicaba porqué el costado de sotavento era la única vía de acceso al iceberg digna de investigarse el científico se acostumbró al marcado acento británico del marino.

-Una boya de salvamento -musitó Harry, dubitativo-. No puede ser fácil tender un dispositivo así entre dos puntos en movimiento, y menos con este tiempo.

-Podemos igualar nuestra velocidad a la del iceberg con relativa facilidad, lo que equivale a tender el cable entre dos puntos estacionarios. Además, la boya de salvamento es tan sólo una de nuestras opciones. Si no logramos que funcione, los sacaremos de alguna otra forma. No se preocupen por eso.

-¿No sería más fácil enviar buzos al hielo? Deben tener equipo de buceo a bordo.

-Y tenemos varios hombres rana bien entrenados -reconoció Timoshenko-, pero el mar está demasiado embravecido para ellos, incluso en el costado de sotavento.

-Por supuesto, no queremos que nadie corra un riesgo excesivo por salvarnos. A juzgar por lo que usted dijo, su capitán parece muy seguro. Será mejor que les dejemos a ustedes las preocupaciones. ¿Tiene algo más que decirme?

-Eso es todo por el momento -concluyó Timoshenko-. Permanezcan cerca del aparato de radio. Los mantendremos informados de nuestro avance.

Todos, salvo Harry y George, tenían algo que opinar sobre la llamada del oficial de comunicaciones del *Ilya Pogodin*: sugerencias respecto a los preparativos para la partida de rescate, ideas acerca de cómo podrían ayudar a los rusos para escalar la pared de sotavento. Y todos parecían decididos a expresarlo primero; ya, al instante.

Cuando George Lin vio que la excitación empezaba a ceder y que algunos guardaban silencio, se acercó al grupo y encaró a Harry. Había esperado buen rato hasta que estuvo seguro de que todos lo escucharían.

-¿Qué demonios hace un submarino ruso en esta región del mundo? No es su zona.

-Pero éstas son aguas internacionales.

-Están muy lejos de Rusia.

-En realidad, no tanto.

El rostro de Lin estaba contraído por la furia y su voz transmitía un tono tenso.

-Pero, ¿cómo se enteraron de nosotros?

-Supongo que vigilando las transmisiones de radio.

-Precisamente -sentenció Lin, como si eso demostrara algo. Miró primero a Fischer y luego a Claude, en busca de apoyo-. Transmisiones de radio. Nos vigilan -se volvió hacia Roger Breskin-. ¿Y por qué estarían los rusos vigilando las comunicaciones en esta parte del mundo?

Como Breskin se encogió de hombros, Lin prosiguió:

-Yo se lo diré. El *Pogodin* está en una misión de espionaje. Es un maldito submarino espía, eso es.

-Muy probablemente -corroboró Claude-, pero eso no me sorprende, George. Todos sabemos cómo funciona el mundo.

-Por supuesto que debe ser una embarcación espía -intervino Fischer-. Si fuera un submarino con misiles nucleares, ni siquiera nos habrían dicho que estaban en la

región. De hecho, tenemos suerte de que este sea un submarino de espionaje y que hayan estado dispuestos a revelar su presencia.

Lin estaba decidido a que los demás vieran la situación con el mismo grado de alarma que él sentía.

-Escúchenme. Piensen. No es sólo un submarino espía. Por Dios, traen lanchas de motor y equipo para tender una boya de salvamento hasta un punto en tierra. Eso significa que desembarcan espías en otros países del orbe, saboteadores y tal vez incluso asesinos.

-¿Asesinos y saboteadores? Lin, tu comentario me parece un poco exagerado -expresó Fischer.

-¡No exagero en absoluto! -protestó Lin, apasionadamente. Tenía el rostro enrojecido, y su sensación de apremio era visible-. Estos malditos comunistas...

-Ya no son comunistas -puntualizó Roger.

-Su nuevo gobierno está lleno de los mismos criminales de siempre, y cuando llegue su momento, volverán al poder. Será mejor que lo crean. Y son unos salvajes capaces de todo. De todo -estrelló el puño izquierdo contra la palma de la mano derecha. Brian dio un respingo al ver el ademán y miró a Harry.

Poniendo una mano con mucha suavidad en el hombro de Lin, Rita le comentó:

-George, tranquilízate. Lo que dices no tiene mucho sentido.

Lin dio media vuelta para encararla como si lo hubiera amenazado con lo que le dijo.

-¿No se dan cuenta de por qué estos rusos quieren rescatarnos? A ellos no les importa en realidad si vivimos o morimos. Solamente les interesa aprovechar la situación como propaganda. Van a usarnos para generar simpatía hacia los rusos en la prensa mundial.

-Es totalmente cierto -reconoció Harry-, pero no estamos en condiciones de rechazarlos.

-A menos que nos quedemos aquí a morir -manifestó por fin Roger Breskin. Su voz grave dio a esta simple afirmación el aire de una profecía ominosa.

La paciencia de Pete hacia Lin se agotó.

-¿Eso quieres, George? ¿Quieres quedarte aquí y morir?

Lin se turbó. Negó con la cabeza.

-Pero tienen que darse cuenta de que...

-¿Quieres quedarte aquí y morir? -repitió Pete-. Eso es lo único que importa. No hay más.

Lin se retorció incómodo, buscó algún indicio de apoyo en los demás rostros y después miró al piso.

-No, por supuesto que no. Nadie quiere morir. Sólo estoy.. estoy.. Lo siento. Perdonen -se retiró al extremo más distante de la cueva y empezó a caminar de un lado a otro.

Entonces, Roger Breskin sacó su reloj de un bolsillo con cierre del anorak.

-Son las nueve y cinco.

-Quedan menos de tres horas -reconoció Claude.

-¿Podrán llegar hasta nosotros y bajarnos del iceberg en menos de tres horas? -se preguntó Brian en voz alta.

-Si no pueden -repuso Harry, tratando de aligerar la tensión-, voy a enojarme mucho con los rusos.

9:10 P.M.

Emil Zhukov subió al puente con un termo de té caliente y tre tazas de aluminio.

-¿Ya armaron el mortero?

-Faltan unos minutos -respondió Gorov. Sostuvo una de las tazas mientras el primer oficial servía el té.

De pronto, un aroma de hierbas, limón y miel llenó la noche y Nikita Gorov sintió que la boca se le hacía agua y sonrió. Tomó un sorbo y sonrió. El té ya estaba enfriándose, pero aún guardaba suficiente calor para mitigar los escalofríos que recorrían la espalda del capitán.

Abajo del puente, en la sección de proa de la cubierta principal del submarino, iluminados por cuatro faros de emergencia, tres de los tripulantes se ocupaban en armar un dispositivo que usarían para disparar un cable al iceberg. Aquella pieza de artillería tenía un aspecto tan perverso que un observador no informado podría suponer que disparaba proyectiles nucleares. El mortero, casi tan alto como los hombres que lo ensamblaban y de unos ciento cincuenta kilos de peso, constaba tan sólo de tres componentes principales. La base cuadrada albergaba el motor que operaba las poleas para la boya de salvamento, y estaba sostenida por cuatro pequeños anillos de acero fijos a una depresión de la cubierta. El componente intermedio, en forma de bloque, se adaptaba a un eslabón giratorio en la base y contenía el mecanismo de disparo y una gran bobina con cable. La tercera pieza del mortero era un cañón de un metro de largo y doce centímetros de diámetro, que el equipo de tres hombres acababa de colocar en su sitio.

El más alto de los tres tripulantes se alejó del mortero, miró hacia el puente e hizo una seña para indicar al capitán que estaban listos.

Gorov dejó el resto del té y le devolvió la taza a Zhukov.

-Avisen a la sala de control.

Para que su arriesgado plan de usar la boya de salvamento tuviera posibilidades de éxito, el submarino debía mantener una velocidad idéntica a la del iceberg. Si la nave se desplazaba más rápido, o si el témpano de hielo se adelantaba aunque fuese una fracción de nudo, el cable podía tensarse, estirarse y romperse antes de que pudieran darle holgura.

Gorov dio un vistazo a su reloj. Las nueve y quince. Pensó que los minutos corrían con demasiada rapidez.

Uno de los hombres de la cubierta de proa destapó con cuidado la boca del mortero. Otro cargó un proyectil en la recámara del extremo inferior.

El proyectil, que arrastraría consigo el cable, parecía un cohete de fuegos de artificio: medía sesenta centímetros de largo y alrededor de doce de diámetro. Con el cable de

nailon y acero detrás, chocaría contra la pared del risco, explotaría al contacto e introduciría un clavo de diez centímetros en el hielo.

El clavo al que estaba fijo el cable podía introducirse entre veinte y treinta centímetros en cualquier pared de roca sólida. Prácticamente se fusionaba con el material natural de su alrededor y dejaba al descubierto unos ganchos en dirección inversa que impedían que saliera de la roca. Cuando se integraba en granito o piedra caliza, el clavo formaba un ancla confiable. Por desgracia, pensó Gorov, ahora no tenían delante granito ni caliza. Y no habían contado con eso. El ancla podía no penetrar adecuadamente en el hielo, o no integrarse con él como lo hacía con casi todos los tipos de roca.

Uno de los tripulantes sujetó la manivela, en uno de cuyos puños estaba el gatillo. Con ayuda de los otros dos hombres, apuntó para sujetar el alcance y observó la dirección del viento.

Zhukov disparó dos bengalas.

Gorov alzó los binoculares de visión nocturna. Enfocó la mirada en el círculo de luz de la pared del risco, diez metros arriba del nivel del agua.

Sobre el rugido del viento pudo oírse una potente detonación.

Antes de que el sonido del disparo terminara de apagarse, el proyectil explotó ruidosamente contra el iceberg, a quince metros de distancia.

-¡Exactamente en el blanco! -exclamó Zhukov.

Con retumbos como cañonazos, el risco se fracturó. En el punto donde chocó el proyectil se originaron múltiples grietas que corrieron en zigzag en todas direcciones. El hielo vibró, al principio se arrugó como una cortina gelatinosa y después se hizo añicos igual que lo haría un ventanal. Un formidable muro de hielo, de doscientos metros de largo, veinte o veinticinco de alto y uno o dos metros de espesor, se desprendió de un costado del iceberg, cayó con fuerza al mar y levantó surtidores de agua oscura a más de quince metros de alto. El cable se hundió en el agua junto con el hielo.

Una enorme ola de casi seis metros emergió en la zona de mar a babor del submarino, consecuencia del agua desplazada por el hielo, sin darles tiempo para actuar. Uno de los tres marinos de la cubierta pegó un potente grito cuando la pequeña marejada se estrelló contra la cubierta con suficiente fuerza para hacer que el *Pogodin* oscilara hacia estribor. Junto con el mortero, los tres hombres desaparecieron bajo la marea oscura. Si no hubieran estado sujetos con cabos de seguridad a la nave, habrían caído por la borda.

Mientras los tripulantes se incorporaban con grandes trabajos y se sacudían el agua, Nikita Gorov enfocó los binoculares otra vez para observar el iceberg.

-Sigue demasiado liso -masculló.

El gigantesco desprendimiento de hielo apenas había cambiado la topografía vertical del costado de sotavento del iceberg. Una muesca de doscientos metros de largo señalaba la zona desprendida, pero incluso ese nuevo accidente era demasiado liso, sin salientes, rebordes ni fisuras amplias que pudieran servirle a un escalador, ni cornisas o nichos donde pudiera detenerse una balsa de motor.

Gorov bajó los binoculares. Se volvió a los tres hombres de la cubierta principal y les hizo una seña para que desmantelaran el mortero y entraran en el submarino.

Descorazonado, Zhukov inquirió:

-¿Qué haremos ahora?

El capitán Gorov se limpió las gafas protectoras con el dorso del guante, cubierto de hielo. Examinó el risco a través de los binoculares. Al cabo, respondió:

-Dígale a Timoshenko que se comuniqué de inmediato con el grupo de Edgeway. Que averigüe dónde está ubicada su cueva. Si se encuentra cerca del costado de sotavento, deben alejarse de allí a toda prisa.

-¿Alejarse? -preguntó intrigado Zhukov.

-Veré si torpedeando la base del risco podemos crear una cornisa para desembarcar.

-USTEDES VAYAN PRIMERO -insistió Harry-. Debo informarle a Gunvald lo que está sucediendo. En cuanto haya hablado con él, me llevaré el radio.

-Sólo te quedan unos minutos -protestó Rita, preocupada, y le tendió la mano como si pudiera llevarlo consigo fuera de la cueva. Pero en ese momento le pareció reconocer que él tenía algún motivo más poderoso para llamar a Larsson, un motivo que prefería ocultar a los demás. Los ojos de ambos se encontraron y comprendieron-. Unos minutos. Recuérdalo. No empieces a charlar con él sobre las viejas novias.

-Nunca tuve ninguna -repuso Harry, sonriente.

-Sólo novias jóvenes, ¿verdad?

Claude intervino:

-Harry, me parece una tontería que...

-No te preocupes. Te prometo que estaré fuera de esta cueva antes de que empiece el tiroteo. Ahora, todos ustedes váyanse. En marcha.

La cueva no estaba cerca del costado de sotavento del iceberg, ni tampoco a la mitad de su longitud, donde el operador de radio ruso les informó que estaría el blanco del torpedo. Empero, por unanimidad, decidieron refugiarse en los trineos motorizados, ante el riesgo de que el impacto del torpedo liberara los cientos de bloques de hielo entrelazados que formaban el techo de la cueva.

En cuanto se quedó solo, Harry se arrodilló delante del radio y llamó a Larsson.

-Te escucho, Harry -la voz de Gunvald surgía en medio de la estática.

-¿Has oído las conversaciones que he sostenido con los rusos? -quiso saber Harry.

-Lo poco que he podido. Esta tormenta está generando una terrible interferencia.

-Al menos, tienes una idea general de cómo van las cosas aquí -prosiguió Harry-. No tengo tiempo de hablar al respecto. Te llamo para pedirte que hagas algo importante por mí, algo que tal vez encuentres moralmente repugnante.

En pocas palabras, Harry le contó a Larsson sobre el intento de asesinar a Brian y rápidamente le explicó lo que quería que hiciera. Aunque escandalizado, el sueco reconoció la necesidad de apresurarse y no perdió tiempo en averiguar más detalles.

-Lo que me pides no resulta muy agradable -coincidió-, pero dadas las circunstancias, me parece necesario. Lo haré.

-Bien. Pero date prisa.

Cuando Harry dejó el micrófono, Pete entró en la cueva.

-Oye, ¿acaso quieres suicidarte? Tal vez me equivoqué cuando afirmé que eras un héroe de nacimiento. Quizá sólo eres un masoquista de nacimiento. Larguémonos de aquí antes de que el techo se desplome.

Harry desconectó el micrófono y levantó el aparato de radio con las gruesas correas de cuero que se entrecruzaban en lo alto del receptáculo. Al salir de la caverna a la noche inclemente, descubrió que la nieve al fin había dado paso a una tormenta de hielo. Las

diminutas agujas semejaban espigas y caían como enormes nubes de polvo de diamante, en una trayectoria de paralela al suelo. Agujonearon las partes expuestas del rostro de Harry y de inmediato empezaron a recubrir su traje aislante con un blindaje transparente.

EL ALMACÉN DE LA ESTACIÓN de Edgeway consistía en un par de barracas adyacentes, donde los miembros guardaban herramientas, refacciones, todo el equipo que no estaba en uso y otras provisiones. A la entrada, Gunvald Larsson se quitó la gruesa chaqueta y la colgó en un perchero de madera cerca de uno de los calefactores eléctricos.

Rebuscó entre la oscuridad por arriba de la cabeza, encontró la cadena del interruptor y tiró de ella. Una desnuda bombilla de cien vatios se encendió e inundó de luz blanca y fría el lugar.

A lo largo de la pared del fondo había nueve casilleros metálicos, semejantes a nueve angostos ataúdes erguidos en fila. En la puerta gris de cada uno, por arriba de las estrechas ranuras de ventilación, estaba impreso el nombre de cada uno en letras blancas: H. Carpenter, R. Carpenter, Johnson, Jobert, etcétera.

Gunvald fue hasta el anaquel de las herramientas y tomó un pesado martillo y una barreta. Tenía que abrir por la fuerza los Casilleros, lo más rápidamente posible y sin titubeos. Si algún miembro de la expedición de Edgeway era un psicópata asesino y si existían pruebas para identificar a esa persona, los casilleros eran el lugar más lógico donde buscar.

A martillazos, Gunvald desprendió la cerradura de combinación de cinco de los casilleros, uno tras otro introdujo el gancho de la barreta en el orificio donde había estado la cerradura, tiró con todas sus fuerzas y arrancó la chapa del primer casillero. El metal chirrió y se torció pero la puerta se abrió de golpe. El sueco no se detuvo a revisar el interior, sino que procedió a abrir los otros cuatro: *¡bang! ¡bang! ¡bang! ¡bang!* Listo.

Tras una pausa para recuperar el aliento, tomó un cajón de madera, lo puso delante del primer casillero y se sentó en él.

De acuerdo. ¿Por dónde empezar?

Roger Breskin, Franz Fischer, George Lin, Claude Jobert, Pete Johnson. Eran los cinco sospechosos. Todos eran buenos hombres, hasta donde Gunvald se daba cuenta, aunque unos eran más amistosos y cordiales que otros. Eran más inteligentes y equilibrados que el hombre común de la calle; necesitaban serlo, a fin de tener una trayectoria fructífera como investigadores en el Ártico, donde lo arduo del trabajo y las extraordinarias presiones pronto eliminaban a quienes carecían de aplomo y de una estabilidad excepcional.

Decidió empezar por Roger Breskin, ya que su casillero era el primero de la fila. Todos los anaqueles estaban vacíos a excepción del superior, en el cual había una caja de cartón. Gunvald sacó la caja y se la puso entre los pies.

Como esperaba, el canadiense viajaba ligero de equipaje. La caja contenía tan sólo cuatro objetos: una fotografía tamaño carta a colores, montada en plástico, de la madre de Roger: una mujer de mentón firme, con una sonrisa cautivadora y cabello canoso rizado; un juego de cepillo y peine de plata, manchados; un rosario; y un álbum de recortes, con las notas de periódicos sobre la carrera de Breskin como levantador de pesas aficionado.

Gunvald dejó todo en el piso y movió el cajón de madera sesenta centímetros a la izquierda. Se sentó luego delante del casillero de Fischer.

EL SUBMARINO HABÍA vuelto a sumergirse y permanecía inmóvil a poca profundidad, con el periscopio a su máxima altura. Se mantenía a la espera, sobre el curso proyectado del iceberg.

En la plataforma de la torreta de mando, dentro de la sala de control, Nikita Gorov atisbaba por el periscopio. Aun cuando el periscopio sobresalía dos o tres metros por arriba del agua, las olas de la tormenta chocaban contra él y lo cubrían, obstruyendo la visibilidad de tiempo en tiempo.

El iceberg había empezado a cruzar despacio frente a la proa, trescientos metros al norte del lugar donde estaba situado. La silueta de la montaña blanca y fulgurante apenas se recortaba contra el mar negro y la noche oscura.

Emil Zhukov permanecía a un lado del capitán. Tenía puestos los audífonos y escuchaba en una línea abierta que lo comunicaba con el cabo de mar que estaba en la sala de torpedos, en la parte delantera de la nave.

-Torpedo número uno, listo -informó el cabo.

El *Ilya Pogodin* no era una embarcación de guerra sino ante todo una recolectora de información. No llevaba proyectiles nucleares. Sin embargo; el Ministerio de Marina ruso había dispuesto que en caso de una guerra no nuclear todo submarino estuviera preparado para darle batalla al enemigo. Por consiguiente, este submarino contaba con doce torpedos eléctricos, cada uno con un peso superior a una tonelada y media.

-Número uno, listo -dijo Zhukov otra vez, cuando el oficial de la sala de torpedos repitió el anuncio por los audífonos.

Después de un silencio prolongado y casi reverente, Nikita Gorov ordenó:

-Localicen el objetivo...¡Fuego!

-¡Disparen el uno! -dijo Zhukov.

Gorov, tenso y expectante, miró fijamente por el ocular del periscopio. Sus hombres habían programado el torpedo para que hiciera blanco en el risco cinco metros por abajo del nivel del agua. Con un poco de suerte, la configuración del hielo después de la explosión sería más favorable que la actual para que desembarcara un par de balsas.

El torpedo dio en el blanco. El negro océano se elevó y chocó contra la base del risco y, por un instante, el agua se inundó de una luz incandescente amarilla, como si mil serpientes marinas *con* ojos de fuego brotaran a la superficie.

Gorov sintió los ecos del impacto reverberar a través del casco exterior del submarino.

El pie del risco blanco empezó a desmoronarse. Un trozo de hielo del tamaño de una casa se desplomó al agua, seguido por una avalancha de hielo roto.

Zhukov se levantó los audífonos y preguntó:

-¿Cómo se ve por fuera, señor?

-No mejoró mucho -repuso Gorov, sin despegar los ojos del periscopio.

-¿No se formó una cornisa para desembarcar?

-Realmente no. Pero sigue cayendo hielo.

Zhukov hizo una pausa para poder escuchar al cabo de mar en el otro extremo de la línea.

-Compuerta de disparo cerrada.

-Enterado. Procedan a verificar.

Gorov no escuchaba con atención la serie de verificaciones de seguridad porque seguía concentrado en el iceberg. Algo raro ocurría. La montaña flotante había empezado a comportarse de modo extraño. ¿O era su imaginación? Fijó la vista para distinguir mejor al coloso en medio de las grandes olas. El blanco ya no parecía desplazarse hacia el este. En efecto, le pareció que la “proa” del monstruo giraba un poco hacia el sur. No. Era absurdo. Imposible. Cerró los ojos y se dijo que veía visiones. Pero, cuando los abrió una vez más, se convenció de que...

-¡El objetivo está cambiando de curso! -anunció el técnico del radar.

-Pero, ¡eso no puede ser! -exclamó Zhukev, sorprendido-. No tan rápido.

-En efecto, está cambiando de curso -coincidió Gorov.

-No fue debido al torpedo. Un solo torpedo no podría tener semejante efecto sobre un objeto tan grande.

-No. Hay algo más en juego -musitó Gorov, preocupado.

El capitán se apartó del periscopio. Enseguida, tiró de un micrófono que pendía del techo mediante un resorte de acero y ordenó tanto al personal de la sala de control que estaba a su alrededor, como al de la sala del sonar, que era el siguiente compartimiento hacia la proa de la nave:

-Quiero un análisis de las aguas por todos los sistemas, hasta una profundidad de doscientos metros.

Usando un sonar de frecuencias limitadas, sensores de análisis térmicos, avanzados dispositivos de audición y otros equipos de exploración marina, los técnicos del *Pogodin* eran capaces de llevar registros de movimientos de toda forma de vida marina, tanto de sangre caliente como fría, por abajo y a todos los lados de la embarcación, para identificar así el rumbo de una corriente que tuviera la suficiente fuerza para afectar a un objeto tan descomunal como el iceberg.

Dos minutos después de que Gorov ordenó el análisis, el intercomunicador crepitó.

-Detectamos una fuerte corriente que viaja en dirección al sur. Su origen se encuentra a una profundidad de cien metros.

Gorov volvió a apartar la mirada del periscopio y tiró una vez más del micrófono suspendido.

-¿A qué velocidad se desplaza?

-Aproximadamente a nueve nudos, señor.

-¡Imposible! -exclamó Gorov, palideciendo.

Soltó el micrófono, que regresó con brusquedad a su sitio, y con mayor premura volvió al periscopio. Estaban en la trayectoria de un implacable monstruo destructor. La colosal isla de hielo había flotado en forma lenta y pesada hacia la corriente recién aparecida, pero ahora tenía exactamente atrás toda la fuerza del agua en rápido movimiento.

-El objetivo se acerca -informó el operador del radar-. ¡Quinientos metros!

Antes de que Gorov pudiera responder, la nave se sacudió de pronto como si una mano gigantesca la hubiera movido, Zhukov perdió el equilibrio. Los papeles cayeron de la mesa de mapas.

-¿Qué rayos fue eso? -preguntó Zhukov, al tiempo que se ponía de pie.

-Una colisión.

-¿Contra qué?

El iceberg todavía estaba a quinientos metros de ellos.

-Tal vez un témpano de menor tamaño -repuso Gorov.

Ordenó un informe de daños de todas las partes de la nave. Comprendía que no habían chocado contra un objeto grande; de lo contrario, ya estarían hundiéndose. El casco del submarino no era templado debido a que requería de cierto grado de flexibilidad para descender y ascender rápidamente a través de zonas con temperaturas y presiones variables. En consecuencia, hasta una sola tonelada de hielo con la suficiente velocidad podía abollar el casco como si chocara contra un barco de cartón. Fuese lo que fuese, el objeto tenía un tamaño reducido; no obstante, debía haber causado cuando menos un daño menor.

El operador del sonar anunció la posición del iceberg:

-¡Cuatrocientos cincuenta metros y se acerca!

Gorov enfrentaba un dilema. Si no ordenaba que se sumergieran, la montaña de hielo chocaría contra ellos, pero si se sumergían antes de conocer los daños sufridos, podrían no estar en condiciones de volver a emerger. Sencillamente no tenían tiempo para cambiar de rumbo y huir hacia el este o el oeste. Como el iceberg se acercaba a ellos de lado, se extendía casi seiscientos metros hacia babor y estribor.

Levantó la barra horizontal del periscopio y empujó el dispositivo a su receptáculo hidráulico.

-¡Cuatrocientos veinte metros y sigue acercándose! -anunció el operador del sonar.

-Sumerjan la nave -ordenó Gorov-. ¡Inmersión!

Las bocinas de inmersión resonaron en toda la embarcación. Al mismo tiempo aulló la alarma de colisión.

-Es preciso sumergirnos bajo el hielo antes de que éste nos arrolle -indicó Gorov.

-¡Debe de alcanzar casi doscientos metros de profundidad! -exclamó Zhukov, pálido.

-Lo sé -reconoció Gorov, con el corazón palpitante-. No estoy seguro de lograrlo.

El informe de daños reveló que no se había combado ningún mamparo. La nave no estaba haciendo agua. El impacto había sido peor en los compartimentos delanteros que en los demás, y fue especialmente perturbador para los tripulantes de la sala de torpedos, dos cubiertas abajo de la sala de control. El submarino, al parecer, había sufrido cierto daño en el casco exterior inmediatamente por detrás y a estribor de la proa.

Si el recubrimiento superficial sólo había sufrido raspones o una abolladura mínima, la nave sobreviviría. Pero, si se hubiera combado aunque fuera un poco en cualquier punto, o, pero aún, si se hubieran torcido las juntas soldadas, tal vez no resistirían una inmersión a gran profundidad. Las zonas dañadas no soportarían de manera uniforme la presión del agua sobre el submarino; la nave podría reventar y hundirse en el fondo del mar.

La voz del joven oficial de inmersión se oyó fuerte y serena, pese a las circunstancias.

-Sesenta metros y en descenso.

El operador de radar anunció:

-El perfil del objetivo se angosta. Sigue acercándose por la amura con la corriente.

-Setenta y cinco metros -leyó el oficial de inmersión.

Tenían que bajar cuando menos hasta doscientos metros. Para estar seguro, Gorov hubiera preferido sumergirse hasta los doscientos veinte metros, pero la velocidad con

que se acercaba el objetivo reducía sus posibilidades de llegar siquiera a los doscientos a tiempo para esquivarlo.

El operador del sonar anunció:

-Trescientos ochenta metros y se acerca.

-Si no fuera ateo -declaró Zhukov-, empezaría a rezar.

Nadie rió. En ese momento, ninguno era ateo. Aunque todos se mostraban serenos y confiados, Gorov percibía el miedo en la sala de control, el penetrante olor de un sudor acre. El sitio estaba impregnado de miedo.

-Cien metros -señaló el oficial de inmersión.

Descendían bruscamente. Era la llamada sumersión rápida, que imponía grandes exigencias al casco. Al tiempo que cada hombre vigilaba su respectivo equipo, se permitía también dar vistazos al puesto de inmersión, que se había convertido de pronto en el centro de atención de la sala. La aguja del medidor de profundidad caía veloz.

Ciento veinte metros

Ciento treinta metros.

Todos los hombres de a bordo sabían que la nave estaba diseñada para maniobras repentinas y drásticas, pero el *Pogodin* no estaba en su mejor forma, y podría incluso tener una fisura grave como para ocasionar un desastre en cualquier momento.

-Ciento cuarenta metros -anunció el oficial de inmersión.

-Objetivo a trescientos metros.

-Profundidad, ciento cincuenta metros.

Con ambas manos, Gorov se aferró enérgicamente al tablero de control y resistió el tirón de la cubierta inclinada hasta que le dolieron los brazos.

-Objetivo a doscientos metros.

-¡Está ganando velocidad! ¡Parece como si rodara cuesta abajo! -exclamó Zhukov.

-Profundidad, ciento sesenta.

Su descenso se aceleraba, pero no lo suficiente para tranquilizar a Gorov. Necesitaban sumergirse cuando menos otros cuarenta metros para quedar a salvo bajo el iceberg.

-Profundidad, ciento sesenta y cinco metros.

-Objetivo a ciento sesenta metros. ¡Y continúa acercándose! -advirtió el operador del sonar.

-Ciento setenta metros -señaló el oficial de inmersión, aunque debía saber que, al igual que él, todos observaban, el indicador de profundidad.

-Objetivo a ciento veinte metros y se acerca.

La voz del oficial de inmersión era casi un susurro, pero se escuchaba con claridad en toda la sala de control:

-Ciento ochenta metros y en descenso.

El rostro de Emil Zhukov estaba tan sombrío como una máscara mortuoria.

Gorov, aferrado todavía al tablero de control, declaró:

-De todos modos, tendremos que arriesgarnos a bajar unos veinticinco o treinta metros más. Debemos quedar bien por debajo del hielo.

Zhukov asintió.

-Profundidad, ciento noventa metros.

A pesar de que el operador del sonar se esforzaba por controlar la voz, un pequeño asomo de angustia se deslizó en su siguiente informe:

-Objetivo a sesenta metros y se acerca. Viene hacia la proa. ¡Va a chocar contra nosotros!

-¡Claro que no! -lo contradijo Gorov-. Lo lograremos.

-Profundidad, doscientos metros.

-Objetivo a veinte metros.

-Doscientos diez.

-El objetivo se perdió -declaró el operador del sonar; su voz subió media octava en la última palabra.

Quedaron paralizados, esperando el pavoroso impacto que haría pedazos el casco.

“He sido un tonto al arriesgar mi propia vida y la de otros setenta y nueve hombres para salvar a la décima parte,” se reprochó Gorov en silencio.

El técnico que vigilaba el sondímetro de superficie gritó:

-¡Hielo sobre nosotros!

Estaban debajo del iceberg.

-¿Cuánto espacio libre hay? -preguntó Gorov.

-Quince metros.

Ninguno vitoreó. Seguían demasiado tensos para regocijarse, pero se permitieron un discreto suspiro colectivo de alivio.

-Estamos debajo del iceberg -alcanzó a decir Zhukov, sorprendido-. Nos salvamos.

-Que se establezca la profundidad en doscientos veinte metros -ordenó Gorov. Se tiró de la pulcra barba y la encontró húmeda de sudor-. No, no sería totalmente seguro. Todavía no. Ningún iceberg tiene el fondo plano. Habrá algunas prominencias aisladas de más de ciento ochenta metros, y tal vez encontremos alguna que llegue hasta nuestra profundidad actual. No estaremos seguros sino hasta que hayamos salido de debajo.

GUNVALD NO ENCONTRÓ NADA incriminatorio en los casilleros. Cinco sospechosos y ningún hallazgo macabro. No había pistas.

Se levantó del cajón de madera y caminó hasta el otro extremo de la habitación. A esa distancia de los casilleros violados, aunque la distancia en sí no lo hacía menos culpable, le pareció que podía llenar y encender su pipa. Necesitaba que la pipa lo tranquilizara y le ayudara a pensar. Pronto el aire se llenó del fragante aroma de tabaco.

Cerró los ojos, se apoyó en la pared y pensó en los objetos que había sacado de los casilleros. Si alguno de esos hombres estaba desequilibrado y era un asesino en potencia, también era muy listo. Había ocultado su locura con tal habilidad que no podía encontrarse indicio alguno ni siquiera en sus pertenencias más personales.

Frustrado, Gunvald vació la pipa en un bote de basura lleno de arena, la guardó en el bolsillo del chaleco y volvió a los casilleros. En el piso estaban esparcidos los invaluable desechos de cinco vidas. Conforme recogía los artículos y los devolvía a su sitio, la sensación de culpa dio paso a la vergüenza por el allanamiento que había cometido.

Y entonces vio el sobre. En la división inferior del casillero, pegado contra la pared del fondo, había un sobre tamaño carta de unos dos centímetros de grueso. En su precipitación, Gunvald lo había pasado por alto, ya que estaba en lo más bajo del casillero, a la altura de los pies, escondido hasta atrás del espacio de treinta centímetros bajo el anaquel inferior.

El sobre estaba pegado con cinta adhesiva a la pared metálica. Gunvald lo arrancó y lo abrió. Contenía sólo una libreta de espiral con lo que parecían recortes de periódicos y revistas, ocultos entre las hojas. El sueco empezó a hojear la libreta. Su contenido le causó una profunda impresión, lo horrorizó como jamás imaginó que algo pudiera hacerlo. Página tras página rebosaba de un material repugnante. Reconoció al momento que el hombre que había recopilado aquello, si no era un maniático desquiciado, al menos estaba gravemente trastornado.

Cerró la libreta y a toda prisa se puso la chaqueta y las botas exteriores. Corrió de vuelta a la barraca de telecomunicaciones dando traspiés entre la nieve, con la cabeza baja para protegerse la cara del viento salvaje, ansioso por informar a Harry lo que había descubierto.

-HIELO ENCIMA, a treinta metros.

Gorov dejó el tablero de control y se puso de pie detrás del técnico que leía el sondímetro de superficie.

-Hielo encima, a treinta y cinco metros.

-¿Cómo puede aumentar el espacio libre? -Gorov frunció el entrecejo, renuente a creer en las pruebas que brindaba la misma tecnología en la que siempre había confiado-. Ahora, el iceberg nos está dando el perfil más angosto, de modo que no podemos haber pasado siquiera por debajo de la mitad de su longitud. todavía hay una montaña voluminosa y larga sobre nosotros.

El técnico también parecía desconcertado.

-No lo entiendo, señor, pero ahora subió a cuarenta metros y la distancia sigue aumentando.

-¿Hay cuarenta metros de agua libre entre nosotros y el fondo del iceberg?

-Sí, señor.

El sondímetro de superficie emitía ondas sonoras de alta frecuencia hacia arriba, en un rango bien controlado, captaba los ecos que rebotaban de la cara inferior del hielo, -si había hielo por encima-, y determinaba la distancia entre el punto más alto de la torreta y el techo helado del mar.

-Cuarenta y cinco metros, señor.

El estilete inscriptor del sondímetro de superficie oscilaba sobre el papel para gráficas de un tambor giratorio. La banda negra que trazaba se hacía cada vez más ancha.

-Hielo encima, a cincuenta metros.

La distancia al hielo seguía aumentando. Eso no tenía sentido.

El intercomunicador del tablero de control crepitó. El oficial de torpedos transmitía una información que Gorov había esperado no oír a ninguna profundidad, y mucho menos a doscientos veinte metros.

-Capitán, el mamparo de proa está rezumando.

Todos los hombres de la sala de control se pusieron tensos. Su atención había estado centrada en las lecturas del sonar, porque al parecer el mayor riesgo era chocar contra una estalactita larga de hielo que proviniera del fondo del iceberg. La advertencia del oficial de torpedos era un preocupante recordatorio de que seguramente habían sufrido una colisión antes de iniciar la inmersión rápida, y que se encontraban a más de doscientos metros de profundidad, donde cada centímetro cuadrado del casco soportaba una presión descomunal. Millones y millones de toneladas de agua de mar los separaban del mundo de cielo, Sol y aire libre que era su verdadero hogar.

Gorov tiró del micrófono que tenía arriba de la cabeza.

-Capitán llamando a sala de torpedos -anunció-. Hay un aislante seco detrás de ese mamparo.

El altavoz se había convertido en el centro de atención.

-Sí, señor, pero también está rezumando. El aislante ya debe estar empapado.

Era obvio que habían sufrido un daño considerable cuando chocaron contra el témpano.

-¿Hay mucha agua?

-Apenas se insinúa, señor. En la junta entre los tubos lanzatorpedos cuatro y cinco.

-¿Combamiento?

-No, señor.

-Manténgase alerta -ordenó Gorov.

-No le quitaré los ojos de encima, señor.

El operador que observaba el sondímetro de superficie dijo:

-Hielo encima, a setenta y cinco metros.

Otra vez, el misterio del hielo que se alejaba. No iban en descenso, y Gorov sabía perfectamente que el iceberg que tenían sobre la cabeza no levitaría fuera del mar. ¿Por qué, entonces, aumentaba poco a poco la distancia entre ellos?

-¿Ascendemos, señor? -sugirió Zhukov-. Podríamos acercarnos un poco al hielo. Si subimos aunque sea a ciento ochenta metros, el mamparo de la sala de torpedos podría dejar de rezumar. La presión sería mucho menor.

-No podemos ascender -declaró Nikolai Gorov, tajante-. Aún tenemos todo ese hielo por arriba de la cabeza. No sé qué ocurre aquí, cómo el hielo puede alejarse así, pero debemos ser cautelosos hasta que comprenda la situación.

-Hielo encima, a ochenta y cinco metros.

Gorov miró otra vez la gráfica del sondímetro. Bruscamente, el estilete dejó de oscilar y trazó una línea recta, negra y delgada, en el centro del tambor.

-¡No es posible! ¡El agua está despejada! -exclamó el técnico, sorprendido-. Ya no tenemos hielo encima.

-¿Salimos de debajo del iceberg? -inquirió Zhukov.

-Imposible -respondió el capitán-. El iceberg mide cuando menos mil doscientos metros de largo. No ha pasado más de la mitad por encima. No podemos.

-¡Hielo encima otra vez! -anunció a voces el operador del sondímetro-. A cien metros. El espacio libre es de cien metros y sigue en descenso.

Grov observó con cuidado el estilete. La franja de agua entre la torreta del *Pogodin* y el fondo del iceberg se contrajo rápidamente, hasta estabilizarse en quince metros durante unos segundos, y luego el estilete empezó a oscilar violentamente en crestas y valles impredecibles. Después indicó otra vez quince metros de espacio libre y por último fluctuó con menos amplitud.

-¿Pudo haber fallado el sondímetro hace un rato? -preguntó Nikita Gorov.

El técnico negó con la cabeza.

-No lo creo, señor. Parece que funciona bien.

-Entonces, ¿entendí bien lo que acaba de ocurrir? ¿Pasamos por debajo de un agujero en el iceberg?

Sin dejar de observar el tambor de la gráfica, el técnico repuso preocupado:

-Eso parece. A juzgar por todos los indicios, es cerca de la mitad.

-Un agujero en forma de embudo.

-Sí, señor. Empezó a registrarse como un plato invertido, pero cuando pasamos por abajo, los dos tercios superiores de la cavidad se hicieron notablemente más estrechos.

Con creciente excitación, Gorov añadió:

-¿Y llega hasta la superficie del iceberg?

-No lo sé, señor, pero puedo decirle que por lo menos llega hasta el nivel del agua.

Por supuesto, el sondímetro de superficie podía hacer registros más allá de la superficie del mar.

-Un agujero -musitó Gorov, pensativo. Una idea tomaba forma en su mente, el esbozo de un plan temerario para rescatar a los científicos de Edgeway. Si el agujero fuera...

-El agua está despejada -anunció el técnico-. Ya no tenemos hielo encima.

Zhukov oprimió unas cuantas teclas en la consola de control. Miró la pantalla de computadora que tenía a la derecha.

-En efecto. Esta vez, el iceberg realmente acabó.

Grov miró su reloj: las diez con dos minutos. Faltaban menos de dos horas para que las sesenta cargas explosivas hicieran volar al iceberg en pedazos. El plan que abrigaba el capitán podría parecerle a algunos una auténtica locura, pero tenía la ventaja de resultar factible en el poco tiempo que les quedaba.

Grov tiró del micrófono que pendía del resorte y dijo:

-Capitán llamando a sala de torpedos. ¿Cómo va todo?

Del altavoz surgió la respuesta:

-Continúa rezumando, señor. No ha mejorado, pero tampoco empeoró.

-Sigán observando -Grov dejó el micrófono y se volvió hacia la consola de control-. Motores a media velocidad. Timón izquierdo al máximo.

La cara larga de Emil Zhukov se alargó todavía más por la sorpresa que le provocó el anuncio.

-¿Quiere decir que no vamos a emerger?

-No por el momento -reconoció Gorov-. Vamos a pasar otra vez debajo del monstruo. Quiero echarle otro vistazo a ese agujero que tiene en el centro.

EL RADIO DE ONDA CORTA estaba a su máximo volumen para alcanzar a oír al oficial de comunicaciones a bordo del *Pogodin* por encima de los aullidos de la tormenta que rugía en la entrada de la cueva.

Los demás se habían unido a Harry y Pete dentro de la cueva de hielo para oír de primera mano las sorprendentes noticias.

Cuando el teniente Timoshenko describió el agujero y la concavidad en forma de embudo que había en el fondo de su prisión flotante, Harry explicó la posible causa. Un tsunami había arrancado el iceberg del casquete polar, el tsunami era consecuencia de un temblor de tierra en el lecho oceánico, que se había generado casi debajo de ellos. El fenómeno pudo deberse a la actividad volcánica, enormes cantidades de lava tal vez brotaron hacia el mar y ascendieron con tremenda fuerza. Un chorro de lava incandescente podría haber causado el agujero, y los millones de metros cúbicos de agua hirviente que resultaron habrían creado fácilmente las crestas y valles que marcaban el fondo del iceberg alrededor del orificio.

-Según opina el capitán Gorov, existen tres posibilidades. La primera es que el agujero del fondo del iceberg termine en una bóveda de hielo por arriba del nivel del agua; la segunda, que dé a una grieta poco profunda, y la tercera, que continúe por arriba del nivel del mar y se abra a la superficie del iceberg. ¿Le parece lógico, doctor Carpenter? -preguntó Timoshenko.

-Sí -repuso Harry, impresionado por el razonamiento del capitán-. Y yo sé cuál de las tres posibilidades es válida -le contó a Timoshenko de la grieta que se había abierto en la parte media del iceberg cuando las gigantescas ondas sísmicas habían pasado bajo el borde del casquete polar-. Casi caigo en la grito junto con mi trineo motorizado.

-Entonces, si el agujero o concavidad se abre al fondo de la grieta, supongo que podemos considerarlo un túnel o pozo más que una concavidad. En tal caso, ¿estarían ustedes dispuestos a llegar a él descendiendo por dentro de la grieta? -quiso saber Timoshenko.

Harry consideró absurda la pregunta. No tenía sentido bajar por la grieta por donde había desaparecido su trineo.

-No entiendo muy bien a dónde quiere llegar con todo esto -reconoció Harry.

-Así es como trataremos de rescatarlos del iceberg. Queremos que bajen por el túnel para recogerlos por debajo.

En la cueva, a espaldas de Carpenter, los otros siete respondieron a la sugerencia con ruidosa incredulidad. A señas, Harry les pidió silencio.

-¿Bajar por el túnel y llegar hasta el submarino? -le preguntó incrédulo al oficial ruso-. Pero, ¿cómo?

-Con equipo de buceo.

-Pero no tenemos equipo de buceo.

-Nosotros sí -Timoshenko explicó en seguida cómo les llegaría el equipo.

Harry quedó más impresionado que antes con el ingenio de los rusos pero seguía dubitativo.

-Nadie puede bucear hasta esa profundidad a menos que esté entrenado y cuente con equipo especial.

-Nosotros tenemos el equipo especial de buceo -insistió Timoshenko-; sin embargo, me temo que deberán prescindir del entrenamiento.

Durante los siguientes cinco minutos, el oficial esbozó con cierto detalle el plan del capitán Gorov. Era un plan brillante, ingenioso, temerario y bien concebido. Harold Carpenter deseó conocer a este capitán Nikita Gorov, para ver a qué clase de hombre podía ocurrírsele una idea tan inteligente.

-Tal vez funcione, pero es muy arriesgado. Y no hay ninguna garantía de que el túnel que ustedes detectaron en realidad se abra al fondo de la grieta en nuestro extremo. Podría ser que no lo encontráramos.

-Quizá -reconoció Timoshenko-, pero es la mejor opción. Más aún, es su única alternativa. Sólo falta una hora y media para que exploten las cargas. No podemos enviar balsas al iceberg, escalar y bajarlos como lo habíamos planteado. En noventa minutos es imposible.

Harry comprendió que era cierto.

-Teniente Timoshenko, necesito comentar esto con mis colegas. Déme un minuto, por favor -todavía acuclillado frente al aparato, se volvió hacia los otros-. ¿Y bien?

Rita tendría que controlar su fobia como nunca antes, porque debería bajar por dentro del hielo y quedar totalmente rodeada por él. No obstante, fue la primera que aprobó el plan.

-Por supuesto que lo haremos. No podemos quedarnos sentados a esperar la muerte.

Claude Jobert asintió.

-No tenemos mucho de dónde elegir.

-Hay una posibilidad entre diez mil de salir vivos -estimó Franz-, pero no es del todo imposible.

-El pesimismo teutón -señaló Rita, sonriente.

A su pesar, Fischer logró esbozar una sonrisa.

-Eso mismo dijiste cuando mencioné que nos azotaría una tormenta de nieve antes de que regresáramos a la estación de Edgeway -le recordó a Rita.

-Cuenten conmigo -declaró Brian.

-Y conmigo -agregó Roger Breskin.

Pete Johnson intervino también:

-Yo me incorporé a este grupo en busca de aventura. Ahora estoy seguro de que habrá muchas más emociones de las que siquiera imaginé.

Harry se volvió hacia George Lin.

-¿Y bien, George?

Con las gafas protectoras sobre la frente y la máscara contra nieve arrollada abajo, cada arruga de la cara de Lin revelaba su aflicción.

-¿George? ¿Estás en favor o en contra? -insistió Harry.

Al cabo, Lin asintió en silencio.

Harry volvió a tomar el micrófono.

-¿Teniente Timoshenko?

-Adelante, doctor Carpenter.

-Hemos decidido que el plan de su capitán suena lógico, porque no tenemos otra opción. Lo intentaremos... si es posible.

-Sí, doctor, sí es posible. Estamos convencidos.

-Debemos actuar con rapidez -advirtió Harry-. No hay manera de llegar a la grieta antes de las once. Eso nos dejará tan sólo una hora para todo lo demás.

-Si todos tenemos presente una imagen vívida de lo que ocurrirá a medianoche -sentenció Timoshenko-, seremos capaces de rescatarlos en el tiempo del que disponemos. Les deseo a todos buena suerte.

NI SIQUIERA EL MÁS avanzado equipo de telecomunicaciones era capaz de superar la interferencia que acompañaba a una tormenta en las latitudes polares en el punto álgido del invierno. Gunvald ya no pudo captar las potentes transmisiones originadas en la base de Thule. Probó todas las bandas de frecuencias, pero en todas imperaba la tormenta. Los audífonos sólo recibían estática, un concierto caótico de pitidos, crepitaciones y zumbidos agudos a los que no acompañaba ninguna voz humana.

Volvió a la frecuencia donde Harry esperaba su comunicación.

-Harry, ¿me oyes?

Estática.

Por enésima vez, repitió en voz alta los números de clave, gritando como si quisiera hacerse oír en medio de la tormenta.

No obtuvo respuesta. No era cuestión de que los oyera a través de la estática, o ellos a él: sencillamente no estaban captando la transmisión. Era en vano.

Miró la libreta de espiral que tenía abierta a su lado, sobre la mesa. Aunque ya había visto la misma página una docena de veces, se estremeció. No podía darse por vencido. Tenían que saber la clase de monstruo que se ocultaba entre ellos.

Volvió a llamar.

Estática.

10:56 P.M.

Cuando llegaron a las cercanías de la grieta, Harry detuvo su trineo motorizado y con cierta renuencia, bajó del vehículo.

Los demás trineos motorizados se detuvieron a sus espaldas. El último vehículo estaba apenas a treinta metros, sin embargo, Harry no alcanzaba a distinguir más que unas vagas aureolas amarillas donde debían de estar los faros.

Caminó de prisa, explorando el hielo con la linterna hasta cerciorarse de que los siguientes treinta metros eran seguros. El aire calaba hasta los huesos; era tan helado que, al respirarlo, incluso a través de la máscara, le dolía la garganta y los pulmones parecían a punto de estallar. Regresó a la relativa calidez del trineo motorizado y, cauteloso, avanzó los treinta metros que había explorado, antes de bajar para un nuevo reconocimiento.

Había vuelto a toparse con la grieta, aunque en esta ocasión no estuvo a punto de caer. La grieta tenía tres o cuatro metros de ancho. Se volvía más angosta hacia el fondo, y estaba inundada de una negrura que la linterna de Harry no alcanzaba a

desgarrar. Hasta donde pudo ver a través de las empañadas gafas, la pared por la que tendría que descender era una superficie plana y sin accidentes. Menos de treinta metros abajo había una saliente ancha, hasta la cual supuso que llegaría sin matarse.

Harry dio media vuelta a su trineo y, con sumo cuidado, lo acercó en reversa hacia el borde de la sima, una decisión que podría considerarse suicida. No obstante, si tomaba en cuenta que les quedaban escasos sesenta minutos, parecía indispensable cierto grado de temeridad.

Cuando los demás estacionaron sus trineos motorizados, bajaron de ellos y lo alcanzaron a la orilla de la grieta, Harry ya había fijado dos cuerdas de nailon de noventa hilos cada una, con capacidad para soportar quinientos kilogramos al gancho para remolque de su vehículo. La primera cuerda era un cabo de seguridad de veinticinco metros que lo sujetaría antes de chocar contra el fondo de la grieta en caso de una caída, así que procedió a anudarlo alrededor de la cintura. La segunda cuerda, la que usaría para intentar un descenso medido, tenía treinta metros de largo. Arrojó el extremo libre hacia la hendidura.

Pete Johnson llegó junto a Harry y le entregó su linterna.

Carpenter ya se había enganchado en el cinturón para herramientas su propia linterna, que le colgaba junto a la cadera derecha. En ese momento se colocó la linterna de Pete del lado izquierdo. Un doble haz de luz amarilla le iluminó las piernas.

Ni él ni Pete intentaban hablar. El viento aullaba como una bestia salida del fondo de los infiernos el día del juicio final. No se habrían podido oír ni aunque gritaran a todo pulmón.

Harry se tendió boca abajo en el hielo y sujetó la cuerda con ambas manos. Pete le dio una palmada tranquilizadora en el hombro. Luego, con mucha lentitud, lo empujó hacia atrás, sobre el borde, al interior de la grieta.

El jefe de la expedición pensó que tenía bien sujeta la cuerda y estaba seguro de poder controlar su descenso, pero se equivocó. La cuerda se le deslizó entre las manos como si estuviera engrasada, y cayó sin freno al vacío. Una pared de hielo le pasó vertiginosa ante los ojos, a escasos centímetros de la cara, reflejando destellos de los dos rayos de linterna que lo antecedían. Se aferró a la cuerda con todas sus fuerzas y también trató de detenerla entre las rodillas, pero iba prácticamente en caída libre.

La cuerda alcanzó a quemarle las palmas a través de los guantes. Harry Carpenter logró detenerse de pronto, a unos veinte metros de profundidad. El corazón le latía con fuerza y tenía todos los músculos del cuerpo más tensos que el cabo de seguridad atado a su cintura. Jadeante, quedó oscilando colgado de la cuerda y se golpeó, primero violentamente y después con suavidad, contra la pared de la hendidura.

Después de soltar otros cinco o seis metros de cuerda, llegó al fondo de la grieta. Se desenganchó una de las linternas que llevaba en el cinturón y empezó a buscar la entrada al túnel que el teniente Timoshenko había descrito.

En ese momento no alcanzaba a ver el piso completo de la grieta. La sección de la pared que se derrumbó bajo su trineo motorizado aquel mismo día había caído hasta el fondo. Ahora formaba una especie de muro de tres metros de alto que dividía el fondo en dos áreas casi de igual tamaño. Los restos chamuscados del vehículo estaban a horcajadas encima del muro.

El área a la que había bajado Harry era un callejón sin salida. No tenía pasadizos laterales, no había otras hendiduras de tamaño suficiente para permitirle bajar más, ni se veía indicio alguno de un túnel ni del agua.

Resbalando y dando trapiés, trepó encima del montículo y pasó por sobre la chatarra quemada del trineo para entrar en la otra área de la grieta.

Allí encontró una vía para dirigirse hacia zonas más profundas y misteriosas del hielo. La pared de la derecha no Ofrecía cuevas ni fisuras, pero la del lado izquierdo no llegaba hasta el piso. Terminaba a poco más de un metro de altura.

Harry se tendió en el suelo e iluminó con su linterna la abertura; descubrió que daba a un pasadizo de unos doce metros de ancho pero de no más de un metro de alto. Parecía correr en línea recta y horizontal unos seis o siete metros por debajo de la pared de la hendidura, antes de formar una curva hacia abajo y desaparecer de la vista.

Harry vio su reloj: las once con dos minutos. Faltaban cincuenta y ocho minutos para la explosión.

Con la linterna por delante, reptó por el pasadizo. No sufría de claustrofobia, pero sentía un temor reverente al hecho de estar confinado en un lugar sumamente estrecho, treinta metros bajo la superficie del hielo ártico, rodeado por cincuenta y ocho cargas de explosivos.

No obstante, se impulsó hacia adelante sobre codos y rodillas. Después de avanzar unos ocho o diez metros, descubrió que el pasadizo llevaba hasta el fondo de lo que parecía un gran espacio abierto, un hueco en el corazón del hielo. Iluminó con la linterna a derecha e izquierda, pero su posición no le daba una idea clara del verdadero tamaño de la caverna. prosiguió hasta salir del pasadizo, se puso de pie y desenganchó de su cinturón la segunda linterna.

Estaba en una cámara circular de unos treinta metros de diámetro, de la que partían docenas de fisuras, fondos de saco y pasadizos. Al parecer el techo, una bóveda casi perfecta, se había formado por un enorme surtidor de agua caliente y vapor. El piso descendía hacia el centro de la sala en siete escalones progresivos, de menos de un metro cada uno, de modo que daba la impresión general de ser un anfiteatro. En el punto más profundo de la caverna, que hubiera correspondido al escenario se agitaba un pequeño estanque de agua de mar de unos doce metros de diámetro: el túnel.

Muchos metros más abajo, ese amplio túnel se abría al embudo del fondo del iceberg, al mundo oscuro y helado del océano Artico, donde el *Ilya Pogodin* los esperaría.

Harry se sintió animado por una súbita esperanza.

La naturaleza se había ensañado con ellos durante las últimas doce horas. Tal vez estaba dispuesta a mostrarles ahora un poco de misericordia.

Harry se enganchó una de las linternas al cinturón. con la otra sostenida por delante de él, volvió a arrastrarse por el estrecho pasadizo de entrada, entre el anfiteatro de hielo y el fondo de la grieta, impaciente por indicar a los demás que bajaran para iniciar su tortuoso escape de aquella prisión de hielo.

11:06 P.M.

Ante el tablero de control, Nikita Gorov observaba las pantallas de las cinco terminales con datos sobre las posiciones, la distancia relativa y la velocidad del submarino y del iceberg.

-Agua despejada -anunció el técnico que operaba el sondímetro de superficie-. Ya no tenemos hielo encima.

Gorov había colocado al *Ilya Pogodin* bajo la concavidad del fondo del iceberg, que medía casi cuatrocientos metros de diámetro. La torreta del submarino se ubicaba exactamente bajo el túnel en el centro de la concavidad, donde permanecería durante el resto de la operación.

-Velocidad igual a la del objetivo -informó Zhukov, repitiendo el informe que había recibido de la sala de maniobras a través de sus audífonos.

El capitán Gorov titubeó, renuente a entrar en acción antes de tener la absoluta certeza de que estaban en la posición correcta. Estudió las cinco pantallas durante medio minuto más. cuando quedó convencido de que la velocidad de su nave estaba sincronizada con el movimiento del iceberg hasta donde resultaba humanamente posible, tomó el micrófono y ordenó:

-Capitán a centro de comunicaciones. Despliegue la antena a criterio, teniente.

Del altavoz surgió la voz de Timoshenko:

-Antena desplegado.

En el exterior de la nave había ocho cajas hermética de aluminio alojadas entre los dispositivos y periscopios de la torreta del *Pogodin*. Las sostenían múltiples cuerdas de nailon, algunas de las cuales seguramente se rompieron, como era de esperarse, durante el segundo descenso del submarino por abajo de los doscientos metros.

Cuando Timoshenko desplegó la antena, un globo de helio salió despedido en medio de un remolino de burbujas desde una cámara presurizada que se hallaba en lo alto de la torreta. Si todo iba bien, como esperaban, el globo ascendería con rapidez por el oscuro mar, llevando el cable de comunicaciones múltiples. En su carácter de embarcación de inteligencia, el *Ilya Pogodin* había desplegado esa antena de igual manera en miles de ocasiones a lo largo de los años.

Sin embargo, las ocho cajas herméticas sujetas sobre la torreta no eran un aditamento común. Estaban fijas al cable de comunicaciones mediante una cadena de eslabones pequeños, hecha de una aleación de titanio con cerraduras automáticas. Cuando el globo de helio estuviera seis metros por arriba de la torreta, pondría tensa la cadena y tiraría de las cajas con suficiente fuerza para desatar los nudos de las restantes cuerdas de nailon. Como las cajas de aluminio tendían a flotar, ascenderían al momento desde la torreta hacia la entrada del largo túnel y seguirían elevándose grácilmente hasta la superficie del agua.

Inclinado sobre la gráfica del sondímetro de superficie, el operador señaló:

-Estoy registrando una obstrucción fragmentada en el túnel.

-¿Las cajas? -preguntó ansioso Gorov.

-Sí, señor.

-Funcionó -musitó Zhukov.

-Así parece -coincidió el capitán.

-Ahora, si los científicos ubicaron el otro extremo del túnel...

-...podemos proceder a la parte más complicada -completó Gorov la frase.

11:10 P.M.

El globo de helio rompió la superficie del agua en el extremo superior del túnel y quedó flotando libremente. Una tras otra, conforme Timoshenko soltaba más cable en el fondo, aparecieron también las ocho cajas de aluminio. Chocaron entre sí con un ruido sordo y casi inaudible.

Harry ya no estaba solo en la caverna abovedada. Rita, Brian, Franz, Claude y Roger se le habían unido. George y Pete Johnson venían atrás.

Tomando el gancho que habían improvisado con alambre y algunos trozos de tubo de cobre, Harry dijo:

-Vamos. Saquemos las cosas del agua.

Con ayuda de Franz y Roger, logró sujetar la cadena y sacar las cajas del estanque. Los tres se mojaron hasta las rodillas en ese proceso y en cuestión de segundos tenían los trajes protectores congelados alrededor de las pantorrillas. Helados y tiritando, abrieron de prisa las cajas de aluminio y sacaron el equipo que les habían enviado desde el *Ilya Pogodin*.

Cada caja guardaba un dispositivo de respiración para buceo. Pero no era el equipo común. Estaba diseñado para usarse en aguas muy profundas y extremadamente frías. Cada traje contaba, asimismo con una batería que se sujetaba a un cinturón. Cuando ésta se conectaba mediante cables especiales tanto a los pantalones como a la camisa del traje de buzo, ajustados a la piel, el revestimiento calentaba al usuario de modo parecido a un cobertor eléctrico.

Venía también un tanque de aire comprimido por cada uno. El tanque contenía una mezcla de oxígeno y helio con varios aditivos especiales que permitían a quien lo usaba sumergirse hasta grandes profundidades. El visor, semejante a una máscara, cubría la cara desde la barbilla hasta la frente, lo que hacía innecesaria una boquilla aparte. El aire entraba directamente en el visor y el buzo podía respirar por la nariz.

George había entrado en la caverna mientras los demás desempacaban las cajas. Estudió el equipo con franca suspicacia.

-Harry, debe haber algún otro modo. Tiene que...

-No -lo interrumpió Harry-. Es el único modo. Esto o nada. No tenemos tiempo para discutir, George. Sólo cállate y ponte el equipo.

Lin guardó silencio con aire sombrío.

Harry Carpenter observó a los otros, que se afanaban en desempacar cada uno su propia caja. Ninguno tenía el aire de un asesino, pero uno de ellos había golpeado a Brian y podía causarles problemas cuando estuvieran dentro del agua, bajando por el largo túnel de hielo.

Pete Johnson apareció en la retaguardia. Se arrastró con esfuerzo para lograr salir del pasadizo que llevaba de la hendidura a la caverna, maldiciendo al hielo que lo rodeaba. Su corpulencia le había dificultado el paso por las zonas más estrechas.

-Vístanse -ordenó Harry-. No hay tiempo que perder.

Cambiaron la ropa contra el frío por los trajes de buzos, con una prisa nacida tanto de la incomodidad como de la desesperación. Harry, Franz y Roger ya estaban pagando el precio de haberse sumergido hasta las rodillas en el agua helada: la carne, desde los dedos de los pies hasta las pantorrillas, les dolía, parecía arder en llamas. Los demás se ahorraron ese sufrimiento adicional, pero maldijeron y se quejaron amargamente durante su momentánea desnudez. En la caverna no corría ni un soplo de viento, pero la temperatura era tal vez de quince o veinte grados centígrados bajo cero.

El pudor resultaba casi tan mortífero como la pereza. Cuando Harry alzó la vista después de enfundarse en los pantalones de buceo térmicos, vio que Rita se ponía trabajosamente la chaqueta del traje de buzo. Tenía la carne de gallina, a la vez pálida y amoratada. Al momento de subir el cierre, su mirada se cruzó con la de Harry y ella le hizo un guiño.

Ese guiño lo llenó de admiración. Podía imaginar el intenso pánico que abrumaba a Rita. Ya no estaba sobre el hielo. Estaba dentro del hielo, como sepultada. Debía de estar aterrada.

Pete no lograba caber en el traje.

-¡Rayos! ¿Todos estos rusos son pigmeos? -farfulló.

Los demás rieron. La pregunta en realidad no era tan graciosa. Su risa fue sólo muestra de la tensión que los sobrecogía. Harry reconoció que todos tenían el pánico a flor de piel.

11:15 P.M.

El altavoz trajo la mala noticia que todos en la sala de control habían esperado.

-El mamparo está rezumando otra vez, capitán.

Gorov se apartó de las pantallas y bajó el micrófono.

-Capitán a sala de torpedos. ¿Sigue siendo una capa escasa?

-Sí, señor. Más o menos igual.

-Siga vigilando.

-Ahora que ya conocemos la forma del hielo, podríamos ascender a ciento ochenta metros, en la boca del embudo -sugirió Emil Zhukov.

Gorov negó con la cabeza y explicó:

-Por el momento, tenemos una sola preocupación: la filtración en el mamparo de la sala de torpedos. Pero si ascendemos a ciento ochenta metros, el problema tal vez no se resuelva y además tendríamos que preocuparnos de que el iceberg no cambie de rumbo repentinamente.

El capitán sabía que, si el iceberg empezaba a moverse más rápido o más despacio, podían no darse cuenta sino hasta que fuera demasiado tarde. Chocarían con el fondo del iceberg por la proa o por la popa.

-Mantengan el curso y la velocidad -ordenó.

LA LIBRETA IRRADIABA una fuerza maligna que subyugaba a Gunvald. Su contenido era impresionante, repugnante y nauseabundo, pero no pudo resistir la tentación de leer otra página y luego otra más.

En cierto modo, la libreta era una bitácora de la locura, la crónica de una mente que viajaba desde la frontera de la razón plena hasta el país de la demencia. Los recortes de diarios y revistas estaban acomodados por fechas de publicación. En el margen, junto a cada recorte, había comentarios anotados.

Las primeras notas parecían tomadas de diversas revistas políticas no profesionales de circulación limitada, publicadas en Estados Unidos por grupos tanto de extrema izquierda como de extrema derecha. Eran historias con exageraciones descabelladas de los hechos más inverosímiles: se decía que el presidente era un comunista de línea dura; empero,, en otro recorte era un fascista de los más radicales. El Papa era a la vez un despreciable fanático derechista y un maniático de izquierda empeñado en financiar la destrucción de la democracia y en confiscar toda la riqueza del mundo para beneficio de los jesuitas. En otro recorte se afirmaba que las niñas en China, desde su nacimiento, eran criadas en “granjas de prostitución” gubernamentales para luego ser entregadas a los diez años de edad a políticos de Occidente a cambio de secretos de seguridad nacional.

Con el recorte de la página veinticuatro, la libreta se volvía más torva y perturbadora. Contenía una fotografía del difunto presidente Dougherty. En la parte superior destacaba el siguiente encabezado: asesinato de Dougherty, hoy hace diez años. A partir de ese punto, el dueño de la libreta dedicaba cada vez más espacio a la familia Dougherty. Hacia la página cien, que representaba un tercio del material, los Dougherty se habían convertido en su única obsesión. Todos los recortes de las doscientas páginas restantes se referían a ellos: la noticia de un discurso de campaña emitido por el padre de Brian dos años antes, un recorte sobre la fiesta de cumpleaños sorpresa ofrecida a la viuda del presidente, un cable de United Press International relativo a las andanzas de Brian en una plaza de toros de Madrid...

En la página doscientos diez aparecía un retrato de familia tomado en la boda de la hermana de Brian y reproducido en la revista *People*. Al pie se leían dos palabras garabateadas en rojo: El enemigo.

Las siguientes páginas erizaban el cabello.

Gunvald trató una vez más de ponerse en contacto con Harry. No obtuvo respuesta. No lograba comunicarse con nadie. La tormenta era su única compañía.

¿Qué rayos estaba sucediendo en el iceberg?

BRIAN DOUGHERTY Y Roger Breskin eran los únicos miembros del grupo con amplia experiencia en el buceo. Como Brian no era un miembro oficial de la expedición sino sólo un observador, Harry consideró que el muchacho no debía ocupar la primera posición en el descenso por el túnel. Por consiguiente, sería Roger quien los condujera. Harry iría después de Roger. Los seguirían Brian, Rita, George, Claude, Franz y al final estaría Pete. Harry tuvo que discurrir mucho para decidir ese orden. Brian estaría entre él mismo y Rita, las únicas dos personas en quienes era posible confiar plenamente. George Lin venía detrás de Rita y podría representar una amenaza paya ella y para Brian. Debido a su edad y a su temperamento afable, Claude Jobert parecía el menos sospechoso de todos, junto con Pete, de modo que iría detrás de Lin, donde podría verlo y tratar de evitar alguna treta sucia. Si Franz era el culpable, sus posibilidades para atacar a Brian se verían muy limitadas por el hecho de que Pete lo estaría vigilando desde la retaguardia. Y, en el remoto caso de que Pete Johnson fuera el asesino en potencia, no le sería fácil pasar junto a Franz, Claude, George y Rita para llegar a Brian.

Cada uno de los trajes de buzo térmicos incluía un reloj impermeable, con una gran carátula digital luminosa. Harry miró el suyo cuando terminó de equiparse. Eran las once dieciocho minutos. Faltaban cuarenta y dos minutos para la detonación.

-¿Listos? -preguntó.

Todos estaban ya ataviados y con los visores puestos, incluso George Lin.

-Buena suerte, amigos míos -les deseó Harry. Se puso el visor a su vez, alargó la mano sobre el hombro izquierdo para abrir la válvula de aire de su tanque y respiró hondo varias veces para cerciorarse de que el equipo funcionaba correctamente. Se volvió hacia Roger Breskin y con los pulgares hacia arriba le hizo seña de avanzar.

Roger tomó una de las tres lámparas de halógeno que habían encontrado en las cajas de aluminio, titubeó un breve instante pero luego saltó con los pies por delante a la boca del túnel.

Harry lo siguió. El agua estaba turbia. Millones de partículas, nubes de minúsculas diatomeas en cantidad suficiente para alimentar a una escuela de ballenas, flotaban junto con cristales de hielo en el rayo amarillento y difuso de la lámpara impermeable. Detrás del resplandor de halógeno, Roger era una silueta vaga, perfectamente negra y misteriosa con su traje de buceo.

Como se le había indicado, Brian saltó al agua sin demora, para evitar un posible atentado contra su vida después de que Harry y Roger salieron de la caverna.

Roger ya bajaba sujeto al Cable de comunicaciones que los conduciría hasta el *Ilya Pogodin*.

Harry lo siguió rumbo a lo desconocido.

11:22 P.M.

En la sala de control, el técnico sentado ante el sondímetro de superficie avisó:

-Estoy captando un bloqueo parcial del túnel otra vez.

-¿Buzos?

El técnico estudió la gráfica un momento.

-Sí, es muy probable. Tengo movimiento hacia abajo en todas las señales.

La buena nueva afectó a todos. La tensión que agobiaba a los tripulantes del submarino no disminuyó; sin embargo, por primera vez en varias horas se sumó a ella un reservado optimismo.

-Sala de torpedos al capitán.

Nikolai Gorov se enjugó discretamente las palmas sudorosas en los pantalones y tiró una vez más del micrófono.

-Adelante.

La voz sonó controlada, pero dejaba traslucir cierto grado de ansiedad.

-Capitán, el mamparo entre los tubos lanzatorpedos cuatro y cinco está rezumando más. Empezó a gotear agua en la cubierta.

-¿Combamiento?

-Nada visible.

-¿Algún ruido de fatiga del metal?

-Lo estuvimos revisando con un estetoscopio, señor. No hay ningún ruido alarmante ni indicios de fatiga; sólo lo habitual.

-Entonces, ¿por qué se le oye tan preocupado? -quiso saber Nikita Gorov.

El oficial de torpedos no respondió de inmediato, pero al fin reconoció:

-Señor, al poner la mano contra el acero... se percibe una vibración extraña. Nunca había sentido algo así. Creo...

-¿Qué cree, oficial? -lo apremió Gorov-. Vamos, dígalo. ¿Qué es lo que cree sentir cuando pone la mano sobre el acero?

-Presión, señor.

Gorov notó que la tripulación de la sala de control había perdido el optimismo. Se dirigió al oficial de torpedos otra vez.

-¿Presión? No es posible sentir la presión a través del acero. Oficial, le sugiero que controle su imaginación. No hay motivo para dejarse llevar por el pánico. Sólo siga vigilando.

-Sí, señor -repuso el oficial, cohibido.

El rostro lupino de Zhukov estaba desfigurado por el miedo y la duda. Habló en voz tan baja que Gorov tuvo que hacer un esfuerzo para oírlo:

-Un orificio diminuto, una grieta del grosor de un cabello en el casco de presión y toda la nave se aplastará.

Era cierto. Y eso podía ocurrir en una fracción de segundo. Al menos, la muerte sería piadosamente rápida.

-Estaremos bien -consistió Gorov.

Observó el conflicto de lealtades en los ojos del primer oficial y se preguntó a sí mismo si estaría equivocado. Dudaba si debía llevar al *Ilya Pogodin* cincuenta o cien metros hacia la superficie para reducir la presión aplastante que resentía el submarino y abandonar a los científicos de Edgeway.

Se juzgaba a sí mismo con suficiente dureza para aceptar la posibilidad de que el rescate de aquellas ocho personas se hubiera convertido en una obsesión para él, un acto individual de expiación que podía perjudicar a su tripulación. En tal caso, no debería seguir al mando.

“¿Moriremos todos por mi culpa?” se preguntó.

11:27 P.M.

El descenso por el cable de comunicaciones fue mucho más difícil y agotador de lo que Harry Carpenter había previsto. No tomó en cuenta que un buzo en condiciones normales pasaba la mayor parte del tiempo nadando en posición más o menos paralela al fondo del mar. Su descenso cabeza abajo a lo largo del cable de doscientos metros era perpendicular al lecho marino, lo que resultó inexplicablemente fatigoso. Los brazos le dolían y las sienes le palpitaban como si fueran a reventar. Pronto se dio cuenta de que tendría que detenerse de vez en vez y subir la cabeza para recuperar el equilibrio. De lo contrario, aunque su fatiga y su creciente desorientación sin duda eran psicológicas, acabaría por desmayarse.

Adelante, Breskin parecía avanzar sin dificultad. Deslizaba la mano izquierda por el cable de comunicaciones conforme descendía, sostenía la lámpara en la otra mano y para impulsarse usaba tan sólo las piernas, con un pataleo regular. Su técnica no difería mucho de la de Harry, pero tenía la ventaja de muchas horas de experiencia submarina y unos músculos fortalecidos mediante entrenamientos regulares y meticulosos con las pesas.

Harry miró por encima del hombro para ver si Brian y Rita iban bien. El muchacho lo seguía unos tres metros atrás. Apenas se distinguían sus facciones a través del visor que le cubría toda la cara. A pesar de todo lo experimentado en las últimas horas no parecía tener ninguna dificultad en seguirle el paso.

A la zaga de Brian, Rita apenas era visible, alumbrada por momentos desde atrás por la lámpara que llevaba George Lin. El agua turbia opacaba los rayos amarillentos; contra ese resplandor pálido y espectral, Rita no era sino una sombra oscilante. Harry no alcanzaba a verle la cara, pero sabía que su esposa debía experimentar un profundo sufrimiento emocional.

CRIOFOBIA: HORROR AL FRÍO. El agua gélida de aquel túnel era tan oscura como si la hubiera teñido la tinta de un pulpo gigante. Rita no alcanzaba a vislumbrar el hielo que estaba a menos de seis metros de ella en todas direcciones, pero no podía olvidar su existencia. Por momentos, el miedo que experimentaba era tan intenso que la garganta se le cerraba y no podía respirar. Empero, en cada ocasión, al sentirse al borde de un pánico ciego, exhalaba con fuerza, inhalaba la mezcla de gases con sabor metálico del tanque y mantenía a raya la histeria.

Descendían más y más. La envolvía un frío que no sentía. La rodeaba el hielo aunque no lo viera. Paredes blancas y curvas, fuera de su vista, a izquierda y derecha, arriba y abajo. Una prisión de hielo. Un silencio absoluto, salvo por el susurro de su respiración y las palpitations de su corazón. No había escapatoria. Esto era más profundo que una tumba.

Conforme descendía hacia las simas de lo desconocido, Rita regresaba una y otra vez en el tiempo hasta ese invierno cuando tenía seis años.

Feliz. Emocionada. Va camino a su primera excursión de esquí en nieve con sus padres, expertos esquiadores que estén impacientes por enseñarle. El auto es un Audi. Su madre y su padre van adelante y ella va sentada sola en el asiento trasero. Suben cada vez más hacia reinos blancos y fantásticos. Es una carretera muy angosta que serpentea entre los Alpes franceses. Un mundo de alabastro los rodea; abajo se extienden vistas sorprendentes de los bosques de coníferas cubiertos de nieve. su madre ve primero la avalancha, a la derecha de la carretera, muy arriba, y alcanza a dar un grito de advertencia. Rita mira por la ventana del auto y ve muro blanco, en lo alto de la montaña, que crece con tanta rapidez como una ola de tormenta que avanzara por el océano hacia la playa, tan blanca, silenciosa y bella que apenas puede creer que sea capaz de dañarlos. El padre dice "Lograremos esquivarla" y pisa el acelerador a fondo. La madre suplica: "Más rápido, por Dios, más rápido". La ola blanca se acerca, silenciosa, blanca, inmensa y cegadora, mayor a cada segundo... Le sigue un retumbo apenas audible, como un enorme trueno lejano...

Rita oyó entonces ruidos extraños, voces huecas y distantes. Parecían gritos o quizá lamentos. Después se dio cuenta de que era una sola voz: la suya.

Miró más allá de Brian y se concentró desesperadamente en la silueta difusa que iba adelante: Harry. Apenas lo distinguía entre la penumbra mientras pataleaba hacia abajo, tan abajo, tan cerca y a la vez tan distante. Mientras se concentrara en Harry y pensara en los días maravillosos que iban a vivir cuando terminara todo esto, podría

dejar de gritar dentro del visor y seguir nadando. París. El Hotel George V. Una botella de buena champaña. Los besos y las caricias de Harry. Volverían a compartirlo todo si ella lograba resistir sus miedos, sin dejar que la vencieran.

CUANDO HABÍAN DESCENDIDO cerca de cuarenta metros por el túnel, Harry vio que Roger Breskin se detenía para descansar. Dio una voltereta, como si practicara una especie de ballet acuático, y quedó mirando a Harry en una posición más natural: con la cabeza arriba y los pies abajo.

Cinco metros detrás de Roger Breskin, Harry se detuvo y estaba a punto de dar una voltereta él también cuando de pronto la lámpara de Roger se apagó. A partir de ese momento, Harry quedó sumido en la penumbra.

Poco después, Breskin chocó contra él. Harry no pudo asirse del cable. Dieron tumbos entre la negrura, hacia la pared del túnel y, por un instante, Harry no entendió qué sucedía. De pronto, sintió una mano que lo tomaba de la garganta y comprendió que estaba en problemas. Le tiró varios puñetazos a Breskin con toda su fuerza, pero el agua absorbió la energía del movimiento y los convirtió en suaves manotadas.

Breskin atenazó la garganta de Harry, éste trató de liberarse, pero el levantador de pesas parecía tener manos de acero.

Roger le dio un rodillazo a Harry en el estómago, pero el agua corría en dirección contraria y amortiguó el golpe. En ese momento, la espalda del científico golpeó contra la pared del túnel y el dolor le recorrió toda la columna vertebral. El hombretón lo sujetó contra el hielo.

Las otras dos lámparas de halógeno, la primera sostenida por George y la otra por Pete, se encontraban mucho más arriba y unos seis metros más cerca del centro del túnel, como fantasmas vagamente luminosos que se cernían entre el agua turbia. Harry se movía con torpeza y a ciegas. Incluso tan de cerca no alcanzaba a ver a su atacante.

La mano que le oprimía la garganta se deslizó hacia arriba y le rozó la barbilla. Después le arrancó el visor y con ese movimiento estratégico, Harry se quedó sin respiración expuesto al frío inclemente del agua y sin la poca visión que aún le quedaba. Desorientado, sin fuerza, ya no representaba una amenaza para Breskin y éste lo soltó.

El frío lo hizo sentir como si un puñado de clavos se le enterraran en la cara, mientras el calor de su cuerpo escapaba por su rostro igual que un líquido caliente.

Aterrado, al borde del pánico, pero consciente de que éste podía significar su muerte, Harry se refugió en la oscuridad, buscando a tientas detrás de su cabeza el precioso visor que flotaba al extremo de la manguera de aire.

UN INSTANTE DESPUÉS de que la lámpara se apagara en la vanguardia de la procesión, Rita entendió lo que ocurría: era Breskin quien había tratado de matar a Brian Dougherty. Y otro instante más tarde, comprendió lo que tenía que hacer.

Si bien no podía ver ni a Harry ni a Breskin en la oscuridad que tenía abajo, supuso que los dos hombres luchaban a muerte. Aunque era fuerte, Harry no tendría muchas posibilidades contra un buzo experimentado. Rita sintió el impulso de ir en su ayuda, pero le pareció una idea absurda y la descartó de inmediato. Si Harry no era rival para Roger, mucho menos lo sería ella. Lo mejor que podía hacer era confiar en que Harry sobreviviría de algún modo y mientras tanto ella se alejaría del cable de comunicaciones. Oculta en la oscuridad, esperaría su oportunidad para atacar a Breskin cuando éste fuera en pos de Brian.

Soltó el cable y nadó fuera del haz de luz ámbar producido por la linterna de Lin, que la mantenía a la vista de Breskin. Rogó en silencio que George no la siguiera con la luz y la pusiera completamente al descubierto. Pronto alcanzó la pared del túnel, una curva lisa de... hielo.

El retumbo se convierte en un rugido y su padre vuelve a decir: "La esquivaremos," pero estas palabras expresan más un deseo que una promesa. La blanca muralla baja, baja, baja, y su madre grita...

Con un supremo esfuerzo, Rita pudo reprimir su miedo. Dio media vuelta, apoyó la espalda con fuerza contra la pared y miró la confusión en torno del cable de comunicaciones. En el centro del túnel, Roger Breskian subió desde las profundidades y penetró en la tenue luz de la linterna de George Lin. Allí se abalanzó directamente sobre Brian.

Al ver a Roger surgir de la penumbra del dondo igual que un tiburón, Brian recordó las palabras que había pronunciado Breskin aquel mismo día, poco después de que rescataron a George de la cornisa, cuando Brian logró llegar a lo alto del precipicio tembloroso y aliviado. *No es eso. Pensé que la cuerda se rompería o algo parecido.*

Tarde o temprano morirás. Pero no era tu lugar ni tu momento.

A Brian le pareció que Roger se mostraba desacostumbradamente filosófico. Ahora se daba cuenta de que había sido una amenaza descarada, una genuina promesa de violencia. Tal vez Breskin no quería a George como testigo, o tal vez no había asestado el golpe antes por alguna otra razón íntima., absurda e inexplicable. En este momento había más de un testigo, pero eso parecía no importarle.

Al tiempo que evocaba la conversación, Brian trató de dar media vuelta y alejarse de Breskin hacia la pared del túnel, pero chocaron y se confundieron en medio de la oscuridad. las poderosas piernas de Breskin atenazaron a Brian como la pinza de un cangrejo. Después, una mano le buscó la garganta. el visor. ¡No!

LA MANGUERA DE AIRE flotaba a un lado de la cabeza de Harry; el visor, fijo al extremo de la manguera, estaba suspendido por arriba de él. Tiró del visor y se lo llevó con desesperación al rostro. Estaba lleno de agua por lo que Harry no se atrevió a respirar de inmediato, aunque sentía como si los pulmones se le incendiaran. Cuando levantó un extremo del borde de caucho, la entrada de la mezcla de oxígeno y helio hizo salir toda el agua de la máscara de plexiglás. En cuanto se purgó toda el agua, Harry oprimió el borde contra la piel y respiró hondo una vez, otra vez, otra. Tosió, sintió ahogo y al fin jadeó con alivio. El olor y el gusto un poco extraños del gas le parecieron más deliciosos que cualquier cosa que hubiera comido o bebido en toda su vida.

Le dolía el pecho, le ardían los ojos y sentía que la cabeza le estallaba. Sólo deseaba permanecer en el mismo sitio para recuperarse, suspendido en el mar tenebroso. Pero pensó en Rita y nadó hacia arriba, en dirección a las dos luces restantes y a un torbellino de sombras.

BRIAN SUJETÓ LA MUÑECA IZQUIERDA de Breskin con ambas manos y trató de alejar de la cara la enorme garra como una tenaza de acero del hombretón, pero no logró resistir. Su contrincante le arrancó el visor.

Cuando el agua helada le bañó el rostro, el impacto fue casi tan doloroso como una antorcha encendida contra la piel. No obstante, Brian reaccionó con tal serenidad que él mismo se sorprendió. Apretó los párpados con fuerza paya que el agua no le congelara los tejidos superficiales de los globos oculares, apretó los dientes y logró no respirar por la boca ni por la nariz.

No aguantaría mucho. Un minuto, minuto y medio. Después, respiraría contra su voluntad, espasmódicamente...

Breskin le rodeó la cintura con las piernas, metió los dedos cubiertos de caucho entre los labios apretados de Brian y trató de abrirle la boca por la fuerza.

Rita llegó nadando por atrás de Roger Breskin y, a su vez, le rodeó la cintura con las largas piernas como él lo había hecho con Brian. Con unos reflejos aguzados por su furor maniaco, Breskin soltó a Brian y sujetó a Rita por los tobillos. Ella sintió como si montara un potro salvaje. Breskin se retorció y se agitaba como una bestia enfurecida, pero ella apretó los muslos y le buscó a tientas el visor.

Al percibir su intención, Breskin le soltó los tobillos y le atenazó las muñecas en el momento preciso en que ella le tocaba el visor. Roger se inclinó hacia adelante, pataleó, dio una voltereta. Giraron en el agua, él se apartó de la cara las manos de Rita y, usando la dinámica del mar para lograr un impulso que ella no podría igualar, la arrojó lejos de sí.

Cuando ella volvió a orientarse, vio que Pete y Franz habían descendido hasta Roger Breskin. Franz trataba de mantener una llave de lucha, en tanto que Pete se esforzaba por sujetar cuando menos uno de los brazos del atacante.

Empero, Breskin era un buzo experto y ellos no. Se movían con lentitud, torpemente; confundidos por la física del medio carente de gravedad en el que peleaban, en tanto que Breskin se retorció como una anguila, flexible, ágil y pasmosamente fuerte. Se zafó de ellos, le dio un codazo a Pete en la cara, le subió el visor hasta la frente y lo empujó contra Franz.

Brian se hallaba junto al cable con Claude. El francés sujetaba la lámpara de Pete en una mano y usaba la otra para detener a Brian mientras éste expulsaba el agua de su visor.

Al tiempo que Pete y Franz daban tumbos en medio de la confusión, Breskin se dirigió hacia Brian.

Rita vio de reojo un movimiento, volvió la cabeza y descubrió a su esposo que subía de prisa desde el fondo.

Harry se dio cuenta de que Breskin no lo había visto aún. Seguro de que había inutilizado momentáneamente a sus oponentes, el hombretón la emprendió contra su presa. Sin duda estaba seguro de que podría deshacerse rápidamente de un hombre de la edad de Claude y después acabar con Brian antes de expulsar el agua de su propio visor y recuperar la respiración.

Desde abajo, Harry podía haber chocado contra Breskin con la intención de desviarlo de Brian. En cambio, pasó de largo y sujetó con fuerza la manguera de aire que conectaba el visor al tanque presurizado que traía Roger en la espalda. Harry zafó la manguera tanto del visor como de la abrazadera que la fijaba a la válvula de alimentación del tanque.

Breskin manoteó buscando la manguera, pero se dio cuenta de que la habían zafado no sólo del visor sino del tanque. Estaba suelta y no podía volver a conectarse.

Alarmado, pataleó con fuerza y subió en dirección a la boca del túnel tan rápido como pudo. Su única esperanza consistía en llegar a la superficie.

Después recordó que el estanque de la caverna de hielo se hallaba a más de cuarenta metros de donde él se encontraba, demasiado lejos para llegar allí con el lastre que traía en el cinturón, de modo que intentó quitarse los plomos de la cintura. El broche no estaba donde debía, porque el maldito cinturón era de fabricación rusa y él nunca había usado equipo ruso.

Roger dejó de patear y se concentró en la búsqueda del broche. De inmediato, empezó a hundirse lentamente hacia el fondo del túnel. Dio varios tirones al cinturón, pero aún así no encontró la manera de abrirlo. Al fin, reconoció que había desperdiciado demasiado tiempo y no se atrevió a perder un segundo más. Tendría que llegar a la superficie con el pesado cinturón. Con los brazos rectos a los lados para ofrecer la menor resistencia posible al agua y pateando en forma rítmica y uniforme, emprendió el fatigoso ascenso.

El pecho le dolía y el corazón le palpitaba como si se le fuera a salir. No pudo resistir más el impulso de querer respirar. Abrió la boca, exhaló en forma explosiva, inhaló con desesperación, pero no había nada que respirar salvo el escaso aliento que acababa de expulsar él mismo. Sentía fuego en los pulmones. Se arrancó el visor e inhaló agua tan extremadamente fría que un relámpago de dolor le recorrió los dientes. Cerró la boca por la sensación de ahogo, pero en seguida trató de respirar de nueva cuenta. Más agua, sólo agua, nada más que agua. Dio varios manotazos al agua como si ésta fuese una delgada cortina que pudiera desgarrar para llegar al bendito aire que se ocultaba detrás. Después notó que ya no pateaba; sólo se hundía cada vez más entre jadeos, y sintió que tenía más lastre dentro de la cintura...

Vio que la muerte era una mujer. Una mujer pálida, de cierta belleza serena. Los ojos de la muerte tenían un hermoso color gris pálido. Roger examinó ese rostro conforme emergía del agua delante de él, y se dio cuenta que era su madre, en cuyos brazos había oído por primera vez que el mundo era un sitio hostil y peligroso, donde personas de excepcional maldad conspiraban diariamente para gobernar a los hombres y mujeres comunes, sin más intención que aplastar el espíritu libre de todos aquellos que los desafiaban. Y ahora, aunque Roger se había hecho fuerte para resistir a los conspiradores, éstos también lo habían aplastado. Ganaron, tal como su madre lo había predicho. Pero perder no era tan terrible. Encontró cierta paz en su derrota. La muerte, de cabello canoso y ojos grises, le sonrió y lo acunó en un abrazo maternal.

11:37 P.M.

La tensión avivó los sentidos de Nikita Gorov y lo obligó a enfrentar una realidad molesta pero innegable. Los tontos y los héroes, reconoció, estaban separados por una línea tan delgada que resultaba casi invisible. Él se había obsesionado con la idea de ser un héroe. ¿Y para qué? ¿Por quién? ¿Por un hijo muerto? Era imperdonable haber arriesgado a la tripulación del *Ilya Pogodin* tan sólo porque, de una manera extraña, quería cumplir con una obligación hacia su hijo muerto. Había jugado al héroe, pero no era más que un tonto.

Independientemente de lo que debía de haber hecho, el submarino ya estaba comprometido con la misión de rescate. No podían abandonar a esa gente tan cerca del éxito. A menos, claro, que los dos mamparos que rezumaban empezaran a mostrar indicios de deterioro estructural. Él había metido a sus hombres en esta situación y le correspondía sacarlos de ella.

-Señor, los buzos no avanzan.

El capitán miró hacia el techo, como si pudiera ver a través del doble casco. ¿Qué rayos hacían allí arriba?

-¿No se dan cuenta que no tenemos tiempo? -masculló Zhukov-. Cuando los explosivos hagan estallar el iceberg a medianoche, ya no debemos estar abajo de él. Es preciso que estemos fuera para entonces.

Gorov miró el reloj. Se tiró de la barba y dijo:

-Si en cinco minutos no siguen bajando, tendremos que largarnos de aquí. De todos modos, un minuto más y no lograrán abordar antes de la medianoche.

RITA NADÓ HASTA CLAUDE y lo abrazó. Él le correspondió. Los ojos de Rita estaban húmedos por las lágrimas. Oprimieron un visor contra el otro. Cuando ella habló, Claude logró oírla como si estuviera en una habitación contigua. El plexiglás conducía las voces bastante bien.

-Brian no se cayó hace rato. Lo golpearon y lo abandonaron para que muriera. No sabíamos quien había sido, hasta ahora.

-Me preguntaba qué rayos... -respondió Claude-. ¿Está bien Pete?

-Sí. le sangró la nariz cuando Breskin le arrancó el visor, pero creo que estará bien.

-Algo le pasa a George.

-Me parece que es la impresión. Harry está explicándole lo ocurrido con Roger.

-Estás llorando -señaló Claude.

-Lo sé.

-¿Qué te pasa?

-Nada -repuso ella-. Harry está vivo.

BRIAN VOLVIÓ A NADAR siguiendo el cable hacia abajo. Ya no le preocupaban mucho las bombas que estaban a punto de estallar sobre su cabeza. Cada vez estaba más convencido de que él y los demás llegarían al submarino y sobrevivirían a las explosiones. Por ahora, le preocupaba el libro que pretendía escribir.

El tema sin duda sería el heroísmo. Había llegado a comprender que éste se manifestaba de dos formas básicas. La primera era el heroísmo voluntario, como cuando un hombre escala una montaña o desafía a un toro en una plaza de Madrid. Cuando un hombre tiene que explorar sus propios límites, el heroísmo voluntario es importante. Sin embargo, es mucho menos valioso que el heroísmo involuntario. Harry, Rita y los demás habían arriesgado la vida en su trabajo porque creían que su labor podía mejorar la condición humana, no porque desearan probarse a sí mismos. Y así, aunque ellos lo negaran, eran héroes cada día de la semana. Eran héroes del mismo modo en que lo son los policías y los bomberos. Millones de madres y padres son también héroes silenciosos por asumir las responsabilidades de mantener una familia y educar a sus hijos para ser buenos ciudadanos. Brian comprendía ahora que este heroísmo desinteresado e involuntario es el que entraña una auténtica valentía y una honda virtud. Cuando hubiera terminado de escribir el libro y elaborado más extensamente todas estas ideas, estaría listo al fin para enfrentar su vida como adulto: el heroísmo silencioso sería el tema. Estaba decidido.

EL TÉCNICO RUSO LEVANTÓ la vista de la gráfica del sondímetro de superficie.

-Volvieron a moverse -anunció.

-¿Están bajando? -preguntó Gorov.

-Sí, señor.

Por el altavoz se oyó al cabo de mar que llamaba desde la sala de torpedos. Su voz transmitía un renovado apremio.

Tomando el micrófono con la misma reticencia que si levantara una serpiente, Gorov respondió:

-Adelante.

-Tenemos uno o dos litros de agua en la cubierta, capitán. El mamparo delantero está rezumando de arriba abajo.

-¿La junta se ve torcida?

-No, señor.

-¿Se oye algo anormal con el estetoscopio?

-No, señor.

-En diez minutos nos habremos ido.

EN ALGUNOS PUNTOS, el túnel se estrechaba lo suficiente para que la luz de halógeno se reflejara en el hielo. En esos momentos olvidar su helada prisión era más difícil que cuando la oscuridad los rodeaba por todos lados.

Rita viajaba continuamente entre el pasado y el presente, entre la muerte y la vida, el valor y la cobardía. Esperaba cada minuto que su torbellino interior cediera, pero sólo empeoraba.

Cuando la marea blanca empieza a golpear los árboles, éstos se rompen como palitos de pan. Su madre grita, su padre da voces y Rita no puede quitar la vista de la ola de nieve, de treinta metros de alto, que se precipita hacia ellos. La avalancha golpea el Audi, lo sacude, lo empuja hasta el otro lado de la carretera, rompe el riel de protección y lo hace caer al despeñadero. El auto vuelca varias veces, se desliza de lado, cae más hondo, rebota contra un árbol, sigue su descenso entre el gran río de nieve, golpea otra vez y otra más. El parabrisas se hunde hacia el interior. Después reina una repentina calma y un silencio más profundo que el silencio de una iglesia abandonada.

Rita se arrancó de los recuerdos, emitiendo gemidos de terror patéticos e incoherentes.

George Lin la apresuraba desde atrás. Ella había dejado de nadar. Rita se maldijo, volvió a patalear y reanudó el descenso.

CONFORME SEGUÍA EL CABLE por el túnel, George Lin se dijo que los rusos ya no eran comunistas. Cuando menos, los comunistas ya no gobernaban. Tal vez algún día, en el futuro, regresarían al poder. El mal nunca muere del todo. Pero trató de convencerse a sí mismo de que los hombres del submarino estaban arriesgando sus propias vidas y que no los animaba ningún propósito siniestro.

Cantón, otoño de 1949. Tres semanas antes de que expulsaran a Chiang Kai-shek de la China continental, el padre de George había salido de viaje para organizar todo a fin de llevarse a su familia y sus mermados bienes a la nación insular de Taiwan. Había otras cuatro personas en la casa: su abuela, su abuelo, su madre y su hermanita de once años, Yun-ti. Al amanecer, un contingente de guerrilleros maoístas armados hasta los dientes invadió la casa, buscaban a su padre. La madre de George logró esconder al niño dentro de una chimenea. Yun-ti estaba oculta en otro sitio, pero los hombres la encontraron. Mientras George observaba desde su escondite, los soldados golpearon a sus abuelos para ponerlos de rodillas y después los asesinaron de un tiro en la cabeza.

En la misma habitación, violaron a su madre y a su hermana repetidas veces. Les infligieron toda clase de degradaciones y humillaciones. Cuando por fin quedaron hartos, mataron a Yun-ti de un tajo en el cuello y después a su madre. El padre regresó a casa doce horas después para encontrar a George todavía oculto en la chimenea e incapaz de hablar. El niño permaneció mudo durante más de tres años después de escapar a Taiwan.

No obstante, los hombres del submarino eran rusos, no chinos, y además ya no eran comunistas. Esos hombres no serían como los que violaron a su madre y a su hermana y después las asesinaron. Eran personas distintas y ésta era una época diferente. Podía confiar en ellos. Tenía que confiar en ellos.

HARRY TUVO LA SENSACIÓN de un espacio más amplio a su alrededor. El túnel se había ensanchado. El agua estaba menos turbia que arriba, tal vez porque contenía menos partículas de hielo. En pocos segundos, distinguió unas luces de colores a sus pies, primero verdes y después rojas. Por último, la linterna reveló una enorme mole gris suspendida abajo de él en el abismo.

Incluso cuando llegó a la torreta del *Ilya Pogodin* y se apoyó contra el mástil del radar, Carpenter seguía escéptico respecto a sus posibilidades de resistir la terrible presión. Estaba casi convencido de que los pulmones le explotarían con la fuerza de una granada y que los vasos sanguíneos se reventarían como globos. Además, a Harry no le agradó en absoluto el aspecto del submarino. Mientras esperaba a que los demás lo alcanzaran, Harry dispuso de casi un minuto para estudiar la nave. Observó que todas las luces exteriores estaban encendidas: rojas a babor, verde a estribor, blancas en la torreta, un faro amarillo... el *Pogodin* se le antojó demasiado festivo para ser verdadero. El submarino daba la impresión de ser una maldita máquina tragamonedas o un gran árbol de Navidad. Parecía frágil, como una envoltura de celofán oscuro.

11:49 P.M.

Rita confiaba en que su terror cedería al llegar al fondo del túnel, cuando el hielo ya no la rodeara por todas partes. Pero arriba de la cabeza podía ver que seguía la isla de hielo, tan alta como un edificio de setenta pisos y con más de un kilómetro de longitud. Le aterraba la idea de ese coloso suspendido sobre ella y no se atrevió a mirarlo.

Hace mucho frío en el Audi porque el motor se apagó. A través del parabrisas roto, el asiento delantero se inundó de nieve y ramas desgarradas que sepultaron a sus padres hasta la cintura. Ambos permanecen silenciosos entre la nieve, muertos. Conforme pasa el tiempo, Rita se arrebujaba en su abrigo y espera que lleguen a rescatarla. Poco después, le cuesta trabajo mantenerse despierta y se aleja del helado auto hacia sitios todavía más gélidos en su mente. Tras lo que parece una eternidad, oye el crujido del hielo ... ¿Acaso alguien susurra su nombre? Una mano fría busca dentro de su abrigo, envidiosa de su calor...

Alguien tocó a Rita y ella pegó un grito de verdadero terror, pero al menos el grito devolvió el Audi y la avalancha al lugar de donde provenían: el pasado.

A uno y otro lado de Rita estaban Pete y Franz. Era evidente que ella se había quedado inmóvil y entre los dos la sujetaban de los brazos para ayudarla a descender las

últimas brazas. Tenían delante de ellos el submarino. Distinguió a Harry aferrado al mástil del radar.

UNA SIRENA DE ALARMA aulló de manera estridente. Los números verdes y los diagramas dimensionales desaparecieron de la pantalla central de vídeo, ubicada arriba del tablero de mando. En su lugar aparecieron una serie de letras rojas donde se podía leer: EMERGENCIA.

Nikolai Gorov oprimió una tecla de la consola con la leyenda que decía: mostrar. La pantalla se despejó de inmediato y la sirena dejó de sonar. Apareció un mensaje con las letras verdes normales: desprendimiento en la compuerta de disparo del tubo lanzatorpedos número cinco. Lanzatorpedos lleno de agua hasta la compuerta de seguridad.

-Está ocurriendo -advirtió Zhukov.

El lanzatorpedos número cinco debió de torcerse cuando chocaron con el témpano de hielo horas antes. Ahora, la compuerta del casco exterior había cedido bajo la presión.

-Únicamente se desprendió la compuerta exterior -puntualizó Gorov de inmediato-. Es la compuerta de disparo, no la de seguridad. La nave no está haciendo agua... y no hará.

El tripulante que observaba uno de los indicadores de seguridad anunció:

-Capitán, nuestros visitantes abrieron la escotilla de la cámara de compresión en la cubierta.

-Lo lograremos -aseguró Gorov a la tripulación de la sala de control-. Vaya que lo lograremos.

HARRY BAJÓ LA MIRADA hacia un minúsculo compartimiento iluminado y lleno de agua. Les habían advertido que sólo cabían cuatro buzos a la vez, e incluso así, éste era del doble de tamaño que en la mayoría de los submarinos.

Uno por uno, Brian, Claude, Rita y George Lin entraron en la pequeña cámara y se sentaron apoyando la espalda en la pared.

Harry cerró la escotilla por fuera, de acuerdo con las instrucciones que le habían dado por radio, hacer eso era más rápido que esperar a que alguien lo hiciera desde dentro, cerrara la tapa y diera vuelta la rueda de sellado.

Miró su reloj luminoso: las once con cincuenta y cuatro.

En el compartimento, Rita se aferró a los soportes de la pared

Mientras unas potentes bombas extraían el agua de la cámara de compresión en treinta segundos. No se quitó el visor sino que siguió respirando la mezcla de gases de su tanque de buceo, según les habían indicado que hicieran.

En el centro del piso se abrió una escotilla. Un joven marino ruso asomó, les sonrió casi con timidez y, con un dedo, les hizo una señal para que lo siguieran.

Salieron con gran rapidez de la cámara de compresión por una escalera de mano que daba a la sala de control de la cámara de escape. El tripulante cerró la escotilla interior y la cámara superior volvió a llenarse de agua.

Con la clara conciencia de que una gigantesca isla de hielo minada con explosivos se cernía arriba de la nave, Rita entró con los demás en una cámara de descompresión.

HARRY VOLVIÓ A PROBAR la escotilla y ésta se abrió.

Esperó hasta que Franz y Pete estuvieron dentro y después los siguió. Se sentaron con la espalda hacia la pared.

No tenía que ver su reloj. Un reloj interno de crisis le indicaba que quedaban unos cuatro minutos para la explosión.

Los tubos de drenaje se abrieron y las bombas extrajeron el agua por completo.

GOROV TOMÓ EL MICRÓFONO, llamó a la sala de maniobras y ordenó moverse marcha atrás a toda máquina. Un momento después, la nave se sacudió en respuesta al brusco cambio de aceleración. La sacudida arrojó a Nikolai contra el tablero de mando y Zhukov por poco cae al suelo.

El altavoz anunció:

-Sala de maniobras al capitán. Marcha atrás a toda máquina.

El iceberg se movía hacia el sur a nueve nudos. El submarino se desplazaba en reversa hacia el norte a diez... doce... quince nudos contra una corriente de nueve nudos, lo que resultaba en una velocidad de separación de quince nudos.

Gorov ignoraba si esa velocidad podría bastar para salvarlos pero no podían hacer más por el momento, porque para lograr mayor velocidad necesitaban más tiempo del que faltaba para la detonación.

-Hielo encima -anunció el operador del sondímetro de superficie. Habían dejado atrás la concavidad en forma de embudo del centro del iceberg-. Hielo encima a veinte metros.

Harry entró en la cámara de descompresión y se sentó junto a Rita. Se tomaron de las manos y miraron fijamente el reloj: las once con cincuenta y ocho.

EL CENTRO DE ATENCIÓN en la sala de control era el reloj digital de seis cifras que estaba arriba del tablero de control. Gorov imaginó que podía percibir un leve sobresalto de sus tripulantes con el paso de cada segundo: 11:59.

El técnico del sondímetro anunció:

-Agua libre. Ya no tenemos hielo encima.

-Ya salimos de abajo del iceberg -reconoció alguien.

-Pero todavía no podemos cantar victoria -advirtió Gorov, consciente de que estaban aún en la zona donde caería el hielo despedido por la explosión.

Por segunda vez en diez minutos sonó una sirena de alarma y en una de las pantallas dispuestas en alto apareció otra vez en letras rojas la palabra: EMERGENCIA .

El capitán oprimió la tecla de la consola y descubrió que otro tubo lanzatorpedos de la zona dañada del casco se había desprendido: desprendimientos en la compuerta de disparo del tubo lanzatorpedos número cuatro. Lanzatorpedos lleno de agua hasta la compuerta de seguridad.

Gorov bajó el micrófono de un tirón y gritó una orden:

-Capitán a la sala de torpedos. Abandonen de inmediato sus posiciones y cierren las compuertas herméticas.

-¡Santo cielo! -exclamó Emil Zhukov, el ateo.

-Las compuertas de seguridad resistirán -declaró Gorov convencido, mientras rogaba en silencio que así fuera.

Las once cincuenta y nueve con cincuenta y nueve segundos.

-¡Sujétense!

-Agua libre.

-¿Dónde está?

La onda explosiva los alcanzó. Transmitida al agua a través del iceberg que estalló en pedazos, y a través del agua hasta el casco, fue un retumbo asombrosamente leve y distante. Nikita Gorov esperó que la potencia de la onda de choque aumentara, pero eso no ocurrió.

El operador del sonar anunció en ese momento la fragmentación masiva del iceberg.

Sin embargo, a las 12:02, como el sonar no localizó ningún témpano de tamaño considerable cerca del *Ilya Pogodin*, Gorov comprendió que estaban a salvo.

-Emersión -ordenó.

La tripulación de la sala de control vitoreó ruidosamente.

DESPUÉS . . .

18 DE ENERO, DUNDEE, ESCOCIA

Poco antes del mediodía, dos días y medio después de escapar de su prisión de hielo, los sobrevivientes llegaron a Escocia.

Más de un centenar de periodistas de todo el mundo se congregó en Dundee para informar sobre la conclusión de la odisea de Edgeway. Entre los reporteros asistentes, al parecer, dio mucho más que hablar el gélido clima escocés que el acontecimiento que debían reseñar.

Tras desembarcar del *Pogodin* y permanecer al viento durante cerca de una hora, George Lin seguía disfrutando de la sensación de la brisa en el rostro. Este aire olía a limpio, mucho mejor que el aire envasado del submarino. Y el viento no era tan frío ni tan cortante como para preocuparse por la posible congelación, lo que implicaba una gran mejoría respecto al clima en el que había vivido durante los últimos meses.

Mientras recorría una y otra vez el muelle, seguido por un enjambre de reporteros, George señaló:

-¿Verdad que esa nave es una auténtica belleza?

En lo alto del submarino, que se hallaba anclado en un amarradero de gran calado a espaldas de Lin, ondeaba una enorme bandera rusa y, por cortesía, una bandera escocesa de menor tamaño. Sesenta y ocho de los tripulantes permanecían formados en posición de firmes en dos filas frente a frente sobre la cubierta principal, todos ataviados con uniforme de gala y chaquetón de marinero, esperando una inspección ceremonial. Nikita Gorov, Emil Zhukov y los demás oficiales se veían espléndidos con sus uniformes y sus abrigos grises de invierno con botones de latón. También había algunos

dignatarios sobre el puente y sobre la pasarela de desembarco que unía el submarino al muelle: un representante del gobierno de Su Majestad, el embajador de Rusia en Gran Bretaña y el alcalde de Dundee.

Uno de los fotógrafos le pidió a George Lin que posara junto a un deteriorado pilote de concreto, con el *Ilya Pogodin* de fondo. Con una sonrisa de oreja a oreja, éste accedió.

Un reportero le preguntó qué sentía al ser un héroe.

-Yo no soy ningún héroe -negó George de inmediato. Se volvió para señalar a los oficiales y tripulantes del submarino que tenía a sus espaldas-. *Ellos son los héroes.*

25 DE ENERO. MENSAJE TRANSMITIDO POR CORREO ELECTRÓNICO DESDE MONTEGO BAY, JAMAICA, A PARÍS, FRANCIA.

Claude, Franz y yo llegamos aquí el veintitrés de enero. Menos de una hora después de nuestra llegada, tanto el taxista que nos trajo del aeropuerto como el empleado del hotel se refirieron a nosotros como "un grupo peculiar". Caray, no saben ni siquiera la mitad de la historia.

No me canso de asolearme. Incluso estoy bronceándome.

Hemos pensado cambiar de oficio y abrir un bar en algún centro turístico tropical. Tal vez tú y Rita quisieran asociarse con nosotros. Podríamos pasarnos todo el día tomando bebidas a base de ron con sombrillitas de papel en los vasos. Por supuesto, es más atractivo que la congelación, los explosivos y las peleas submarinas con psicópatas. El más grave problema que enfrentamos aquí es la humedad.

Con cariño,

Pete.

26 DE ENERO, PARÍS, FRANCIA

En su *suite* del Hotel George V había una botella de Dom Pérignon en un cubo con hielos a un lado de la cama.

Ambos estaban abrazados, tan cerca como pueden estar dos personas sin fundirse y convertirse en una sola generando la suficiente temperatura como para mantener caliente toda una base de investigaciones en el Ártico durante un largo invierno, cuando de pronto un chapaleo en el cubo de la champaña los hizo sobresaltarse. Hacía más de una semana que los había rescatado el *Pogodin*, sin embargo, todavía tenían los nervios de punta. Él se incorporó, ella se apartó un poco y los dos se volvieron hacia el ruido; aunque estaban solos en la habitación.

-Fue el hielo -dijo ella.

-¿El hielo?

-Sí, el hielo. Se movió en el cubo.

El miró el cubo sobre el soporte plateado, donde el hielo volvió a sonar. La miró. Ella sonrió. El le correspondió la sonrisa. Ella dejó escapar una risilla, como una niña traviesa, y él soltó una estruendosa carcajada.